

DICCIONARIO DE ESPIRITUALIDAD MONFORTIANA

Director: Stefano De Fiore

Responsable de la edición española: Pío Suárez B.

– 87 ARTÍCULOS –

[PRESENTACIÓN – CLAVES de LECTURA – COLABORADORES
ÍNDICES – SIGLAS – ABREVIATURAS](#)

[ADORACIÓN](#)

[ALIANZA](#)

[AMBIENTE GEOGRÁFICO E HISTÓRICO](#)

[AMISTAD](#)

[AMOR DE LA SABIDURÍA ETERNA](#)

[AMOR](#)

[ÁNGELES / DEMONIOS](#)

[APÓSTOL / APOSTÓLICO](#)

[ASOCIACIONES](#)

[BAUTISMO](#)

[BEATIFICACIÓN / CANONIZACIÓN](#)

[BELLEZA](#)

[BIBLIA / PALABRA DE DIOS](#)

[BIENAVENTURANZAS](#)

[CÁNTICOS](#)

[CARISMAS](#)

[CELO APOSTÓLICO](#)

[COMPAÑÍA DE MARÍA](#)

[CONSAGRACIÓN](#)

CORONILLA DE LA SANTÍSIMA VIRGEN
CREACIÓN / ECOLOGÍA
CRUZ
DIOS
DISCERNIMIENTO
DISCÍPULO
DOCTOR DE LA IGLESIA
DULZURA
ECUMENISMO
EDUCACIÓN
ENCARNACIÓN
ENFERMOS
ESCLAVITUD DE AMOR
ESCUELA FRANCESA DE ESPIRITUALIDAD
ESPERANZA
ESPÍRITU SANTO
ESPIRITUALIDAD MONFORTIANA
EUCARISTÍA
FAMILIA / MATRIMONIO
FE
FIDELIDAD / PERSEVERANCIA
GRACIA
HERMANOS DE SAN GABRIEL
HIJAS DE LA SABIDURÍA
HOMBRE
ICONOGRAFÍA MONFORTIANA
IGLESIA
INCULTURACIÓN
INFANCIA / NIÑEZ
JESÚCRISTO
LEGION DE MARÍA
LIBERTAD
LITURGIA
LUIS MARIA DE MONTFORT
MAGNIFICAT
MARÍA LUISA DE JESÚS

[MARÍA](#)
[MISIÓN](#)
[MÍSTICA](#)
[MODELOS](#)
[MUJER](#)
[MUNDO](#)
[NAVIDAD](#)
[ORACIÓN](#)
[PAPA / OBISPOS](#)
[PAZ](#)
[PENITENCIA / RECONCILIACIÓN](#)
[PEREGRINACIÓN](#)
[POBREZA / POBRES](#)
[POSTRIMERÍAS](#)
[PROVIDENCIA](#)
[REINO](#)
[REPARACIÓN](#)
[RETIRO](#)
[ROSARIO](#)
[SABIDURÍA](#)
[SACERDOTE / SACERDOCIO](#)
[SAGRADO CORAZÓN](#)
[SALMOS](#)
[SALVACIÓN](#)
[SANTOS / SANTIDAD](#)
[SECRETO DE MARÍA](#)
[SILENCIO](#)
[TRATADO DE LA VERDADERA DEVOCIÓN](#)
[TRINIDAD](#)
[TRÍPTICO MONFORTIANO](#)
[ÚLTIMOS TIEMPOS](#)
[VIRTUD](#)

DICCIONARIO DE ESPIRITUALIDAD MONFORTIANA

Director: Stefano De Fiores

Responsable de la edición española: Pío Suárez B.

POR LA SABIDURIA DEL AMOR

El hecho de que casi trecientos años después de la muerte de san Luis María de Montfort haya todavía cristianos de todos los continentes que se sienten atraídos por su ejemplo y su mensaje, constituye claramente un testimonio tributado a la belleza y poderosa eficacia de su doctrina. Este Misionero Apostólico nos abre progresivamente un camino de conversión bautismal y de transformación que nos invita a un compromiso desinteresado al servicio de los necesitados y a una auténtica y profunda santidad. La presencia de la Virgen de Nazaret en la vida de los cristianos se convierte en el crisol en el cual el fuego del Espíritu forma a Jesucristo en nosotros y a nosotros en él.

Acontece que, después de tres siglos, los hombres y mujeres de hoy tienen necesidad de guías para interpretar el pensamiento de Montfort y su visión del mundo y la luz de la nueva cultura y de la teología del nuevo milenio. Sabemos que san Luis María de Montfort llegó a comprender perfectamente a la gente de su tiempo y de su país. Trecentos años más tarde habría buscado ciertamente compañeros y compañeras capaces de revelar los tesoros de la divina Sabiduría a los hombres y mujeres de un mundo totalmente distinto.

Pensando en estos objetivos, los Consejos Generales de la Familia Monfortiana - Misioneros de la Compañía de María, Hijas de la Sabiduría y Hermanos de San Gabriel- aceptaron patrocinar este *Diccionario* de espiritualidad de san Luis María Grignion de Montfort. Damos nuestro más sincero agradecimiento a los editores: los PP. Stefano de Fiores, Alfonso Bossard y Patrick Gaffney, lo mismo que a todos los colaboradores y colaboradoras, cuya ciencia y dedicación hicieron posible esta obra.

San Luis María de Montfort escribió con fuego y precisión y profundamente arraigado en la Escritura y la tradición teológica de la Iglesia. Sin embargo, ha valorado más la Sabiduría de Dios que todos los esfuerzos de la inteligencia humana.

Facilite, pues, este *Diccionario* una comprensión más profunda de la espiritualidad del P. de Montfort. El Espíritu Santo y Nuestra Señora preparen nuestros corazones -como prepararon el de la beata María Luisa Trichet, primera

discípula del P. de Montfort en este camino de santidad- para recibir la presencia de la Sabiduría del Amor.

William Considine, s.m.m.

Superior general de la Compañía de María

PRESENTACION

Podemos definir un diccionario como un *barómetro de los tiempos*. Su oficio es, en efecto, registrar, testificar, clarificar la situación presente y prever el movimiento histórico hacia el futuro. Y todo esto, en estilo conciso y esencial, en forma profunda y actualizada. El éxito editorial de los diccionarios pone de manifiesto que responden a una exigencia de la sociedad contemporánea. Hombres y mujeres de hoy, arrastrados por el vertiginoso ritmo de la vida actual, como lucha entre el tiempo y el espacio, quieren saberlo todo lo más rápidamente posible.

El *Diccionario de espiritualidad monfortiana*, querría también él responder concisa y profundamente a la necesidad sentida por muchos cristianos de hoy de escanciar a manos llenas en la experiencia y en los escritos de ese gran místico y misionero que se llama san Luis María de Montfort (1673-1716).

Amplia y eficaz es la experiencia del P. de Montfort. Conciérne a diferentes niveles y zonas culturales desde las personas más sencillas del pueblo humilde hasta el Papa Juan pablo II, que no oculta cuánto debe en su vida espiritual a la lectura del Tratado de la Verdadera Devoción a María. En su encíclica *Redemptoris Mater* (1987), el único autor de los tiempos modernos a quien cita es precisamente san Luis María de Montfort, en calidad de "testigo y maestro" de auténtica espiritualidad mariana.

Es oportuno, por no decir necesario, presentar a los hombres y mujeres de hoy, y en particular a las familias religiosas que se inspiran en el P. de Montfort, toda la herencia espiritual que ha legado a la Iglesia. Se trata ciertamente de un deber de justicia. De hecho, durante los tres siglos que nos separan del P. de Montfort, se ha estudiado con seriedad su espiritualidad, subrayando uno u otro aspecto. A veces se puso en evidencia, la devoción a la Virgen; en otras, se resaltó el amor a la Sabiduría eterna o la inspiración apostólica o la visión profética de los últimos tiempos. Se trata ahora, sin perder nada de lo ya aportado hasta hoy, de ampliar más el horizonte para abarcar las contribuciones principales de Montfort en el terreno de la espiritualidad cristiana.

A partir de la publicación en 1966 de las Obras Completas de san Luis María Grignion de Montfort en ediciones *du Seuil*, estamos en condición de recuperar la totalidad de los escritos del P. de Montfort en una visión global. El *Diccionario de espiritualidad monfortiana* ha adoptado esta perspectiva. Trata de ofrecer así a los lectores el gozo de descubrir en Montfort una espiritualidad que no se limita a

ofrecer los ejes clásicos y ya conocidos de todos (tales como el Cristo Sabiduría, la cruz, María, el apostolado...), sino que presenta muchos otros temas, como la amistad, la alianza, Dios, la Providencia, el Espíritu santo, el hombre, la mujer, el mundo, la fe, la esperanza, el amor...

Otras categorías más definen la fisonomía de este diccionario. No se encontrará en él (fuera del índice analítico) una lista enciclopédica de toda materia concerniente al P. de Montfort; pero los argumentos más importantes para la vida espiritual de hoy se hallan ahí. El diccionario no se preocupa tanto por brindar información cuanto por ayudar a vivir como verdaderos cristianos, gracias a una reflexión fundamentalmente formativa. Cada artículo se esfuerza por presentarse como un pequeño tratado.

Aunque el Diccionario presta especial atención al ambiente histórico y espiritual de Montfort, no se queda aprisionado en el siglo XVII. Evitando toda "extrapolación", quiere hablar el lenguaje de los hombres y mujeres de hoy y, en cuanto es posible, encarnar la espiritualidad monfortiana en la cultura actual, tomando en cuenta las adquisiciones seguras de la teología y de las ciencias humanas.

En cuanto al método, el Diccionario adopta el acostumbrado *círculo hermenéutico*. Parte de la situación presente con sus progresos, sus esperanzas y sus problemas, se remonta al pasado para recuperar la espiritualidad del P. de Montfort y regresa a nuestro tiempo para actualizarla en el contexto de la vida eclesial. Porque el Diccionario se halla esencialmente al servicio de la vida cristiana vivida en plenitud.

Si el Diccionario logra brindar este servicio, se debe ciertamente a los colaboradores que con amor y competencia han redactado los diferentes artículos, a los perspicaces consejeros científicos A. Bossard y P. Gaffney, a los diligentes traductores y al activo secretariado. Pero, ante todo, se debe ello al P. Gerardo Lemire, superior general de los misioneros monfortianos, que en perfecto acuerdo con sor Inés de la Eucaristía, superiora general de las Hijas de la Sabiduría, y con el hermano Juan Friant, superior general de los Hermanos de la instrucción cristiana de san Gabriel, apoyó la idea de un *Diccionario de espiritualidad monfortiana*. Los tres superiores juzgaron que esta iniciativa se hallaba en perfecta sintonía con las orientaciones de los capítulos generales a propósito de la valorización de la espiritualidad monfortiana sobre todo a nivel de la formación permanente.

A partir de hoy, queda este diccionario en manos de los miembros de las tres congregaciones monfortianas. Pero también se halla abierto a las miradas de la familia monfortiana más amplia, ésa que está compuesta por aquellos y aquellas que siguen a Cristo tras las huellas de Montfort. Podemos anhelar que este Diccionario alcance a un sector más amplio de lectores, en vista de un encuentro personal, transformante y definitivo con Dios, que a través de los santos deja transparentar un rayo de su gloria en los caminos de la historia.

Stefano De Fiores
Director del Diccionario

Roma, 28 de abril de 1993,

CLAVE DE LECTURA

Hay muchas formas de utilizar este Diccionario de Espiritualidad Monfortiana. El más elemental sería ir leyendo de la primera a la última página. Lo corriente es que cada uno consulte el diccionario según sus centros de interés.

No obstante, algunos pueden experimentar la necesidad de evitar una consulta dispersa, prefieren hacerla a través de una lectura sistemática, guiada por un desenvolvimiento orgánico que presente la espiritualidad monfortiana conforme a una lógica determinada.

Querriamos responder a esa necesidad mediante la siguiente propuesta, que obedece a los criterios de conocimiento de Montfort en el contexto de su tiempo y en la actualidad. El orden propuesto es, pues, el mismo del que ya hablamos en esta presentación y que se llama *círculo hermenéutico*: partimos de la situación actual en el terreno de la espiritualidad monfortiana, subimos al pasado (a Montfort y su experiencia espiritual) y regresamos al presente para actualizar los contenidos según las categorías de nuestro tiempo. La ventaja de este sistema estriba en una mayor posibilidad de asimilación de la espiritualidad monfortiana en su conjunto.

I. SITUACION ACTUAL DE LA ESPIRITUALIDAD MONFORTIANA

Está descrita en el artículo *Influjo*, que proyecta un rayo de luz sobre la irradiación de Montfort en diferentes lugares del mundo. Para darnos cuenta del influjo de Montfort en cuanto *testigo y maestro* de espiritualidad, además del artículo *Beatificación/Canonización*, leeremos *Doctor de la Iglesia*, que sin adelantarse al juicio de la autoridad pontificia, presenta en el santo cualidades que podrían hacer de él un candidato a ese título.

II. EXPERIENCIA ESPIRITUAL DE MONTFORT

Para comprender la espiritualidad monfortiana, es necesario remontarnos a su lugar de origen, que es la persona misma del fundador en el contexto de su tiempo. Para captar en general las coordenadas de la sociedad del siglo XVII, leeremos *Ambiente histórico y geográfico*, y pasaremos inmediatamente al artículo *Escuela francesa de espiritualidad*, que introduce a las grandes corrientes espirituales del *gran siglos de las almas*.

Tendremos que acercarnos luego a la personalidad espiritual de Montfort. Su

espiritualidad está diseminada por todo el Diccionario, pero en lo esencial la encontramos resumida en el artículo *Luis María de Montfort*, donde descubrimos su perfil biográfico y los elementos más importantes de su espiritualidad. Añadiremos oportunamente la lectura de la *Iconografía*, que resalta no sólo las características artísticas de Montfort, sino también las interpretaciones hechas de su imagen en el arte figurativo. Pasaremos luego a María Luisa de Jesús (beatificada el 16 de mayo de 1993 por Juan Pablo II). Ella trabajó al lado de Montfort asimilando profundamente y según su propio carisma la espiritualidad monfortiana.

Para penetrar en dicha espiritualidad, abordaremos provechosamente las obras de Montfort, las principales de las cuales son objeto de artículos específicos: *El Amor de la Sabiduría Eterna*, *Cánticos*, *Coronilla*, *Súplica Ardiente*, *Secreto de María*, *Tratado de la Verdadera Devoción*, *Tríptico*. Las demás obras de Montfort las encontraremos dentro de los artículos Cruz, Misión, Rosario, Sabiduría, Peregrinación...

III. LA VIDA ESPIRITUAL TRAS LAS HUELLAS DE MONTFORT

Dado que la espiritualidad monfortiana no constituye una senda alternativa a la vida cristiana vivida en plenitud, presenta las mismas dimensiones que ésta, aunque subrayando ciertos aspectos. Consiste en la búsqueda de Dios solo, a través de Cristo Sabiduría, en docilidad al Espíritu Santo y en comunión con María, en la Iglesia para el Reino. Para esta visión de conjunto leeremos el artículo Espiritualidad Monfortiana. El Diccionario explica sus dimensiones.

1. Dimensión trinitaria - Todo parte del Dios Trinidad y de su designio salvífico, que se realiza en la historia por la obra de las tres divinas personas.

A. Al Padre, lo contemplamos en el artículo *Dios*, que describe su naturaleza, sus planes y el significado de la fórmula "Dios solo", preferida de Montfort. Dos artículos más completan la teología monfortiana al presentar a Dios como creador del universo (*Creación/Ecología*) y como *Providencia*. Con el Padre nos relacionaremos especialmente por medio de las actitudes de *Adoración* y *Libertad de los Hijos de Dios*.

B. El Hijo realiza una función de extraordinaria importancia en la espiritualidad monfortiana. Leeremos ante todo el artículo de síntesis *Jesucristo*. Contemplaremos luego los diferentes aspectos de su misterio tal como lo ilumina Montfort: *Sabiduría* (añadiremos la lectura estética propuesta por el artículo *Belleza*), *Encarnación*, *Navidad*, *Cruz*, *Sagrado Corazón*, *Reparación*. La relación vital con Jesucristo se expresa por la *Consagración* total y por medio de muchas otras actitudes, entre las cuales no deben faltar las de *Discípulo* y *Amigo* de la Sabiduría (*Amistad*).

C. Espíritu Santo aparece en la historia de la salvación, sobre todo en relación con Cristo, con María y con la Iglesia (*Espíritu Santo*). El Espíritu guía el

Discernimiento y suscita los *Carismas* en los fieles.

2. Dimensión mariana - Habiendo la Santísima Trinidad escogido a *María* para la encarnación del Hijo y para la regeneración espiritual de los hombres, hay que acogerla en la propia casa por medio de una verdadera y perfecta devoción. Montfort expresa esta devoción por medio de actitudes que conciernen ante todo a Dios y a Jesucristo: *Consagración, Esclavitud de Amor, Alianza*. Propone también la recitación frecuente del Magníficat, para dar gracias a Dios por los favores concedidos a María, y la recitación de la oración contemplativa del Rosario.

3. Dimensión eclesial - Dado que la salvación es de naturaleza comunitaria, tiene lugar en la *Iglesia*, en la que todos los fieles caminan hacia la santidad (*Santos/Santidad*) por medio de la celebración de la *Liturgia* y con la ayuda de los sacramentos (*Bautismo, Penitencia/Reconciliación...*) La estructura jerárquica de la Iglesia comprende a sus pastores: *Papa/Obispos, Sacerdote/Sacerdocio*, con quienes debemos colaborar y a quienes debemos obedecer. Con Montfort tenemos que ampliar nuestras relaciones con la Iglesia celeste y velar para no caer en las trampas de los demonios (*Angeles/Demonios*).

4. Dimensión antropológica - En el plan de la salvación, el hombre está implicado como socio responsable, con sus dones y sus debilidades y en relación de reciprocidad con la mujer. Montfort pone el acento sobre la condición humana (*Hombre, Mujer*). Pero toma en cuenta igualmente las etapas del camino espiritual desde el bautismo hasta la gloria.

Se da el abandono del pecado para vivir en *Gracia* y conforme a la *Biblia/Palabra de Dios*. Sigue la madurez espiritual que se alcanza por el ejercicio de las *Virtudes*, y en particular de la *Fe*, de la *Esperanza*, del *Amor* y de ciertas virtudes más gratas a Montfort: *Pobreza, Dulzura, Fidelidad/Perseverancia*. En esta fase es indispensable sobre todo la *Oración*, especialmente la bíblica (*Salmos*), e igualmente el *Silencio*, el *Retiro* y la búsqueda de la *Paz*. Llegamos finalmente a la unión mística, viviendo el espíritu de las Bienaventuranzas, en comunión permanente de amor con Dios (*Mística*).

5. Dimensión misionera - Esta dimensión vivida y subrayada por Montfort, que era un "varón apostólico", aparece especialmente en los artículos *Apóstol/Apostolado, Misión, Modelos*. La finalidad de la misión es la *Salvación* de los hombres, por la conversión de éstos y la renovación de la vida cristiana. La virtud más evidente del apóstol es el *Celo*.

6. Dimensión escatológica - La espiritualidad monfortiana se proyecta, como Montfort mismo, hacia la preparación del Reinado de Dios en el mundo. La cual será obra de los Apóstoles de los últimos tiempos, a impulso del Espíritu Santo en colaboración con María. Después, el reino histórico- salvífico de Jesucristo en el mundo es la realización de las *Postrimerías*, en las cuales insistía Montfort en su predicación.

IV. ACTUALIZACION DE LA ESPIRITUALIDAD MONFORTIANA

Esta espiritualidad, siguiendo las leyes de la encarnación debe medirse por la cultura de nuestra época e insertarse en ella a fin de hacerse salvación para el hombre y la mujer de hoy. Encontramos indicaciones en este sentido, ante todo, en el artículo *Inculturación*, y en el contexto de la relación monfortiana con el *Mundo*, revisada por el Concilio Vaticano II. Pero prácticamente todos los artículos tratan de actualizar la espiritualidad monfortiana en perspectiva de la vida contemporánea.

La plataforma común de esta espiritualidad recibe una especificación ulterior según las condiciones de vida (*Familia/Matrimonio, Niño, Enfermos*) y en el terreno siempre exigente de la *Educación*. Un campo de aplicación muy cercano a la experiencia de Montfort es el de las fundaciones monfortianas, sobre las cuales recae en primer lugar la responsabilidad de vivir y comunicar la espiritualidad monfortiana: *Hijas de la Sabiduría, Compañía de María, Hermanos de la Instrucción cristiana de San Gabriel*. El Diccionario, finalmente, prestará servicio al laicado cristiano, a los sacerdotes y religiosos, sobre todo a aquellos y aquellas que en diferentes lugares del mundo han brindado su adhesión a las *Asociaciones monfortianas*.

DIRECCION Y COLABORADORES

DIRECCION GENERAL

Stefano De Fiore

CONSEJO CIENTIFICO

Alphonse Bossard – Patrick Gaffney

COLABORADORES – COLABORADORAS

AMATO Angelo sdb: decano de teología en la Universidad pontificia salesiana, Roma (Italia). Artículos: Jesucristo, Inculturación, Penitencia/Reconciliación (en colaboración).

AUDUSSEAU Juan smm: licenciado en teología y en sagrada Escritura, Marsella (Francia). Artículo: Alianza.

BARBERA Gaetano smm: diplomado en mariología, Bergamo (Italia): Esperanza.

BOSSARD Alphonse smm: doctor en teología, rector del santuario de Nuestra Señora du Marillais (Francia). Artículos: Fe, Encarnación, Luis María de Montfort (en colaboración), Tratado de la verdadera devoción, Secreto de María.

BULTEAU Juan sg: bachiller en filosofía, licenciado en ciencias religiosas. La Mothe-Achard (Francia). Artículos: Cruz, Enfermos.

BURRASCANO Pietro smm: licenciado en teología moral, fundador del "Centro Famiglie incontro" de Pozzuolo Martesana (Italia). Artículo: Familia/Matrimonio (en colaboración).

CHAREST Roger smm: director del centro mariano de Ozone Park (EE. UU.). Artículo: Legión de María.

CHIARI Ismenia (Sr Bernardetta dell'Immacolata) Hdls: diplomada en ciencias religiosas, colaboradora para la causa de beatificación de María Luisa de Jesús, Roma (Italia). Artículo: Silencio.

COLZANI Gianni, doctor en teología, profesor de antropología teológica en la universidad católica de Milán. Artículo: Gracia

CORTINOVIS Battista smm: doctor en teología con especialización en Mariología, Roma (Italia). Artículo: Iglesia.

CROTEAU Georges sg: doctor en ciencias de la educación, Toronto (Canadá). Artículo: Educación.

DALLAIRE Gilles smm: Magister en teología, Montréal (Canadá). Artículos: Apóstol/Apostolado (en colaboración).

DAVIAU Pierrette fdls: bachiller en pedagogía, doctora en literatura, directora del instituto de comunicaciones sociales en la Universidad Saint-Paul d'Ottawa (Canadá). Artículo: Dulzura.

DE FIORES Stefano smm: doctor en teología espiritual, profesor de mariología sistemática y de historia de la mariología en las Universidades pontificias Gregoriana y Salesiana y la Facultad pontificia de teología *Marianum*, Roma (Italia). Artículos: Adoración (en colaboración), Apóstol/Apostolado (en colaboración), Ultimos tiempos, Infancia (en colaboración), Hijas de la Sabiduría (en colaboración), Luis María de Montfort (en colaboración), Espiritualidad monfortiana.

DEMERS Odilon smm: bachiller en teología pastoral, Montréal (Canadá). Artículo: Cánticos (en colaboración).

DELESALLE Inés fdls: especializada en pastoral litúrgica, adjunta para la

formación permanente de los sacerdotes y laicos en la diócesis de Tours (Francia).
Artículo: Angeles/Demonios.

DEVILLE Raymond: especialista de la espiritualidad del siglo XVII, superior general de la Compañía de los Sacerdotes de San Sulpicio, París. Artículo: Escuela francesa de espiritualidad.

ÉVENOU Juan, sacerdote diocesano: experto en liturgia, Congregación del culto divino, Roma. Artículo: Liturgia (en colaboración).

FENILI Giuseppe smm: doctor en teología, Santeramo (Italia). Artículo: Adoración (en colaboración).

FRANCINI Giorgio osm: profesor de literatura italiana, Roma. Artículos: Cánticos (en colaboración), Navidad (en colaboración).

FRITH Mary (Sr Philippe-Marie) fcls: diplomada en teología y en Sagrada Escritura, Chorley (Inglaterra). Artículo: Celo apostólico (en colaboración).

GABBIADINI Rosino, sacerdote diocesano: especializado en ciencia de la educación, Ravenna (Italia). Artículo: Modelos.

GAFFNEY Patrick smm: doctor en teología, profesor de teología dogmática en la Universidad de San Luis, Missouri (EE. UU.) Artículos: Consagración, María, Reinado, Trinidad.

GAMBARI Elio smm: doctor in utroque jure, Roma (Italia). Artículo: Asociaciones/Estatuto eclesial.

GARAT Francisco sg: licenciado en ciencias religiosas, Mortagne-sur-Sèvre (France). Artículo: Peregrinación (en colaboración).

GASPARI Sergio smm: doctor en teología bíblica, profesor de liturgia, Roma (Italia). Artículo: Sacerdote/Sacerdocio.

GENDROT Marcel smm: doctor en filosofía, licenciado en derecho canónico, San Lorenzo del Sèvre (Francia). Artículos: Beatificación/Canonización (en colaboración), Doctor de la Iglesia, Asociaciones (en colaboración).

GUIL Emmanuel smm: animador espiritual, Le Marillais (France). Artículo: Peregrinación (en colaboración).

GUINDON Enrique María smm: doctor en teología, Ottawa (Canadá). Artículos: Fidelidad/Perseverancia, Navidad (en colaboración), Coronilla, Oración, Sagrado Corazón, Salvación.

GUITTENY Bernardo smm: diplomado en teología espiritual Meaux (France).

Artículo: Creación/Ecología.

HÉMERY Juan smm: bachiller en teología, animador espiritual, San Lorenzo del Sèvre (Francia). Artículos: Bautismo, Carismas, Asociaciones.

HULST (van der) Adrianus smm: diplomado en teología espiritual, Roma (Italia). Artículo: Discernimiento.

JOSEPH T. A. sg: doctor en literatura, licenciado en Sagrada Escritura, profesor adjunto en Biblia, Hyderabad (India). Artículo: Salmos.

JÜNEMANN Hermann Josef smm: diplomado en teología espiritual, director del Centro mariano monfortiano de Salzburgo (Austria). Artículos: Hombre, Mística.

KENEL Sally: doctora en filosofía, profesora de teología en St. John's University, New-York (EE.UU.). Artículos: Mujer, Providencia.

KOELHER Théodore sm: doctor en teología, director de la biblioteca mariana de Dayton (Ohio, EE. UU.). Artículo: Esclavitud de amor.

LAURENCEAU Juan op: teólogo, animador espiritual, Lille (France). Artículo: Rosario.

LAURENTIN René: doctor en literatura en la Sorbona, mariólogo, Évry (France). Artículo: Espíritu Santo.

LE BOT Corentin sg: licenciado en literatura, Roma (Italia). Artículo: Amistad.

LEMARIÉ Miguel smm: especializado en ciencias sociales, Buenos Aires (Argentina). Artículo: Pobre/Pobreza.

LEPERS Simona fdl: licenciada en filosofía y pedagogía, encargada del archivo de la casa madre de las Hijas de la Sabiduría, San Lorenzo del Sèvre (Francia). Artículos: Hijas de la Sabiduría (en colaboración), María Luisa de Jesús.

LOGISTER Wiel smm: doctor en teología, profesor de teología en la Universidad de Tilburg (Holanda). Artículo: Dios.

MACDONALD Donald smm: animador espiritual, Liverpool (Inglaterra). Artículo: Paz.

MACKRELL Gerardo smm: magister en filosofía, Andover (Inglaterra). Artículo: Libertad.

MADORE Georges smm: magister en teología, Drummondville (Canadá). Artículo: Amor.

MAGGIONI Corrado smm: doctor en liturgia, Congregación del Culto divino, Roma (Italia). Artículos: Eucaristía, Liturgia (en colaboración).

MAIRE Olivier smm: licenciado en ciencias naturales, magister en teología, Roma (Italia). Artículos: Belleza, Postrimerías.

MICHAUD Jean-Paul smm: doctor en teología, licenciado en Sagrada Escritura, profesor de teología en la Universidad Saint -Paul, Ottawa (Canadá). Artículos: Biblia/Palabra de Dios, Mundo.

MORINAY Juan smm: magister en literatura clásica, Chézelles (Francia). Artículos: Bienaventuranzas, Virtudes.

NAVA Pier Luigi smm: licenciado en derecho canónico, director de «Quaderni Monfortani», Roma (Italia). Artículos: Compañía de María, Misión, Penitencia/Reconciliación (en colaboración), Tríptico.

PAPASOGLI Benedetta: doctora en literatura, profesora de literatura en la Universidad de Mesina, agiógrafa, Roma (Italia). Artículo: Cánticos (en colaboración).

PÉNISSON Juan sg: magister en literatura moderna, profesor de historia y ciencias de la educación en el Centro de Formación pedagógica de Marsella (Francia). Artículo: Ambiente histórico y geográfico.

PRÉVOST Jean-Pierre smm: doctor en teología bíblica, profesor de teología en la Universidad Saint-Paul, Ottawa (Canadá). Artículos: Amor de la Sabiduría eterna, Sabiduría.

ROBITAILLE Helena flds: magister en ciencias religiosas, Roma (Italia). Artículo: Retiro.

ROLANDEAU Juan Bautista sg: experto en historia y espiritualidad monfortiana, San Lorenzo del Sèvre (Francia). Artículo: Hermanos de la Instrucción cristiana de San Gabriel.

RUM Alberto smm: publicista, Centro mariano monfortiano, Roma (Italia). Artículos: Papa/Obispos, Santo/Santidad, Celo apostólico (en colaboración).

SAINT-ONGE Guy sg: magister en literatura, doctor en ciencias religiosas, Champlain (Canadá). Artículo: Asociaciones (en colaboración).

SIBOLD Marcelo smm: especialista en investigaciones monfortianas. Artículo: Familia/Matrimonio (en colaboración), Iconografía monfortiana.

STERN Juan ms: teólogo, encargado del archivo de casa generalicia de los

misioneros de Nuestra Señora de La Salette. Artículo: Reparación.

VAN DEN HOOFF Bernadette-Marie fdls: licenciada en filosofía y letras, Bruselas (Bélgica). Artículo: Hijas de la Sabiduría (en colaboración).

VETTICKAL J. (Fr. Antony Francisco) sg: diplomado en ciencias de la enseñanza y la educación, Tiruchirapalli (India). Artículo: Infancia (en colaboración).

VIENNE Clara (Sr Marie-Claire) dlfs: diplomada en ciencias religiosas, San Lorenzo del Sèvres. Artículo: Beatificación/Canonización (en colaboración).

TRADUCTORES

LUISA DE LA ENCARNACION, hdls; MIGUEL PATIÑO H., smm; LUIS SALAUN P., smm; ANGEL LLANA, sg; HECTOR PARRADO, smm; Mons. JOSE AURELIO ROZO, smm; + GUSTAVO RODRIGUEZ, smm; MARTIN GIL, Pbro.; PIO SUAREZ B., smm

REVISORES y COORDINADORES

LUIS SALAUN P. – PIO SUAREZ B.

[| VOLVER AL INDICE |](#)

ÍNDICES

I - LISTA DE ARTICULOS con sus autores

Adoración (G. Fenili, St. De Fiores)
Alianza (J. Audusseau)
Ambiente geográfico e histórico (J. Pénisson)
Amistad (C. Le Bot)
Amor (G. Madore)
Amor de la Sabiduría Eterna (EI) (J.-P. Prévost)
Ángeles/Demonios (A. Delesalle)
Apóstol/Apostólico (G. Dallaire, St. De Fiores)
Asociaciones (J. Hémary)
Bautismo (J. Hémary)
Beatificación/Canonización (M. Gendrot, C. Vienne)
Belleza (O. Maire)
Biblia/Palabra de Dios (J.-P. Michaud)
Bienaventuranzas (J. Morinay)
Cánticos (O. Demers, G. Francini, B. Papàsogli)
Carismas (J. Hémary)
Celo apostólico (A. Rum, M. Frith)
Compañía de María (P. L. Nava)
Consagración (P. Gaffney)
Coronilla de la Sma. Virgen (H.-M. Guindon)
Creación/Ecología (B. Guitteny)
Cruz (J. Bulteau)
Dios (W. Logister)
Discernimiento (A. van der Hulst)
Discípulo (A. Valentini)
Doctor de la Iglesia (M. Gendrot)
Dulzura (P. Daviau)
Ecumenismo (J. Saward, P. Gaffney)
Educación (G. Croteau)
Encarnación (A. Bossard)
Enfermos (J. Bulteau)
Esclavitud de amor (Th. Koehler)
Escuela francesa de espiritualidad (R. Deville)
Esperanza (G. Barbera)
Espiritualidad monfortiana (St. De Fiores)
Espíritu Santo (R. Laurentin)
Eucaristía (C. Maggioni)
Familia/Matrimonio (M. Sibold, P. Burrascano)
Fe (A. Bossard)

Fidelidad/Perseverancia (H.-M. Guindon)
Gracia (G. Colzani)
Hermanos de la instrucción cristiana de San Gabriel (J.-B. Rolandean)
Hijas de la Sabiduría (M. Lepers, B. M. van der Hoof, St. De Fiores)
Hombre (H. J. Jünemann)
Iconografía monfortiana (M. Sibold)
Iglesia (B. Cortinovis)
Inculturación (A. Amato)
Infancia/Niñez (J. Vettickal, St. De Fiores)
Jesucristo (A. Amato)
Legión de María (R. Charest)
Libertad (G. Mackrell)
Liturgia (G. Évenou, C. Maggioni)
Luis María de Montfort (St. De Fiores, A. Bossard)
Magnificat (A. Valentini)
María (P. Gaffney)
María Luisa de Jesús (M. Lepers)
Misión (P. L. Nava)
Mística (H. J. Jünemann)
Modelos (R. Gabbiadini)
Mujer (S. Kenel)
Mundo (J.-P. Michaud)
Navidad (H.M. Guindon, G. Francini)
Oración (H.-M. Guindon)
Papa/Obispos (A. Rum)
Paz (D. Macdonald)
Penitencia/Reconciliación (A. Amato, P. L. Nava)
Peregrinación (F. Garat, E. Guil)
Pobreza/Pobres (M. Lemarié)
Postrimerías (O. Maire)
Providencia (S. Kenel)
Reino (P. Gaffney)
Reparación (J. Stern)
Retiro (H. Robitaille)
Rosario (J. Laurenceau)
Sabiduría (J.-P. Prévost)
Sacerdote/Sacerdocio (S. Gaspari)
Sagrado Corazón (H.-M. Guindon)
Salmos (T. A. Joseph)
Salvación (H.-M. Guindon)
Santos/Santidad (A. Rum)
Secreto de María (El) (A. Bossard)
Silencio (I. Chiari)
Tratado de la Verdadera Devoción (A. Bossard)
Trinidad (P. Gaffney)
Tríptico monfortiano (P. L. Nava)
Últimos tiempos (St. De Fiores)

Virtud (J. Morinay)

II - UNIDADES DE PRESENTACION DE TEMAS

1. ANTROPOLOGIA

Creación/Ecología (B. Guitteny)

Educación (G. Croteau)

Enfermos (J. Bulteau)

Gracia (G. Colzani)

Hombre (H. J. Jünemann)

Mujer (S. Kenel)

Salvación (H.-M. Guindon)

2. APOSTOLADO

Apóstol/Apostolado (G. Dallaire, St. De Fiores)

Celo apostólico (A. Rum, M. Frith)

Educación (G. Croteau)

Iconografía monfortiana (M. Sibold)

Inculturación (A. Amato)

Liturgia (G. Évenou, C. Maggioni)

Misión (P. L. Nava)

Penitencia/Reconciliación (A. Amato, P. L. Nava)

Rosario (J. Laurenceau)

3. COMPROMISO CRISTIANO

Alianza (J. Audusseau)

Amor (G. Madore)

Bautismo (J. Hémerly)

Bienaventuranzas (J. Morinay)

Consagración (P. Gaffney)

Cruz (J. Bulteau)

Discípulo (A. Valentini)

Esclavitud de amor (Th. Koehler)

Familia/Matrimonio (M. Sibold, P. Burrascano)

Fidelidad/Perseverancia (H.-M. Guindon)

Paz (D. Macdonald)

Virtudes (J. Morinay)

4. ESCATOLOGIA

Esperanza (G. Barbera)

Postrimerías (O. Maire)

Ultimos tiempos (St. De Fiores)

5. ESCRITOS

Amor de la Sabiduría Eterna (El) (J.-P. Prévost)
Cánticos (O. Demers, G. Francini, B. Papàsogli)
Secreto de María (A. Bossard)
Tratado de la Verdadera Devoción (A. Bossard)
Tríptico (P. L. Nava)

6. ESPIRITUALIDAD

Adoración (G. Fenili, St. De Fiores)
Amor (G. Madore)
Belleza (O. Maire)
Bienaventuranzas (J. Morinay)
Consagración (P. Gaffney)
Cruz (J. Bulteau)
Discípulo (A. Valentini)
Dulzura (P. Daviau)
Encarnación (A. Bossard)
Esclavitud de amor (Th. Koehler)
Espiritualidad montfortiana (St. De Fiores)
Eucaristía (C. Maggioni)
Fe (A. Bossard)
Infancia (J. Vettickal, St. De Fiores)
Libertad (G. Mackrell)
Mística (H. J. Jünemann)
Oración (H.-M. Guindon)
Pobre/Pobreza (M. Lemarié)
Retiro (H. Robitaille)
Rosario (J. Laurenceau)
Silencio (I. Chiari)

7. ESPIRITU SANTO

Biblia/Palabra de Dios (J.-P. Michaud)
Carismas (J. Hémerly)
Discernimiento (A. van der Hulst)
Espíritu Santo (R. Laurentin)
Gracia (G. Colzani)
Salmos (T. A. Joseph)
Santos/Santidad (A. Rum)

8. IGLESIA

Asociaciones (J. Hémerly, E. Gambari, M. Gendrot, G. St-Onge, F. Fabry, S. Epis, R. Charest, M. Belotti, Cl. Sigouin)
Carismas (J. Hémerly)
Ecumenismo
Eucaristía (C. Maggioni)
Iglesia (B. Cortinovis)
Mundo (J.-P. Michaud)
Papa/Obispos (A. Rum)

Pobre/Pobreza (M. Lemarié)
Reino (P. Gaffney)
Reparación (J. Stern)
Retiro (H. Robitaille)
Salvación (H.-M. Guindon)

9. JESUCRISTO

Dios (W. Logister)
Encarnación (A. Bossard)
Eucaristía (C. Maggioni)
Jesucristo (A. Amato)
Navidad (H.M. Guindon, G. Francini)
Providencia (S. Kenel)
Sabiduría (J.-P. Prévost)
Sacerdote/Sacerdocio (S. Gaspari)
Sagrado Corazón (H.-M. Guindon)
Trinidad (P. Gaffney)

10. MARIA

Coronilla (H.-M. Guindon)
Esclavitud de amor (Th. Koehler)
Legión de María (R. Charest)
Magnificat (A. Valentini)
María (P. Gaffney)
Rosario (J. Laurenceau)

11. MONTFORT FUNDADOR Y MAESTRO

Ambiente histórico y geográfico (J. Péniesson)
Amistad (C. Le Bot)
Angeles /Demonios (A. Delesalle)
Beatificación/Canonización (M. Gendrot, C. Vienne)
Compañía de María (P. L. Nava)
Doctor de la Iglesia (M. Gendrot)
Escuela francesa de espiritualidad (R. Deville)
Fe (A. Bossard)
Hermanos de la instrucción cristiana de San Gabriel (J.-B. Rolandeau)
Hijas de la Sabiduría (M. Lepers, B. M. van der Hoof, St. De Fiores)
Infancia (J. Vettickal, St. De Fiores)
Iconografía monfortiana (M. Sibold)
Influjo (M. Gendrot, F. Fabry, S. Epis, P. Suárez, H.-M. Guindon, R. Charest, M. Belotti, Cl. Sigouin)
Luis María de Montfort (St. De Fiores, A. Bossard)
María Luisa de Jesús (M. Lepers)
Modelos (R. Gabbiadini)
Penitencia/Reconciliación (A. Amato, P. L. Nava)
Peregrinación (F. Garat, E. Guil).

SIGLAS Y ABREVIATURAS

I - LIBROS DE LA BIBLIA

Ab	Abdías
Ag	Ageo
Am	Amós
Ap	Apocalipsis
Ba	Baruc
Col	Colosenses
1Co	1 Corintios
2Co	2 Corintios
1Cro	1 Crónicas
2Cro	2 Crónicas
Ct	Cantar
Dn	Daniel
Dt	Deuteronomio
Ef	Efesios
Esd	Esdras
Est	Ester
Ex	Exodo
Ez	Ezequiel
Flm	Filemón
Flp	Filipenses
Ga	Gálatas
Gn	Génesis
Ha	Habacuc
Heb	Hebreos
Hch	Hechos
Is	Isaías
Jb	Job
Jc	Jueces
Jdt	Judit
Jl	Joel
Jn	Juan
1Jn	1 Juan
2Jn	2 Juan
3Jn	3 Juan
Jon	Jonás
Jos	Josué
Jr	Jeremías
Judas	Judas

Lc	Lucas
Lm	Lamentaciones
Lv	Levítico
1M	1 Macabeos
2M	2 Macabeos
Mc	Marcos
Mi	Miqueas
Ml	Malaquías
Mt	Mateo
Na	Nahúm
Ne	Nehemía
Nm	Números
Os	Oseas
1P	1 Pedro
2P	2 Pedro
Pr	Proverbios
Qo	Qohélet
"	(Eclesiastés)
1R	Reyes
2R	2 Reyes
Rm	Romanos
Rt	Rut
1S	1 Samuel
2S	2 Samuel
Sal	Salmos
Sb	Sabiduría
Si	Sirácida
"	(Eclesiástico)
So	Sofonías
St	Santiago
Tb	Tobías
1Tm	1 Timoteo
2Tm	2 Timoteo
1Ts	1 Tesalonisenses
2Ts	2 Tesalonisenses
Tt	Tito
Za	Zacarías

II - OBRAS DEL P. DE MONTFORT

AC	Carta a los Amigos de la Cruz
ACM	A los asociados de la Compañía de María
ASE	El Amor de la Sabiduría eterna
C	Cartas

CA	Contrato de alianza con Dios
CMB	Carta a los habitantes de Montbernage
CN	Cuaderno de Notas
CT	Cánticos
CV	Coronilla de alabanzas a la Virgen María
DBM	Disposiciones para bien morir
M	Máxima de la divina Sabiduría
MR	Métodos del Rosario
MVR	Meditaciones sobre la vida religiosa
ON	Oraciones de la Noche
RM	Regla de los sacerdotes misioneros de la Compañía de María
RP	Reglamento de los Penitentes blancos
RPV	Regla de la pobreza voluntaria en la Iglesia primitiva
RS	Regla primitiva de la Sabiduría
RSP	La santa Peregrinación a Nuestra Señora de Saumur
RV	Reglamento de las cuarenta y cuatro Vírgenes
S	Libro de sermones
SA	Súplica Ardiente
SAR	El Secreto Admirable del Santísimo Rosario
SM	El Secreto de María
T	Testamento de san Luis María de Montfort
VD	Tratado de la Verdadera Devoción a la Santísima Virgen

III - DOCUMENTOS DEL CONCILIO VATICANO II

AA	Apostolicam Actuositatem
AG	Ad gentes
CD	Christus Dominus
DH	Dignitatis humanae
DV	Dei Verbum
GE	Gravissimum educationis
GS	Gaudium et Spes
IM	Inter mirifica
LG	Lumen gentium
NA	Nostra aetate
OE	Orientalium ecclesiarum
OT	Optatam totius
PC	Perfectae caritatis
PO	Presbyterorum ordinis
SC	Sacrosantum concilium
UR	Unitatis redintegratio

IV - DOCUMENTOS PONTIFICIOS

MC	Exhortación apostólica «Marialis cultus» de Paul VI (1974)
RMAT	Encíclica "Redemptoris Mater" de Juan Pablo II
DIM	Encíclica "Dives in misericordia" de Juan Pablo II

V - DICCIONARIOS - REVISTAS Y OTRAS FUENTES

Fuentes, diccionarios, revistas

AAS	<i>Acta Apostolicae Sedis</i>
AGCM	Archivos generales de la Compañía de María (Viale dei Monfortani 65, Roma)
AGFS	Archivos generales de la Hijas de la Sabiduría (Via dei Casali di Torvecchia 16, Roma)
Allaire	[R. Allaire], <i>Abrégé / de la Vie et des Vertus / de la soeur: Marie-Louise / de Jésus, / Supérieure / des Filles de la Sagesse, / instituées / Par M. Louis-Marie Grignon / de Montfort, Prêtre, Missionnaire / Apostolique. / A Poitiers, / Chez Jean Félix Faulcon, Imprimeur/ de Monseigneur l'Evêque, & du Clergé. / Place et vis-a-vis Notre-Dame la Grande. / M.DCC.LXVIII. / Avec permission, 438 pp.</i>
Besnard I	C. Besnard, <i>Vie de M. Louis-Marie de Montfort</i> , Centre international montfortain, Rome, 1981, vol. 1 («Documents et recherches», IV), XIV-328 pp.
Besnard II	C. Besnard, <i>Vie de M. Louis-Marie de Montfort</i> , Centre international montfortain, Rome, 1981, vol. 2 («Documents et recherches»), V), 346 pp.
Blain	J.-B. Blain, <i>Abrégé de la Vie de Louis-Marie Grignon de Montfort</i> , Centre International Montfortain, Rome, 1973 («Documents et recherches», II), XVIII-227 pp.
CM	Cahiers marials
Clorivière	<i>La Vie de M. Louis-Marie Grignon de Montfort / Missionnaire apostolique / Instituteur des Missionnaires du Saint-Esprit et des Filles de la Sagesse / par Mr. Picot de Clorivière, recteur de Paramé. / A Paris chez Delain Jeune, / à Saint-Malo chez L. Hovius, à Rennes chez Em. G. Blouet / M.DCC.LXXXV / Avec approbation et privilege du roi, XII-587 pp.</i>

De Fiores	St. De Fiores, Itinerario spirituale di s. Luigi Maria di Montfort (1673-1716) nel periodo fino al sacerdozio (5 giugno 1700), University of Dayton / Ohio, 1974 (vol. 6 de Marian Library Studies), 296 pp.
DMar	Documentation mariale
DMon	Documentation monfortaine
DS	H. Denzinger-A. Schonmetzer, <i>Enchiridion Symbolorum, Definitionum et Declarationum de rebus fidei et morum</i> , Herder
DSAM	Dictionnaire de spiritualité ascétique et mystique, Paris, Beauchesne
DTC	Dictionnaire de théologie catholique, Paris, Letouzey
EM	<i>Ephemerides mariologicae</i>
EstMar	<i>Estudios marianos</i>
EtMar	<i>Études mariales</i>
Florence	Sr. Florence et auteur anonyme, Chroniques primitives de Saint-Laurent-sur-Sevre, Centre international monfortain, Rome, 1967 («Documents et recherches», XVII, 202 pp.
Grandet	[J. Grandet], <i>La Vie / de Messire / Louis-Marie / Grignon / de Montfort, / Prêtre Missionnaire Apostolique. / Composé par un Prêtre du Clergé. / A Nantes, / Chez N. Verger, Imprimeur du / Roy & de Monseigneur l'Evêque. / Grand'ruë, au nom de Jésus. / Avec Approbation & Privilege du Roy. / M.DCC.XXIV, XIX-441 pp.</i>
Le Crom	L. Le Crom, <i>Un apôtre marial: saint Louis-Marie Grignon de Montfort</i> , Librairie mariale, Pontchâteau, 1942, 480 pp., (2 ^a edición: Les traditions françaises, Tourcoing, 1947, 474 pp.)
Mar	<i>Marianum</i>
MC	<i>Exhortation apostolique Marialis cultus de Paul VI (1974)</i>
NDM	<i>Nuevo diccionario de mariología</i> (a cura de St. De Fiores, S. Meo), Ediciones paulinas, Madrid,
NRT	<i>Nouvelle revue théologique</i>

OC	S. Louis-Marie Grignon de Montfort, Oeuvres complètes (bajo la dirección de M. Gendrot), Ed. du Seuil, París, 1968
Papasogli	B. Papasogli, Luis María Grignon de Montfort, un hombre para la última Iglesia, Centro mariano Monfortiano, Santafé de Bogotá, 1993, 452 pp.
Pérouas	L. Pérouas, <i>Ce que croyait Grignon de Montfort et comment il a vécu sa foie</i> , Mame, [s.l.] 1973, 214 pp.
PG	Migne, <i>Patrologia</i> , serie griega
PL	Migne, <i>Patrologia</i> , serie latina
QM	<i>Quaderni Monfortani</i>
RM	Enciclia <i>Redemptoris Mater</i> de Juan Pablo II (1987)
RMon	<i>Rencontres montfortaines</i>
RSPT	<i>Revue des sciences philosophiques et théologiques</i>
SC	<i>Sources chrétiennes</i>
TDNT	<i>Theological Dictionary of the New Testament</i> (Kittel), Grand Rapids, Mich., W.B. Eerdmans, 1964-1976.
VS	<i>La vie spirituelle</i> AAS Acta Apostolicae Sedis

VI - OTRAS SIGLAS

AA.VV.	Autores varios
ac.,	Artículo citado
c. (c),	Capítulo
cc. (cc),	Capítulos
Ib.,	Ibidem
oc.,	Obra citada
p(p)	Página(s)

[| VOLVER AL INDICE |](#)

ADORACION

Sumario - I. *La adoración en la experiencia de Montfort*. II. *La adoración en los místicos franceses del siglo XVII*. III. *Esclarecimiento monfortiano sobre la adoración*: 1. La actitud de adoración; 2. Destinatarios de la adoración: a. Un «no» absoluto a la idolatría, b. La adoración a Dios, c. El «adorable Jesús». IV. *Adoración a Dios en nuestro tiempo*: 1. ¿Idolatría o adoración?: a. Liberación de las idolatrías modernas, b. Adoración en espíritu y en verdad; 2. Regreso a la patria trinitaria.

* * *

«Adoremos hoy y siempre / al Señor en su bondad. [...] Adoremos hoy y siempre / al Señor en lo que es» (CT 50,1). La adoración a Dios es una actitud constante de Montfort, que puede así invitar a la comunidad cristiana a adorar siempre al Señor porque es Dios y se revela como tal en los beneficios de su bondad. Montfort toca en este terreno profundidades que es bueno poner en evidencia en vista de una espiritualidad auténtica.

I. LA ADORACION EN LA EXPERIENCIA DE MONTFORT

El sentido de Dios y de su presencia se hace presente en Montfort desde su infancia. El testimonio de Blain, a quien su joven amigo había mostrado los sitios a donde gustaba de retirarse a orar, es explícito: «Me parecía tan lleno de Dios, tan ocupado en él [...] que yo quedaba confuso y edificado, a la vez»¹. La búsqueda de lugares apartados y silenciosos para *retirarse* es una constante en la vida de Montfort a través de sus diferentes etapas. Pero sus relaciones con Dios han madurado a lo largo de su caminar, gracias a su experiencia espiritual y de sus contactos con los místicos de su tiempo y con los pobres.

Durante su estada en el seminario, bajo el influjo de Boudon y de Surin, llegó a la unificación de su vida espiritual en el amor de Dios, que implica alejamiento de toda criatura². Tomó a la letra la exhortación de Boudon: «Deja a la criatura; contempla a Dios solo. [...] Digamos, pues, siempre: Dios solo, Dios solo»³. Y *Dios solo* será el lema de Montfort, que constituye su valor supremo. Blain, por su parte, observa que Montfort, después de abandonar la Sorbona, «tuvo más tiempo para dedicarlo a Dios y se vio en libertad de seguir su atractivo dominante por el retiro y la meditación»⁴. Por lo demás, todas sus mortificaciones corporales, que causaban tanto ruido entre los seminaristas, eran formas de ese «anonadamiento perfecto», del que hablaba Surin, y procede de la adoración. El distanciamiento de las criaturas conoce excepciones: los «cristianos afligidos» —en expresión de Boudon—, que hay que honrar viendo en ellos «las imágenes vivientes» de Dios⁵. Blain atestigua que, como eco del libro de Boudon, Montfort, cuando vivía en la comunidad de La Barmondière, «tenía una santa envidia a los pobres y personas afligidas; los honraba y respetaba como imágenes vivientes de Jesús crucificado. Cierta día, al verlo, sombrero en mano, acompañando hasta la puerta a un hombre que parecía insignificante, y sorprendido por esos signos de respeto, le pregunté por qué los tenía para con una persona cuya categoría no parecía exigirlos. Me respondió: «Es que está crucificado y hay que respetar y honrar a cuantos tienen la dicha de verse clavados a la cruz»⁶. Esta misma

actitud, explotará en 1706, en Dinán, en el famoso episodio del pobre leproso, a quien cargó hasta la casa de los misioneros gritando: «¡Abran la puerta a Jesucristo!»⁷. Las expresiones de honor que tenía para con los pobres y enfermos iban acompañadas de verdadera adoración hacia la persona de Cristo, presente en ellos. Hacia 1702, refiriéndose a una benedictina del Smo. Sacramento, Montfort escribe explícitamente que «adora en ella a Jesús crucificado» (C 13).

La adoración de Montfort se hace cada vez más cristológica: Adora a Jesús en los pobres y entra en una espiritualidad eucarística de adoración y reparación. En ambos casos, se trata de una perspectiva de fe pura, sin visiones ni milagros: «¡Cuánta gloria da a Dios una fiel adoratriz! Pero ¡qué raro es hallarla! Porque todos, incluso los más espirituales, ansían gustar y ver» (C 19). La adoración al Smo. Sacramento encierra en sí sacrificio, inmolación, símbolo de los cuales es la postura corporal: «¡Qué honor para tu cuerpo el ser inmolado sobrenaturalmente durante una hora de adoración al Altísimo!» (C 19).

A lo largo de su ministerio, Montfort constata la negligencia de los párrocos y de los fieles para con la Eucaristía. Se queja en sus Cánticos, sobre todo en el *Desagravio al Santísimo Sacramento* (CT 136), que compuso durante la misión de Campbón en 1709, y que Besnard define casi como una *elegía*⁸. «Suspiremos, gimamos, lloremos tristemente: / Cristo es abandonado en su gran Sacramento, / se le olvida e insulta .» (CT 136,1). El vínculo con la adoración aparece en la situación paradójica del *Rey de la gloria*, digno de adoración y, no obstante, *abandonado en nuestros altares* (CT 133,3). «A menudo este Dios tan adorable / es albergado paupérrimamente, / porque la iglesia parece un establo, / está sucia, sin ornato ni decoro» (CT 133,4).

El misionero pone en juego todo su celo para restaurar la casa de Dios, pero su finalidad es la de crear el sitio adecuado para la celebración de los misterios de la salvación, para la adoración al Smo. Sacramento y para la oración. En esto era el primero en dar el ejemplo: «Ferviente adorador, ángel del altar, ya lo vieran celebrando, ya lo contemplaran durante su acción de gracias, que siempre hacía en el templo. Imposible no sentirse vivamente impresionado por la grandeza de los misterios y la santidad del ministerio»⁹.

La adoración de Montfort no se limita a su meta preferida que es, indudablemente, la Eucaristía. El universo era para él un auténtico *medio divino*, que le ofrecía la oportunidad de adorar a Dios siempre y en todo lugar. Su biógrafo Besnard nos ofrece de ello un precioso y profundo testimonio: «Todo le servía para elevarse a Dios, y podemos decir que no miraba este gran universo sino como un inmenso y augusto templo que Dios colma con su majestad, y en el que quiere ser adorado en todo lugar. Este pensamiento lo penetraba tan vivamente que vivía en adoración casi continua, viajando incluso con la cabeza descubierta, [...] con el fin de añadir así un culto exterior al que no cesaba de rendir interiormente al Ser supremo»¹⁰.

No sólo el espacio, sino también el tiempo, se convirtió para Montfort en medio de elevarse hasta su Creador y adorar sus misteriosos designios. El misionero encuentra a Dios en los acontecimientos de su vida, en su cotidiano caminar. Si, por ejemplo, permanece en París (1703) en lugar de regresar a Poitiers, es porque, escribe, «Mi Maestro me conduce allá como a pesar mío. El tiene sus designios, que adoro sin conocerlos» (C 15). Según otro pasaje, se esfuerza por conocer esos designios mediante la oración: «Pidamos al Dios, que es todo bondad, que se digne hacernos conocer su voluntad» (C 33). La última carta de Montfort, escrita dos semanas antes de su muerte, comienza con una solemne declaración referente a la vida llena de dificultades que vivían en La Rochelle las primeras Hijas de la Sabiduría: «Adoro el proceder justo y amoroso de la divina Sabiduría sobre su pequeño

rebaño, albergado estrechamente entre los hombres» (C 34).

A través de estos datos biográficos o autobiográficos, Montfort se presenta como un verdadero adorador de Dios. En el universo y en la historia, en los pobres y en la Eucaristía, ha reconocido la presencia divina y manifestado su adoración frente al misterio de Dios. Basado en su experiencia y en armonía con los místicos de su tiempo, supo Montfort hablar de la adoración, como maestro, o celebrarla en sus Cánticos.

II. LA ADORACION EN LOS MISTICOS FRANCESES DEL SIGLO XVII

Para ubicar bien lo que dice Montfort sobre la adoración, hay que dar al menos un vistazo a los místicos de su siglo, agrupados en general bajo el nombre de *Escuela francesa de espiritualidad*.

El más patente teocentrismo caracteriza a la Escuela francesa, o beruliana, de espiritualidad. Se atribuye, con razón, a Berulle haber renovado «el espíritu de religión, el culto supremo de adoración y reverencia a Dios»¹¹. Según este cardenal, Dios es tan grande, tan *infinitamente presente e infinitamente distante* que hay adorarlo «en su esencia y en sus personas, en su ser y actuaciones»¹². Siendo el Dios de Berulle un Dios trinitario es, ante todo, el Padre. Al Padre pues debemos «adorar como Oriente, pero como Oriente eterno, y como Oriente, siempre en pleno mediodía por la plenitud de su luz»¹³. La adoración es una actitud interior que consiste en «tener una idea muy elevada de la realidad que adoramos»; pero conduce a implicaciones vitales que proceden de una «voluntad rendida, sumisa y humilde»¹⁴ y se expresan también exteriormente por tres adoraciones a la Trinidad en ella misma: «la primera al amanecer, y en ella la adoramos como a fuente y principio de nuestro ser; la segunda a mediodía, como perfección de nuestro ser y la tercera, al anochecer, como la meta de nuestro ser»¹⁵. Si la adoración es nuestro deber fundamental, debe, no obstante, ceder ante el amor, porque «amar a Dios es la mayor acción que puede realizar nuestro espíritu»¹⁶. Esto significa que nuestra adoración debe vivirse no en el temor, sino en la ley de la gracia y el amor.

No por ser teocéntrica deja la adoración beruliana de ser cristocéntrica. En efecto, Berulle, «considera a Cristo como *término*, como *medio*, como *ejemplo* de adoración»¹⁷. Tomando en serio el misterio de la encarnación, el *apóstol del Verbo encarnado* afirma: «Adoramos a un Dios eterno, pero que se ha hecho mortal; a un Dios invisible, pero que se ha hecho visible; a un Dios impasible, pero que se ha sometido al calor, al frío, a la cruz y a la muerte»¹⁸. Berulle presenta a Jesús como el perfecto religioso y adorador del Padre, a quien rinde en cuanto hombre una adoración infinita: «Eres actualmente, ¡oh Jesús!, el adorador, el hombre, el servidor infinito en poder, en calidad, en dignidad [...]»¹⁹. Todo cristiano debe unirse a Jesús y esforzarse por mantenerse en estado de adoración permanente.

Los discípulos de Berulle siguen las huellas de su maestro, acentuando aspectos o sacando consecuencias de orden vital. Por ejemplo, Condren insiste en la adoración como holocausto, anonadamiento, estado de hostia y en el sacrificio que «es instituido ante todo para adorar a Dios, reconocer su grandeza y tributar homenaje a sus divinas perfecciones»²⁰. Por su parte, Olier, fundador del seminario de San Sulpicio, invita a los fieles a vivir «la religión de Jesucristo», a unirse a la alabanza que él tributa al Padre. Y dado que en la Eucaristía Jesús tributa ese homenaje al Padre, Olier «sueña con sacerdotes que prolonguen la adoración hasta el punto de consumirse ante el Smo. Sacramento»²¹. En este contexto de espiritualidad de adoración, comprendemos mejor el aporte bastante original de san Luis

María de Montfort sobre el mismo tema.

III. ESCLARECIMIENTO MONFORTIANO SOBRE LA ADORACION

Al pasar de Berulle-Condren-Olier a Montfort, descubrimos el empeño de éste por abandonar un género literario más adecuado a las élites espirituales y adoptar un lenguaje más cercano y comprensible a la gente. A pesar de todo, el misionero se mantiene fiel a sus predecesores. En el pensamiento de Montfort, podemos distinguir la naturaleza y los objetos de la adoración.

1. **La actitud de adoración** - Montfort no define la adoración, pero vincula fácilmente esta palabra con las de anonadamiento, sacrificio y amor. Escribe que «la adoración sacrifica el cuerpo» (C 18) y que es un honor para el cuerpo «ser inmolado sobrenaturalmente durante una hora de adoración al Altísimo» (C 19). Ante la gloria de la Sabiduría, comprende Montfort que es preciso que «todo espíritu se anonade y adore» (ASE 15). El lugar escogido para adorar y rendir culto soberano al ser adorable de Dios es la oración: «Allí es donde en cuerpo y alma, / el hombre se sacrifica: / adora con Jesucristo, / tiembla, se humilla y adora / a la majestad divina [...] (CT 15,4). No se trata de una actitud facultativa. El hombre debe brindar a Dios «ese perfecto sacrificio, / de un corazón agradecido...», que consiste en «adorar a Dios como debe hacerlo» (CT 26,5). La adoración a Dios debe ir unida al amor. Y Montfort se complace en repetir como estribillo de los cánticos: «Que siempre lo adoren y amen [...]» (CT 116, 7; 117,6; 132,1). La adoración es, pues, para él una actitud compleja, que conlleva un aspecto negativo (el sacrificio de sí mismo) y un aspecto positivo formado de agradecimiento, alabanza y amor.

2. **Destinatarios de la adoración** - ¿A quién debe el hombre esa actitud de adoración? Ciertamente no a los ídolos, entre los cuales Montfort enumera tanto los dioses de madera y piedra del paganismo idólatra (ver VD 48.50.59.64.93; SA 17), como los objetos de un amor exagerado de parte de los cristianos: la carne «naturalmente idólatra de sí misma» (ASE 201), el cuerpo que «se vuelve ídolo / cuando lo mimamos mucho» (CT 33,14), las mujeres del mundo «ídolos de belleza» o «ídolos de vanidad» (CT 156,7; 33,112; 43,23). Montfort le declara la guerra a toda forma de idolatría (CT 33,112), pero invoca para ello al Espíritu Santo: «Habla, y rompe los ídolos / que combaten tu amor» (CT 141,6).

a. *Un «no» absoluto a la idolatría.* Ninguna criatura puede, pues, recibir la adoración de los hombres (el caso de la cruz es único, como lo explica Montfort). La Virgen María misma no es la excepción. A este propósito la doctrina de Montfort es formal. María es ciertamente el lugar, «el tabernáculo viviente de la divinidad, donde la Sabiduría eterna quiere ser adorada por ángeles y hombres» (ASE 224); y Montfort nos invita: «Adoremos todos a Jesús viviente / en el seno de María» (CT 87,1). Ella es también promotora, medio y modelo de adoración: «Por ella misma / yo adoro y amo (CT 82,6). En el Magníficat, María en persona invita a adorar al Señor: «¡Que todos adoren y amen [...] / Y que adoren y bendigan / al santo y único Dios!» (CT 85,2). María es la perfecta adoradora de Jesús, sobre todo en el momento de la comunión eucarística, cuando con nosotros recibe a su Hijo, «lo adora profundamente [...], y le tributa en espíritu y verdad, múltiples obsequios» (VD 270). Sin embargo, Montfort se cuida de rendir a María el culto de adoración, incluso relativo: «La cruz es adorable, / María no lo es» (CT 102,23). Mientras Suárez adoptaba para María el lenguaje de *adoración*, especificando de *dulía*, Montfort evita todo equívoco reservando la adoración para Dios solo. La Sabiduría, en efecto, «no quiere que el culto de adoración le

sea tributado a las criaturas, por eminentes que sean, como su Madre santísima» (ASE 172). El santo distingue, pues, constantemente entre el «adorable Jesús» (adjetivo que califica también al Corazón, la sangre, la cruz... de Jesús) y la «admirable María» (CT 28,17; 40,33' 63,1; 127,70). Este rigor teológico en el terreno del culto es significativo en un místico y misionero como lo es Montfort.

Según él, único destinatario de la adoración es Dios, considerado en sus tres personas reveladas en Jesucristo y en el plan de salvación.

b. La adoración a Dios. El Dios de Montfort es el de la revelación bíblica, es decir, el Dios trinitario: lo adora y quiere que todo el mundo lo reconozca como el único verdadero Dios. En SAR 74, que es propio de Montfort, se lee «Todos los cristianos tienen una sola fe, adoran a un solo Dios». El anhelo ardoroso del santo es que todo el mundo adore al verdadero Dios. Y ora insistentemente para lograrlo: «Jesús clavado en la cruz / que llegue tu reinado, / el tiempo ya ha llegado. / Todo el mundo te adore, / todo el mundo te siga [...]» (CT 164,17). La confesión de fe en el único Dios entra dentro de las reglas que escribe para las escuelas gratuitas; «Dios mío, [...] te adoro y reconozco como mi soberano Señor y dueño, de quien dependo exclusivamente» (RS 292,1).

Al respecto, Montfort nos coloca ante las «tres adorables personas» (SAR 41), comenzando por el Padre: «Aquí, Padre de mis padres, yo te adoro, / Señor omnipotente, / ante quien todo es nada» (CT 24,33). La fe en este Dios único en la Trinidad de las personas se convierte en neta doxología, que Montfort pone en labios de María en su Magnificat: «¡Que se adore y se bendiga / al Dios solo y verdadero! / Vibre doquier su alabanza, / doquiera griten y canten: / Gloria al eterno Padre, / Gloria al Verbo adorable, / igual gloria al Espíritu, / que con su amor los une / con vínculo inefable» (CT 85,6).

No quiere el santo una simple adoración, sino una «perfecta adoración» (CT 15,37). Cita entre los principales oráculos de la Sabiduría encarnada el texto de Jn 4,24: «Dios es espíritu y los que le dan culto lo han de hacer en espíritu y de verdad» (ver ASE 145). En el CT 139,4-6, Montfort explica este texto interpretándolo en el sentido de la totalidad y de la sinceridad del don de sí mismo a Dios: «En espíritu, es sin integralmente, / [...] y de verdad, sin doblez alguna» (CT 139,5-6).

Montfort no se interesa sólo por la Trinidad inmanente, Dios «en lo que es», sino también por la Trinidad económica, Dios «en sus bondades» (CT 50,1). Adora la *voluntad* divina (C 33), «el proceder amoroso de la divina Sabiduría» (C 34), y también «los juicios divinos» (DBM 20; CT 8,39) y sus *golpes* (CT 11,35; 101,50), es decir, las aflicciones que encontramos en el camino de la vida.

c. El «adorable Jesús». La adoración dirigida al Dios Trinidad se centra en la persona del *adorable Jesús* (ASE 8.223; SAR 6; SM 78), reconocido conforme a la fe de la Iglesia como «verdadero Dios y verdadero hombre» (ASE 223). No obstante, Jesús se mantiene también en la línea beruliana, como *medio* de adoración: «¡Cosa admirable!, se humilla, / siempre delante del Padre; / alaba, adora, suplica, / con poder en favor nuestro» (CT 40,8). Entre los misterios de Jesús, Montfort privilegia el de su infancia. Canta el misterio de Navidad con acentos berulianos, invitando a adorar al Dios-niño: «El eterno es de un día, / el Verbo está callado, / el Dios omnipotente / se hace niño. / Veneremos, / adoremos [...] / al Dios que se ha hecho niño» (CT 57,1). Yendo más allá de las apariencias de un niño acostado en el heno y, en el encuentro paradójico de la grandeza divina con la debilidad humana, adora al Señor: «... El gran Dios de majestad / se ha hecho en la humanidad / muy semejante a nosotros. / Vamos, vamos a adorarle...» (CT 57,5). Se imagina que los reyes prosternados ante el niño Jesús, reconocen su divinidad en la pobreza de los signos: «Tu

omnipotencia adoramos / tras esta ruin apariencia» (CT 60,7). Montfort, expresando su admiración y todo por María, reserva la adoración para su Hijo: «hijos amados de María, / [...] acaba de dar a luz / a este niño adorable: / Vamos a felicitarla, / y humildes a visitar / a Madre tan admirable» (CT 63,1).

Luego de adorar a Jesús en su infancia, Montfort lo adora en la cruz. «La cruz es adorable» (CT 102,23; ver CT 19,12; AC 1), proclama, precisando que se trata de un culto de adoración relativa (ASE 172). Y explica esta adoración por el hecho de que la Sabiduría, por su pasión y muerte en la cruz, «la ha divinizado en cierta forma y la ha hecho adorable para los ángeles y para los hombres y ordena que todos sus súbditos la adoren junto con él» (ASE 172). Cuando la cruz es acogida de manos de Dios, es la señal del discípulo fiel de Jesucristo (AC 3). Se hace entonces de verdad *signo del cristiano* (ver CT 109,23).

En el terreno de las prácticas, Montfort no deja de valorar la adoración de la Eucaristía. Prescribe a las Hijas de la Sabiduría hacer «cada semana, al menos una hora de adoración al Smo. Sacramento» (RS 134,2); pero considera que la piedad eucarística no debe estar ausente entre los simples fieles a quienes catequiza. En el reglamento de un hombre convertido en la misión, Montfort coloca en primer lugar una hora mensual de adoración eucarística, confesando con Berulle que Jesús es el sol del alma: «Mi devoción primera / será la del Santísimo. / Le adoro una hora entera / cada mes, regularmente» (CT 139,60).

Montfort regresa complacido a la adoración al Corazón de Jesús: «¡Oh Corazón de Dios, Corazón adorable, / oh Corazón, objeto de todos mis amores» (CT 47,1); «Mortal, adora con los ángeles / este Corazón digno de adoración» (CT 40,5). No ve al Corazón de Jesús en forma aislada, sino en relación con la Trinidad y con el corazón de María: «Corazón adorable al infinito, / en la augusta Trinidad» (CT 40,5). No ve el Corazón de Cristo de manera aislada, sino relacionado con la Trinidad y con el Corazón de la Virgen: «Mortal, adora con los ángeles / el Corazón que ha de ser adorado» (CT 40,9); «Adoro a este Corazón / y alabo con proporción, / el de su Madre admirable: / es tan estrecha su unión» (CT 40,33). Imposible exigir mayor precisión teológica en lenguaje tan sencillo y espiritual.

IV. ADORACION A DIOS EN NUESTRO TIEMPO

Si Montfort halla en todas partes espacio para adorar a Dios, hoy constatamos el «destierro» de Dios y de la Trinidad de la vida cotidiana de los hombres.

Por una parte, hay que observar el hecho de la ausencia de Dios en nuestro mundo: «Dios no encuentra ya **habitat** en este mundo, y si los cielos cantan su gloria, su canto es un canto póstumo. [...] El universo ha quedado deshabitado»²². El proceso de secularización que llega hasta liberar al hombre de la hipótesis de Dios, vuelve inútil la cuestión de la adoración. En efecto, esta palabra tiende a desaparecer de los vocabularios, incluso teológicos. Se diría que hoy la cultura prefiere, a lo sumo, hablar *de* Dios a hablar *a* Dios en un contexto de oración y adoración.

Por otra parte, la adoración entre los cristianos parece haber dejado en la penumbra el concepto del Dios Trinidad, que es, sin embargo, específico del cristianismo: «Parece poco importante en la doctrina de la fe lo mismo que en la ética, que Dios sea uno y trino»²³. Se cae a menudo en un deísmo genérico, que deja en el exilio a la santísima Trinidad: «No resulta exageración afirmar que nos encontramos todavía ante un exilio de la Trinidad tanto en la teoría como en la praxis de los cristianos. No obstante es quizás ese exilio el que suscita en nosotros la nostalgia y motiva el nuevo descubrimiento de la «patria trinitaria» en la teología y en la vida...»²⁴.

Aunque su experiencia no es la nuestra, Montfort nos ayuda a recuperar la adoración al Dios único en el sentido del verdadero monoteísmo bíblico y, al mismo tiempo, la adoración al Dios específicamente cristiano, que es el Dios Trinidad. Pero toca a nosotros vivir estas dimensiones esenciales en la problemática de nuestro tiempo y en el lenguaje de hoy.

1. ¿Idolatría o adoración? - Nuestro tiempo no es el de los ateos, pero sí el de los idólatras. En efecto, el hombre que vive como si Dios no existiera, al no poder vivir sin religión, acude a dioses suplementarios a los que no deja de ofrecer el incienso de su secreta adoración. Cuando el hombre no adora a Dios, lo reemplaza por ídolos. Hay, pues, que empezar por liberar al hombre de cualquier idolatría mediante la profesión de fe en el único Dios que se ha revelado a lo largo de la historia de la salvación.

a. Liberación de las idolatrías modernas - A pesar de la prohibición de dirigir la adoración a posibles rivales de Dios (ver Dt 4,19; 5,7; Ex 34,14), el pueblo de Israel recae en el culto a los ídolos de los cuales había sido arrancado. La Biblia conoce dos formas de idolatría: la de la *perversión* y la de la *sustitución*. La primera tiene lugar cuando el nombre mismo y/o la imagen del Señor son manipulados o pervertidos; la segunda, cuando el Señor mismo es reemplazado por otros dioses, o falsos dioses²⁵. Estas formas de idolatría renacen en el mundo actual. Se da la idolatría de la *perversión* cuando se oprime a hombres y mujeres, que son imagen y semejanza de Dios, con nuevas formas de esclavitud. Se da la idolatría de la *sustitución* cuando el hombre absolutiza y diviniza las obras de sus manos: el dios dinero, el dios poder, el dios sexo, el dios técnica ...²⁶. Para adorar a Dios hay que desembarazarse de toda idolatría, como nos recuerda Montfort con toda la Biblia. Es la liberación más importante: liberar al hombre del círculo diabólico del egoísmo para abrirlo a la adoración a Dios.

b. Adoración en espíritu y en verdad - A la dificultad actual de hallar lugares de encuentro con Dios, responde el verso de Juan (4,24), valorizado por Montfort: «Sirvo a Dios cuando lo adoro, / en espíritu y verdad» (CT 139,4). El significado de este texto de Juan no consiste en la afirmación de un culto puramente interior y sin ritos, gestos ni formas. Ciertamente, el texto relativiza el templo material, porque, ahora, el Padre desea encontrarse con los hombres en el único templo del cuerpo de Jesús resucitado (ver Jn 2,19-22). En la persona de Cristo, «se anuncia una nueva *forma* de adoración a Dios, en la que no importa el *lugar* del culto²⁷. Los verdaderos adoradores ya no necesitan una religión nacional en Jerusalén o en el monte Garizim (Jn 4,20-23). Adoran al Padre *en espíritu y de verdad*, es decir, en el Espíritu Santo (en Juan el espíritu es siempre el Espíritu divino), y en la revelación que se concentra en Jesús-Verdad (Jn 14,6). Los verdaderos adoradores son los bautizados engendrados por el Espíritu (Jn 3,3-8). Santificados en plenitud, pueden adorar por una *consagración de todo su ser, espíritu, alma y cuerpo* (ver 1 Ts 5,23)»²⁸. La verdadera adoración es, pues, un don de lo alto y reviste carácter de respuesta amorosa a la revelación en Cristo del verdadero rostro del Padre.

2. Regreso a la patria trinitaria - Es necesario que la Trinidad sea liberada de su destierro y no se la considere más como un teorema espiritual sin relación con la vida cristiana. En la historia de la salvación podemos encontrar a las tres personas divinas, según el axioma de K. Rahner: «La Trinidad económica es la Trinidad inmanente». En efecto, «si Dios en sí, fuera distinto del Dios presentado en la historia de la revelación, no existiría para nosotros camino alguno para llegar en espíritu y verdad a las profundidades de la vida trinitaria»²⁹.

Las maravillas que Dios ha hecho en la historia de la salvación son, pues, la senda que conduce al cristiano, como aconteció con la Madre de Jesús (Lc 1,46-55), a la alabanza del Señor y a su adoración, Y dado que la historia no puede capturar la gloria, queda siempre espacio para el silencio, el estupor, la adoración. Lo cual vale principalmente para los misterios de la vida de Cristo, a los cuales se halla asociada la Virgen María, y sobre todo para los que Montfort gusta de subrayar: la encarnación, la cruz, la Eucaristía. Toda la obra de ASE es lugar de admiración y adoración para el conjunto del plan trinitario de la salvación y para cada misterio de la Sabiduría eterna.

Según la perspectiva de Montfort, toda la vida de consagración a Cristo por las manos de María es un acto de adoración tanto en su aspecto negativo como en el positivo. Implica, en efecto, un sacrificio total de sí mismo en la renuncia a Satanás y a todas las formas del mal. Pero exige, además, una entrega total y perenne, que nos una a Cristo «como a nuestro último fin, a quien debemos cuanto somos, como a nuestro Redentor y nuestro Dios» (VD 125).

La espiritualidad de Montfort es una espiritualidad de encarnación. Montfort adora a Dios en los pobres y cuida de ellos concretamente. En verdad, Dios sigue siendo Dios por ser trascendente, pero hay que detectar su presencia en el mundo de los oprimidos. Adorar esa presencia significa comprometerse a hacer desaparecer, según las propias posibilidades, las idolatrías e ideologías que se transforman en medios de opresión contra los hijos de Dios. La mística de la adoración se alimenta en la historia y a ella regresa en una oración y compromiso cuyo objeto es la llegada del reinado de Dios al mundo.

G. Fenili - S. De Fiores

Notas - ¹ Blain, 14. - ² Ver St. De Fiores, *Itinerario...*, 106-114. 176-183. - ³ H. Boudon, *Les saintes voies de la Croix*, Herissant, París, 1769, 109 y 123. - ⁴ Blain, 46. - ⁵ H. Boudon, *Les saintes voies de la croix*, Hérisant, París, 1769, 234. - ⁶ Blain, 52. - ⁷ Besnard, I, 7-8. - ⁸ Besnard, II, 181. - ⁹ Besnard, II, 182. - ¹⁰ Besnard, II, 183. - ¹¹ F. Bourgoing, *Préface des Oeuvres complètes de Bérulle*, éd. Migne, París, 1856, 101. - ¹² P. de Bérulle, *Oeuvres*, 1198. - ¹³ *Ib.*, 334. - ¹⁴ *Ib.*, 1210. - ¹⁵ *Ib.*, 1199. - ¹⁶ *Ib.*, 1245. - ¹⁷ A. Molien, «Bérulle», en *DSAM* 1(1937), 1554. - ¹⁸ P. de Bérulle, *Oeuvres*, 938. - ¹⁹ *Ib.*, 183. - ²⁰ C. de Condren, *L'idée du sacerdoce et du sacrifice de Jésus-Christ*, París, 1901, 41. - ²¹ I. Noye et M. Dupuy, «Olier», en *DSAM* 11 (1982), 745. - ²² Ch. Duquoc, «La dislocazione della questione dell'identità di Dio e il problema della sua localizzazione», en *Con* 28 (1992), 4, 19. - ²³ J. Moltmann, *Trinità e regno di Dio*, Brescia, 1983, 11. - ²⁴ B. Forte, *Trinità come storia. Saggio sul Dio cristiano*, Edizioni paoline, Cinisello B., 1985, 14. - ²⁵ P. Richard, «Presenza e rivelazione di Dio nel mondo degli oppressi», en *Con* 28 (1992), 4, 49-50. - ²⁶ *Ib.*, 50. - ²⁷ R. Schnackenburg, *Il vangelo di Giovanni*, I, Paideia, Brescia, 1973, 646. - ²⁸ J. de Vault-J. Guillet, *Adoration*, en X. Léon-Dufour (ed.), *Vocabulaire de théologie biblique*, Cerf, París, 1962, 17. - ²⁹ B. Forte, *Trinità come storia*, 19.

[| VOLVER AL INDICE |](#)

ALIANZA

Sumario - I. *Usos de la palabra alianza en Montfort*: 1. En los cánticos; 2. El arca de la alianza; 3. Alianza y Cruz; 4. Alianza y Sabiduría; 5. El contrato de Alianza. II. *Los contenidos teológicos*: 1. El pacto de alianza y el bautismo; 2. el tema de los desposorios; 3. El arca de la alianza; 4. Características que remiten a la alianza. III. *Actualidad de Montfort*: ¿actualización o transposición? 1. Una pregunta que plantearse; 2. Algunas notas características: a. la actitud frente al mundo, el temor al pecado, b. Aspecto personal y aspecto comunitario de la alianza, c. Alianza y bautismo, d. Alianza y Cruz; 3. Hacia nuevos desarrollos.

* * *

Una forma de investigación diferente de la realizada aquí, y más sistemática, permitiría poner de manifiesto la consonancia profunda entre el proyecto espiritual monfortiano y el de la alianza. En efecto, hay acuerdo en reconocer como estructura general de toda alianza la combinación de tres actos: *dar-recibir-devolver*. Se ha preferido aquí, por tratarse de cuestiones teológicas, comparar solamente con las alianzas bíblicas y no con todo el sistema de alianza (histórico, sociológico, etnológico). Pero, si alguien quiere investigar en los textos de Montfort cómo funcionan los tres actos: *dar-recibir-devolver*, no podrá menos de reconocer cómo rige las relaciones entre Dios y los hombres el sistema de alianza.

I. USOS DE LA PALABRA ALIANZA EN MONTFORT

Una docena de veces encontramos en las obras de Montfort la palabra *alianza*. Es poca cosa.

1. En los cánticos - Casi la mitad de las veces (cinco) se hallan en los *Cánticos*, y, a primera vista no parecen cargadas de gran resonancia bíblica. El cántico 12,5 dice que entre la Virgen inmaculada y Jesús, su Esposo, se da una *Alianza es eterna*. Para 14,17, el prójimo es «Es el hijo del Eterno / por una alianza divina, / y heredero universal de su Reino ...» En 36,90, la víctima del respeto humano se hace apostrofar: «Mal cristiano, sé coherente; / haces una horrible alianza, / eres monstruo travestido...» Con 87,9, en honor de Jesús que vive en María por la encarnación, Montfort escribe: «Los dos parecen uno solo, / Mira qué alianza tan hermosa.» Una vez más habla de María en 77,5: «Es mi arca de alianza, / donde hallo la santidad...» La densidad del tema bíblico parece, pues, a primera vista desvanecerse, Notemos, sin embargo, la mención de arca de la alianza, elemento concreto del Antiguo Testamento, que no puede hacer abstracción del tema bíblico, incluso aplicado a María.

2. El arca de la alianza - El arca de la alianza reaparece dos veces más, y no sin sorprender al lector. En AC, quienes no quieren sufrir con paciencia y cargar con sus cruz en espíritu de resignación son interpelados así: «Serán semejantes a aquellos dos animales

que entre mugidos arrastraban el arca de la alianza» (ver 1 R,12, según la Vulgata, y 1 Sam 6,12, en el texto hebreo y traducciones actuales). Aplicación más o menos semejante al sabio, según el mundo en ASE 178: «Me parece ver a las vacas que entre mugidos, arrastraban el arca de la alianza, en la cual estaba encerrado, lo más precioso del mundo». Esta última observación, a modo de inciso, no debe pasar inadvertida. En el arca de la alianza se encontraban, por lo menos, las tablas de la Ley, la carta de la alianza, indudablemente, el Decálogo (ver Ex 25,16) y quizás algunas cosas más, según Heb 9,4. Volveremos sobre esto. Insistamos en que estas dos últimas referencias relacionan «alianza» y «cruz».

3. Alianza y cruz - Este acercamiento de la «alianza» a la «cruz» aparece una vez más en ASE 172: «Su vínculo es indisoluble, su alianza es eterna; jamás la cruz sin Jesús ni Jesús sin la cruz». Y, un cuarto texto, al menos en forma indirecta en ASE 195. Estamos, efectivamente, en la exposición de tercer medio para adquirir la divina Sabiduría: la mortificación universal. La Sabiduría busca personas dignas de ella: «Busca, porque su número es tan pequeño que a duras penas encontrará a gente desapegada del mundo, suficientemente interiores y mortificadas para ser dignas de ella, dignas de su persona y de sus tesoros y alianza.» Con estas últimas palabras, «alianza» se halla relacionada con «Sabiduría».

4. Alianza y Sabiduría - Ahora bien, este vínculo entre «la alianza» y «la Sabiduría» se halla valorizado en ASE 20,28. Encontramos allí la larga cita del c. 24 del Eclesiástico (el Siracida). Texto esencial para la comprensión monfortiana de la Sabiduría, que es elemento fundamental de su senda espiritual. Montfort introduce así este pasaje: «La Sabiduría se define a sí misma, sobre todo considerando sus efectos y acción en las almas. No mezclaré mis mezquinas palabras con las suyas para no disminuir su esplendor y sublimidad.» Las palabras de la Sabiduría terminan en el verso 31 (numeración de la Vulgata latina = v. 22 de nuestras versiones, que utilizan el texto griego corto). Pero Montfort añade el v. 32 (= 23), que ya no es palabra de la Sabiduría sino explicación del Siracida, que dice: «Todo esto es el libro de la vida, la alianza con el Dios Altísimo y el conocimiento de la verdad.»

Ahora bien, *todo esto* designa a cuanto precede, es decir, la descripción que la Sabiduría hace de sí misma. El que Montfort haya conservado este último verso y no los siguientes que son también del Siracida, es significativo: para él la Sabiduría es claramente una especie de expresión de la Alianza del Altísimo. Así pues, los pocos datos de comienzo nos conducen a plantearnos preguntas que no se habrían pensado jamás.

5. El contrato de alianza - Y por último, dos menciones que nos ofrecen la expresión «Contrato de Alianza». Ante todo en VD 126, donde, luego de escribir que su «devoción podía ser llamada una perfecta renovación de los votos o promesas del santo bautismo», llega a escribir: «Casi nadie ratifica por sí mismo el *contrato de alianza* hecho con Dios por sus padrinos» (VD 127). Y esto es para él algo vital, dado que «había hecho imprimir una fórmula de la renovación de los votos bautismales, que hacía firmar a quienes sabían escribir.»¹ Es el «Contrato de Alianza con Dios», del cual se han descubierto algunos ejemplares. La expresión hace pensar evidentemente en el título del libro de san Juan Eudes: *Contrat de l'homme avec Dieu par le saint baptême* (= «Contrato del hombre con Dios por el santo bautismo») (1654). Pero no tenemos prueba alguna de que Montfort lo haya leído, aunque el opúsculo se hallaba en la biblioteca de San Sulpicio. Sea lo que fuere de la brevedad de la hojita de san Luis María, su composición en dos partes, la utilización

en las misiones y su contenido son una oportunidad para quien quiera sondear las convicciones de Montfort. Resulta cómodo comenzar por esta fórmula para responder a las preguntas que han podido brotar de las menciones recogidas aquí.

II. LOS CONTENIDOS TEOLOGICOS

1. El pacto de alianza y el bautismo - Con al fórmula *Contrato de Alianza*, no se evoca solamente un elemento concreto (cómo el arca) de la alianza bíblica. Se toma una dimensión esencial de su estructura. La imagen jurídica del pacto, del tratado de alianza, bien conocido por los pueblos vecinos de Israel y que éste en parte les ha sacado en préstamo, le ha permitido al pueblo de Dios captar el vínculo que Dios le proponía: «Yo soy tu Dios y tú eres mi pueblo [...]» (ver Dt 26,17-19, etc.).

La referencia bautismal imprime el sello de la Nueva Alianza. No se trata aquí de apreciar si la fórmula *Votos o promesas del bautismo* es teológicamente válida o no. En relación con la Alianza, lo que es significativo, es que Montfort no ve aquí sólo una renovación sino una ratificación (término jurídico aún, presente en VD 127 y en el acto de consagración de ASE 225) de la alianza hecha por los padrinos. Todo ello como en los contratos hechos en la debida forma: «ante la Iglesia de tal lugar y en tal fecha.»

Pero igualmente interesante ver cuan ubicado en su tiempo se halla este contrato. Se reconocen perfectamente en él las notas monfortianas de la formulación en la renovación y las prácticas que siguen (las verdades del santo Evangelio de Jesucristo; el lugar de María; la confesión que recuerda que el misionero no se cansa de llamar a la conversión; y también el lugar del Smo. Sacramento y de la Cruz). Se reconoce también cuan de su época es Montfort: la *devotio moderna* ha pasado por esas fórmulas, con su personalización y sujetivización de la fe; no se han superado aún las doctrinas que agrandan el peligro del mundo, el pecado y el temor (condenación) [...] Algunos denuncian estas señales del tiempo (sobre todo cuando han sido criticadas a sabiendas de que el Evangelio no existe en abstracto, sino sólo encarnado, por ejemplo en las comunidades de Mateo, y por tanto de manera diferente que en las comunidades de Lucas o de Juan. Advertencia para quienes quisieran quedarse exclusivamente en las fórmulas de Montfort.

2. El tema de los desposorios - Pero la imagen jurídica no es la única que halla su sitio en esta lectura bíblica. La imagen profética de los desposorios, es también esencial a la alianza, se halla en todo el contexto. En Montfort, proviene visiblemente del aporte sapiencial que no cesa de humanizar la Ley. Se debe, claro está, recordar la importancia y frecuencia de las palabras: *esposo, enamorado, unión, seno, pecho, deseo, buscar, indagar, alcanzar, bien, felicidad, amante, placer, belleza, gracia, dulzura, etc.* No es posible considerarlos todos. Se da un rico vocabulario amoroso ², que no retrocede ante las evocaciones realistas, en la espiritualidad monfortiana: la palabra *alianza* forma parte de esa realidad. Entonces, hay que volver a leer el contexto de las veces que se menciona esta palabra como hemos descubierto al principio, especialmente en los Cánticos, comenzando por el CT 12 sobre «la belleza de la virginidad». Trate, Ud., por ejemplo, de hacer cantar: «Me abraza, yo lo abrazo, / todo mío, toda a su gracia», o «Pues que Dios mismo descansa, en su seno y entre lirios», etc. ¡Ya nuestra liturgia no ha conservado nada del Cantar de los cantares!, ¡esa maravilla de amor que canta precisamente la alianza del Señor con su pueblo! sirviéndose de las canciones de amor de la gente. ¡Felizmente los santos son todo, menos mojigatos! Para no escandalizar, Montfort tendrá que escribir la estrofa 29, por

temor de que sus arrebatos apasionados hagan que lo acusen de que el matrimonio es un mal. Escribirá su cántico sobre la tonada: «Yo no pretendo ya nada.» Por si fuera necesario, prueba de que para él las alianzas matrimoniales no pueden pretender nada contra la alianza divina de la virgen pura.

No deben leerse de manera diferente los acentos de ternura del CT 14, intitulado de hecho: «Las ternuras de la caridad con el prójimo.» Ciertamente tales acentos chocan contra el comportamiento habitual para el cual la caridad para con el prójimo, procede del deber y de un deber experimentado como difícil. La palabra misma *caridad* está tan devaluada que uno resulta incapaz de captar que es amor. Solamente la nueva alianza permite pensar así. Montfort ha tomado partido. Incluso el cántico 36 sobre «las del respeto humano» sólo puede explicarse por un alternativo «agradar a Dios o agradecerle al mundo» (estr. 89), y quiere que prefiramos la virtud, «ese tesoro infinito» y «aquella perla preciosa, cuyo brillo no se empaña cuando de ella se enamora el alma» (estr. 67), etc. No se extrañará pues uno de las *delicias, complacencias, arrobamientos* y demás *expresiones ardorosas* de los cánticos 77 y 87. Todo ello se explica fácilmente, pero sólo desde la perspectiva de los desposorios.

3. El arca de la alianza - Volvamos a las tres menciones del *arca de la alianza*. Estas asumen otro peso. Si, de hecho, para Montfort la alianza es un punto de referencia mayor (no sólo verbal sino real), se hace comprensible su atención al arca, «que contenía lo más precioso del mundo» (ASE 178). En referencia a María y a la Cruz de Jesús, se da allí una señal en nada accidental, sino que toca a lo esencial. ¿Se puede, siguiendo al P. S. Lyonnet³, considerar a María «como el arca santa o la Morada de Dios en la que mora su Hijo, el Santo (4,34) el Hijo de Dios»? El P. Carlos Perrot⁴ piensa «que esa exégesis tiene su interés, aunque supone en Lucas y sus lectores una maravillosa habilidad en la explotación alusiva de los textos bíblicos. ¡Cuidado, pues, con apoyarse demasiado en ella!» No se le pedirá a Montfort que dirima las disputas exegéticas. Quedémonos con su convicción: la importancia de María y de la Cruz en la economía de la salvación se debe a su función en la alianza nueva y eterna (para la cercanía entre María y la Cruz, ver SA 8). Sabemos, que los misterios de la Encarnación y de la Redención eran para él señales tan importantes en la Nueva Alianza.

4. Características que remiten a la alianza - Esto obliga a recalcar en Montfort, fuera de algunas menciones explícitas de la alianza, *características que son precisamente las de la alianza*.

a. Nuevos derechos - Sabemos que ésta implica derechos nuevos (las cláusulas de la alianza con sus diferentes códigos). Derechos estos que provienen de una iniciativa que es siempre divina, y conlleva sus correspondientes promesas (tema de la herencia). El camino monfortiano se halla excepcionalmente marcado por estas notas. Se pueden reconocer suficientemente los acentos de la Súplica Ardiente: «Realiza tu obra, Dios soberano.» Pero es igualmente el fundamento de la devoción a María: «Habiendo querido Dios comenzar y culminar sus mayores obras por medio de la santísima Virgen [...]» (VD 15). El mismo procedimiento en el Amor de la Sabiduría Eterna.

b) La llamada de Dios a la cooperación del hombre - Se advierte, por lo demás en ASE, otro matiz de la alianza bíblica. En efecto, si esta alianza es y sigue siendo iniciativa de Dios, este mismo se compromete en ella a colaborar con el hombre «que limita a la vez el poder del hombre y el poder de Dios» (expresión de Andrés Neher en la definición de la Alianza). ASE está lleno de esta conciencia de la debilidad de Dios por el hombre, «que

ella (la Sabiduría) amaba por naturaleza» (ASE 45). Montfort no se cansa, al mismo tiempo, de multiplicar las máximas, reglamentos, prácticas (ver los códigos de alianza), que le permiten al hombre ser fiel a la Alianza que Dios no cesa de proponerle. Por último, Montfort está atento a las promesas vinculadas a los nuevos derechos. Piénsese en los «Efectos maravillosos de la Sabiduría eterna en las almas de quienes la poseen» (ASE 90ss), o en los «Efectos maravillosos que esta devoción produce en el alma que le es fiel» (VD 213ss).

Es difícil permanecer insensible a estas consonancias típicas que la teología de la alianza ha iluminado recientemente a partir de la renovación bíblica y la doctrina espiritual que Montfort ha elaborado, en un momento en que dicha teología sólo se hallaba en briznas en las historias sagradas y los comentarios morales de la Biblia o en algunos autores espirituales.

III. ACTUALIDAD DE MONTFORT: ¿ACTUALIZACIÓN O TRANSPOSICIÓN?

1. Una pregunta que plantear - Llevar más allá las semejanzas, ¿no será a caso querer coser un remiendo nuevo en el viejo vestido monfortiano? Quizás sea inútil cuestionarse así, cuando uno se pregunta si la intuición monfortiana tiene posibilidades de producir frutos también en las corrientes actuales del cristianismo. No se trata, en efecto, de querer conjugar una posición neotestamentaria con una del Antiguo Testamento, como en los tiempos de Jesús y de los apóstoles, en particular con los judaizantes. Se trata de acercar dos lecturas neotestamentarias y ver si pueden hermanarse. Es una operación a menudo difícil, cuando se trata de dos lecturas contemporáneas (o más o menos). ¿Cómo casar por ejemplo una lectura carismática con una lectura de los movimientos de acción católica? Es diferente cuando se trata de dos lecturas distantes en el tiempo. Es nuestro caso, más que de actualización se trata de una transposición de mentalidad o de una cultura a otra.

2. Algunas notas características - Veamos ante todo algunas notas típicas.

a. La actitud frente al mundo, el temor al pecado ... Así, el impacto de la doctrina sobre el desprecio del mundo, importante en 1700, ha disminuido visiblemente con el Concilio Vaticano II. Lo mismo que la argumentación a partir del temor al pecado. La solución no es la de arrancar el trigo con la cizaña. El pecado es, desafortunadamente, una realidad innegable. ¿Cómo transponer lo que dice Montfort de los cabarets o de la danza (para recordar sólo estos ejemplos) a lo que Juan Pablo II llama (irritando a más de un moralista) estructuras específicas de pecado⁵? Esta sola evolución, que nos recuerda que la historia de la alianza es la historia de una lucha por la fidelidad, lejos de restringir el dominio de la ratificación de las promesas bautismales, la extiende a todas sus implicaciones sociales.

b. Aspecto personal y comunitario de la alianza - Tampoco se trata de anular la dimensión individual y personal de la alianza. Sobre todo en un momento en que muchos individualismos se inclinan a un subjetivismo más radical, que el de los humanismos del Renacimiento. Pero, ¿cómo integrar esta responsabilidad en la dimensión eclesial, sino dentro de la dimensión planetaria, incluso cósmica, de la que nuestro mundo toma conciencia? Tenemos en ASE páginas impactantes, en relación con la pérdida de rumbo de nuestras sociedades.

c. Alianza y bautismo - Más grave aún, y sin pretender descuidar los debates en curso, la misión de conversión de los bautizados pero no catequizados ubica cada vez más frente a una misión de primera evangelización al lado de un mundo indiferente, más aún

postcristiano. Suprimir la referencia al bautismo sería suprimir la referencia a la alianza. Pero, ¿cómo favorecer una ratificación comunitaria de la alianza cuando, de hecho, adultos cada vez más numerosos, piden el bautismo? Tampoco aquí hay lugar para desentenderse de la intuición monfortiana, sino más bien para abrir un campo de aplicación más amplio.

d. Alianza y Cruz - No parece que haya que atenuar la función de la Cruz. Indudablemente se impone un trabajo de catequesis que promover en este punto. Pero, los trabajos recientes de los teólogos, católicos o protestantes, han revalorizado más bien el lugar de la Cruz. No obstante, queda un trabajo por hacer respecto de las prácticas que deben permitir vivir concretamente esta dimensión esencial de la Pascua de Cristo. Las mortificaciones y disciplinas de otras épocas, serán ventajosamente traducidas por el dominio de sí mismo y por una solidaridad efectiva con los marginados de nuestras sociedades occidentales. Prácticas estas que no serán auténticas sino cuando se inscriban no sólo en el terreno social, sino igualmente en el terreno político, como lo recuerda Juan Pablo II. La nota mariana no debe evidentemente eclipsarse. Aunque los argumentos ejes considerados por Montfort no tienen hoy el mismo peso ni deben mantenerse todos, el desarrollo de base sigue siendo válido. Por el contrario, estaremos atentos, a nivel pastoral, a las distinciones que el P. de Montfort mismo lanza. Lo que él llama su *práctica perfecta* no puede integrarse en la vida de la Alianza sin explicaciones, ni preparación, y, por tanto, sin una libre opción de parte de las personas implicadas.

3. Hacia nuevos desarrollos - Vemos claramente que numerosas notas del camino monfortiano quedan así sujetas a transposición. Lo que es perfectamente normal. Los tiempos han cambiado y tenemos que vivir en el mundo de hoy la única fe, que llega desde los apóstoles hasta hoy. Al mismo tiempo, hay que subrayar la medida tan grande en que ciertas características del cristianismo actual permiten dar a esta sabiduría una amplitud, que casi no podía tener antes.

Así, en primer lugar, con la liturgia. El uso de la lengua vernácula puede permitir a las asambleas de la vigilia pascual, una toma de conciencia comunitaria del peso de la Alianza que se halla en la renovación de las promesas bautismales. La renovación del catecumenado con sus etapas ofrece hoy la misma toma de conciencia a numerosísimas comunidades parroquiales. No es imposible poner allí cierta sensibilidad a la nota mariana.

Del mismo modo, después del Vaticano II, en la línea del documento sobre la Iglesia en el mundo actual, la causa del Dios de la alianza puede hacerse sentir en lo social y en lo político de un mundo secularizado e, igualmente, del mundo de la indiferencia actual. Y esto, no por individuos (como era el caso en tiempos de Montfort), sino por comunidades o movimientos.

Vemos cómo un caso tal como el del cántico 12 de Montfort puede recibir tratamiento nuevo en las inserciones nuevas de las comunidades religiosas o en los institutos seculares. No hay que olvidarlo al momento del retiro anual de los institutos que, bajo una forma u otra, renuevan consagraciones cercanas a la de Montfort.

Así, como tantas otras formas de leer el Evangelio, marcadas por la cultura de su época, la del P. de Montfort puede alimentar con todo un humus histórico la traducción contemporánea que quiere hacer una teología de la alianza bebida en las fuentes de los dos testamentos.

Juan Audusseau

Notas - ¹ Grandet, 395. - ² Si el término no hubiera asumido en el lenguaje moderno una connotación que evoca más la licencia o la inmoralidad en el uso de la sexualidad que el simple deseo o placer (que pueden ser absolutamente legítimos, según testimonia la misma Biblia), habría que hablar aquí de vocabulario erótico. Como la Biblia y numerosos escritores espirituales, Montfort no duda en utilizar esta clase de lenguaje para expresar, a partir de realidades humanas muy profundas, el realismo y riqueza de la relación que Dios quiere vivir con nosotros ... - ³ El relato de la Anunciación, en el *Ami du Clergé*, 1956, 33-48. - ⁴ *Cahiers Évangile*, N 18 noviembre de 1976, 47. Y refiere a P. Benoît, «L'Annonciation», en *Assemblées du Seigneur*, 1972, N 8, 39-50. Ver también R. Laurentin, *Structure et théologie de Luc I-II*, Gabalda, 1957. Ver, por último la apreciación de J.-P. Michaud en *Cahiers Évangile*, 7 de septiembre de 1991, 31-32,34,40,44-45. - ⁵ *Centesimus annus*, 91, N 38.

[| VOLVER AL INDICE |](#)

AMBIENTE GEOGRAFICO E HISTORICO

Sumario - I. *Espacio geográfico donde vivió Montfort*: 1. Francia en 1700: vista general; 2. Estructuras y divisiones del espacio francés: a. El marco religioso, b. El marco administrativo y jurídico, c. La división en terruños; 3. Situación de Montfort en el marco geográfico. II. *Situación sociopolítica, económica y cultural*: 1. La situación sociopolítica y económica: a. La coyuntura política, b. La coyuntura económica; 2. El entramado social: a. El clero, b. La nobleza, c. El pueblo llano o Tercer Estado; 3. El condicionamiento cultural: a. Las dos culturas, b. Las representaciones socioculturales. III. *Mentalidades y comportamientos religiosos*: 1. Las mentalidades colectivas socio-religiosas: a. Mentalidades de orden geográfico, b. Mentalidades de orden social; 2. Comportamientos religiosos: a. Vida cultural, b. Vida moral, c. Vida de fe, d. Vida clerical, e. La vida religiosa. IV *Influencia del ambiente sobre Montfort (vida y escritos): un hombre de su siglo cuya santidad trasciende su época*: 1. La triple pertenencia: a. La pertenencia a la burguesía, b. La pertenencia al Clero, c. La pertenencia al pueblo; 2. De una misión en el espacio y el tiempo y de una historia a una misión de todos los tiempos en la Iglesia...

* * *

Si las distintas obras de san Luis María de Montfort son tan difíciles de entender, si en muchos aspectos las grandes líneas de su vida y múltiples rasgos de su comportamiento y de su acción nos sorprenden, eso se debe a que nos cuesta mucho trabajo situarlos en su tiempo y lugar ¹. Las páginas siguientes, que deben mucho a un curso dado en 1971 por Luis Pérouas, no quieren ser explicaciones, sino referencias indispensables al clima de la época: al terreno histórico, sociológico y cultural en que se enraízan la vida y la misión de san Luis María de Montfort. Sólo quieren facilitar la lectura, la investigación y la reflexión, colocar jalones para ir más lejos y entender mejor las mentalidades y los comportamientos colectivos, el ambiente que sostuvo al hombre que es Montfort y su misión... Estas páginas no pretenden decirlo todo. Existen más llaves, probablemente más importantes, para abrir a una comprensión mejor de Montfort: como la de sus orígenes familiares o de su siquismo. Para restituirlo en el conjunto de sus dimensiones, es preciso usarlas todas. Y aún así, por el misterio de Dios que hace a los santos, se nos escapará siempre por algún lado...

I. ESPACIO GEOGRAFICO DONDE VIVIO MONTFORT

A principios del siglo XVIII, cuando Montfort empieza su misión, Europa en su configuración geográfica difiere profundamente de la de hoy. Es entonces una yuxtaposición feudal de países con fronteras mal definidas y constantemente disputadas, el imperio de Austria y los grandes reinos: Inglaterra, Francia, España, están envueltos en luchas casi continuas, sea internas, para asegurar su unificación, sea externas para asegurar su supremacía política o económica, marítima o colonial.

1. Francia en 1700: vista general

Geográficamente, el reino de Francia se sitúa aproximadamente en las fronteras actuales, pero algunas provincias, como Lorena o Saboya, no están todavía definitivamente integradas en el reino... La superficie territorial es de unos 500.000 km². Demográficamente, la población total alcanza apenas 19 millones de habitantes, pero tiene la mayor densidad de Europa. Si la natalidad es importante: un promedio de 5 hijos por familia, la mortalidad infantil es alta y la esperanza de vida no pasa de 40 años.

2. Estructuras y divisiones del espacio francés ².

Lo que más caracteriza a Francia en esa época es la multiplicidad y el entrelazamiento de sus estructuras políticas, jurídicas, administrativas y religiosas: otros tantos marcos superpuestos, cuyas divisiones difieren a menudo.

a. El marco religioso - Desde el comienzo de su historia, Francia está dividida en diócesis, mucho más numerosos en 1700 que hoy en día. Sus límites no corresponden en absoluto con los de la administración jurídica y política. En la época de Montfort, el oeste de Francia cuenta con unas veinte diócesis. La de Poitiers tiene más de 600 parroquias, mientras que la de Avranches sólo tiene 67. Las diócesis se dividen en arciprestazgos y decanatos, y estos se subdividen en parroquias. Las parroquias son muy distintas en cuanto a superficie y población: también están repartidas de forma muy desigual y son más numerosas en las ciudades. Poitiers cuenta con 20 parroquias... Además de su papel religioso, la parroquia se considera como unidad de base de la administración civil: ella contabiliza la población en los registros parroquiales, que hacen la función de registro civil, y el párroco proclama desde el púlpito las noticias y las leyes del reino.

b. El marco administrativo y jurídico - La entidad política y administrativa más antigua e importante es la provincia. En la época que nos ocupa, ella define literalmente la identidad de las personas: se es bretón o normando antes que francés. La provincia constituye «un pequeño estado dentro del estado», con sus derechos, sus costumbres específicas, sus tradiciones muy fuertes, que regulan las condiciones de vida, la cultura, el idioma ³, los modos de trabajo y de intercambios. Hacia 1700, Francia está dividida en 23 provincias, muy desiguales en importancia, pero todas relativamente autónomas unas con respecto a otras. Cada provincia está dividida en múltiples circunscripciones administrativas: los gobiernos para todo lo que se refiere a lo militar, las delegaciones de finanzas, o generalidades, gestionan el ámbito fiscal y financiero, las instancias aseguran la justicia. En el plano a la vez judicial y político, algunas provincias tienen un parlamento que constituye la instancia más alta. Las instancias son secundadas por las senescalías y las bailías. En la cumbre de la pirámide administrativa, el intendente, asistido por subdelegados, es el representante directo del rey en la provincia. Dotado de poderes muy extensos, tiene una misión de control y de gobierno respecto a todo tipo de jurisdicciones y asegura de esta forma el poder centralizador del Estado. El reparto administrativo de tipo arcaico genera disfunciones múltiples. Requiere un personal importante, costoso, no siempre eficaz y difícil de controlar, compuesto en su mayor parte de «oficiales» que compran su cargo y lo transmiten.

c. La división en terruños - En lo que respecta más específicamente al oeste de Francia, hay que tener en cuenta otro tipo de cuadro, que depende de la geografía física y económica: la división en terruños. Dos de ellos son radicalmente diferentes: los terruños de boscajes y los terruños de llanura. Los boscajes, regiones cuyo subsuelo impermeable es rico en manantiales, favorecen la dispersión de la población en caseríos o en granjas aisladas; los campos son pequeños y rodeados de setos espesos y de árboles; el suelo es

pobre y sólo se puede esperar una cosecha cada tres años, con rendimientos muy pobres; en ciertas regiones, la mitad de las tierras está sin cultivar, abandonada a la landa o a la selva. Por el contrario, los terruños de llanura se extienden sobre terrenos calcáreos, pobres en manantiales; la gente se reagrupa en pueblos o en aldeas alrededor de los pozos; los campos no tienen setos y están abiertos a los rebaños comunales después de las cosechas; las tierras, cálidas y fértiles, se cultivan en un 80% en trigo, cada dos años, con rendimientos altos para la época. Estas diferencias geográficas explican dos modos de vida diferentes y dos tipos de mentalidades. La población de los boscajes, dispersada y encerrada en su paisaje, es individualista, trata de bastarse a sí misma y de vivir en autarcía. Las gentes de las llanuras están abiertas a los intercambios, favorecidos por la agrupación de las casas; y llevan una vida mucho más comunitaria. Bretaña y amplias zonas de la Normandía, del Anjou y del Poitou son regiones de boscajes, mientras que las llanuras se extienden en las franjas. A esta dualidad boscaje-llanura se suman otros tipos de regiones, menos extensas pero originales: las zonas costeras, a la vez marítimas y agrícolas, abiertas al artesanado y al comercio, sobre todo en los alrededores de los grandes puertos como La Rochelle, Nantes o San Maló; las marismas, donde predomina la ganadería; los arrabales de las ciudades, como Montbernage; los corredores de comunicación, como el valle del Loira; los centros comerciales de las zonas rurales, como Parthenay y Fontenay-le-Comte con sus importantes ferias... Otros tantos grandes terruños o pequeñas regiones, cuyas diversidades de paisaje y economía condicionan el terreno de la misión.

3. Situación de Montfort en el marco geográfico ⁴ - Luis María Grignon nació en Montfort-sur-Meu, en la cuenca de Rennes. Su ciudad natal, integrada en la diócesis de San Maló, está ubicada en el corazón de la provincia de Bretaña. A lo largo de sus numerosas misiones, Montfort trabaja principalmente en tres provincias: Bretaña, Poitou y Aunis, con algunas intervenciones en provincias vecinas: Normandía, Anjou y Saintonge. Su acción misionera se desarrolla más directamente en siete diócesis: San Maló, Rennes, Saint-Brieuc, Poitiers, Nantes, La Rochelle y Luzón, a las que hay que añadir Coutance, Bayeux y Saintes donde estuvo sólo de paso, y París, lugar de su formación, donde intervendrá varias veces bajo formas diversas. Es evidente que su itinerario misionero se inscribió en las realidades y diversidades geográficas, administrativas y socio-económicas del espacio francés de la época.

II. SITUACION SOCIO-POLITICA, ECONOMICA Y CULTURAL

Toda la vida de Montfort (1673-1716) se inscribe en el cuadro histórico del final del reinado de Luis XIV. Es preciso estudiar este período en los planes de la situación socio-política y económica, de raigambre social y de las condiciones sociales.

1. La situación socio-política y económica

A partir de 1700, a causa de coyunturas diversas, más bien desfavorables, la situación política y económica se presenta bajo un cariz bastante sombrío.

a. La coyuntura política - Una sola palabra la resume: el absolutismo. Desde 1661, fecha de su llegada al trono, el rey Luis XIV, que encarna en su persona al Estado mismo, asume todos los poderes. Su papel queda todavía exaltado por una teología política complaciente que lo coloca en el rango de «vice-dios» ⁵, es decir, por encima de las realidades meramente humanas. Versalles, templo de la grandeza real e instrumento de poder sobre una nobleza domesticada, tiene el doble inconveniente de costar muy caro y de impedir que el soberano

perciba los problemas reales y las dificultades de la población. A partir de 1680, y sobre todo después de 1700, la coyuntura política se degrada. El rey se encierra y se inmoviliza en sus puntos de vista personales, y toma decisiones arbitrarias cada vez más duras, que a menudo resultan ser errores: conflicto con el Papa en relación con la nominación de los obispos, revocación del Edicto de Nantes (1685) y sobre todo guerras continuas y ruinosas, como la de sucesión de España de 1701 a 1714. Aunque situado principalmente en las fronteras del norte y del oeste, el conflicto alcanza la costa atlántica y, por lo menos dos veces (Pontchâteau y en la isla de Yeu), obstaculiza la labor de Montfort⁶. La guerra ocasiona nuevos impuestos y la extensión de la milicia, cargas que gravan casi exclusivamente al pueblo ya agobiado por la crisis económica. El malestar se extiende trágicamente al final del reinado, como lo denuncian testigos de la época: «Se trata no sólo de acabar con la guerra externa, sino de proporcionar pan al pueblo que se muere de hambre», escribe Fenelón en sus *Reprimendas*⁷.

b. La coyuntura económica - En el siglo XVI, el desarrollo de la navegación y del gran comercio, la colonización de las «Américas», el aflujo de los metales preciosos provocaron una prodigiosa expansión económica y propiciaron la formación de una nueva categoría social: la burguesía. En el siglo XVII, al contrario, Europa entró en un período de estancamiento económico, de depresión agravada periódicamente por crisis vinculadas con las dificultades políticas y con las guerras, y también con las intemperies y las malas cosechas. En Francia, una sucesión de crisis: 1693, 1698, 1709, 1713, cuyos efectos se prolongan cada vez durante dos o tres años, señalan el final del reinado de Luis XIV. La subida de los precios hace casi imposible el abastecimiento de una población que vive ya en el marasmo económico, a causa de una fiscalidad mal repartida y de cargas múltiples. La acumulación de tantos problemas hace que la pobreza habitual del pueblo humilde se torne en una miseria que llega a extremos increíbles o degenera en repentinas revueltas populares, reprimidas despiadadamente⁸... Algunos rasgos de la vida de Montfort, anotados por sus primeros biógrafos, dejan entrever estos tiempos de crisis: en particular la de 1693⁹ y la de 1709¹⁰. Pero lo que mejor nos permite captar las dificultades del momento es la demografía. El nivel de mortandad sigue siendo muy parecido al de natalidad, cuando no lo sobrepasa. El número de muertos por hambre es trágicamente alto, La miseria desestabiliza el pueblo humilde y lo lanza al vagabundeo, a la mendicidad o a la rapiña, en el campo y en las ciudades. Esta situación infra-humana ilumina más de un aspecto de la actuación de Montfort a favor de los pobres

2. El entramado social

Desde la Edad Media, la sociedad francesa está organizada en tres clases perfectamente jerarquizadas y casi impermeables: el clero, la nobleza y el pueblo llano o «Tercer Estado»¹¹. Orar, luchar, trabajar eran las tareas respectivas de cada una en la estructura medieval, que se mantuvo hasta el siglo XVII sin discusión. A lo largo del siglo XVII, se produce un deslizamiento progresivo e ineluctable: «de una sociedad de orden a una sociedad de clases, es decir de una sociedad en la cual la estratificación social se hace a partir de privilegios jurídicos a una sociedad en la cual la división se basa en la posesión del dinero... que da el poder y la consideración» (L. Pérouas). La burguesía, nueva orden de la riqueza, tiende entonces a imponerse. Al mismo tiempo, en el interior de cada orden, la homogeneidad social desaparece, se amplía la distancia entre categorías que la riqueza o la pobreza diversifica cada vez más.

a. El clero - Es el primer orden del reino y con mucho el más rico. En el plano canónico,

se divide en dos categorías distintas: el clero regular, que integra todos los religiosos, y el clero secular, obispos y sacerdotes con cargos en diócesis o parroquias. Las diferencias más llamativas se dan en el clero secular. En virtud del Concordato de 1516, el rey nombra a los arzobispos, a los obispos y a los abades. Los elige entre la nobleza y más raramente entre la burguesía. Los párrocos y los demás sacerdotes procedentes del pueblo llano, no tienen nada en común con el alto clero, en el plano social, y no pueden esperar llegar a ser obispos. El clero vive de las rentas de inmensos dominios legados a la Iglesia y del producto del diezmo (impuesto sobre las cosechas). Estos recursos están repartidos de manera muy desigual y los percibe en prioridad el alto clero, que concede sólo una pequeña parte a los párrocos y vicarios.

b. La nobleza - Segunda orden del Estado, la nobleza ocupa el primer rango en razón de su importancia política y de los privilegios de que disfruta. Algunos de estos son puramente honoríficos, pero otros conllevan ventajas sustanciosas: exención de impuestos, atribución por el rey de altas funciones eclesiásticas, de cargos elevados y muy lucrativos en la Corte, en la diplomacia, el ejército o la administración. Propietaria de numerosos dominios, la nobleza percibe los múltiples derechos señoriales vinculados a ellos. Divergencias muy fuertes separan a la nobleza en razón del origen o de la fortuna. En cuanto al origen, se distinguen dos tipos de nobleza: la llamada inmemorial, o de abolengo, descendiente auténtica de los caballeros de la Edad Media, y la de los ennoblecidos, recién elevados por el rey al rango de nobles. En cuanto a la fortuna, se puede clasificar a la nobleza en distintos niveles. La alta nobleza vive en la Corte de las pensiones del rey, la nobleza rica dispone de hostales particulares y de castillos, la pequeña nobleza vive en el campo y subsiste con dificultad de sus rentas: derechos señoriales y trabajo del campo. Empobrecida, sin poder político, la pequeña nobleza se siente más particularmente amenazada por el alza de la burguesía.

c. El pueblo llano, o Tercer Estado - Tercer orden en el plano jurídico, es, con mucho, el más importante en cuanto a población y el más diversificado en su estructuración social. Tradicionalmente, es el orden que trabaja y paga la casi totalidad de los impuestos: los impuestos al Estado, los derechos a los señores, el diezmo al clero. Hacia 1700, ninguna ciudad del reino, excepto París, alcanza los 100.000 habitantes; el 20% de la población activa vive en la ciudad y el 80% constituye la sociedad rural, en su mayoría campesina.

- La sociedad rural es muy jerarquizada: desde el campesino (pequeño propietario) al jornalero sin estatuto fijo, desde el desahogo relativo a la pobreza extrema, encontramos una gama completa descendiente de las condiciones de vida. En conjunto, éstas son duras: dependencia respecto del propietario, vivienda miserable, precariedad económica constante en razón de las intemperies y las malas cosechas.

- La sociedad urbana se divide, esquemáticamente en tres categorías: la burguesía, el pueblo llano y los pobres.

- Clase en plena alza desde el siglo XVI, la burguesía tiene las llaves de la riqueza y aspira a tener las del poder. Según su procedencia, se distinguen dos grupos: la «toga» y la «mercadería». La «toga» integra a los «oficiales» de justicia y de finanzas, a los médicos y al conjunto de las profesiones liberales. La «mercadería» integra a los grandes industriales y negociantes, a los armadores y banqueros, y a capitanes de navíos de comercio. Burguesía de función y burguesía de negocio se subdividen según la fortuna en alta, mediana pequeña burguesía. Culta y emprendedora, la burguesía se interesa por la vida intelectual y artística, cuida de la educación de sus hijos y vela por su promoción...

- En La Rochelle, cuando la misión de Montfort, el pueblo llano constituye el 85% de la

población total de la ciudad y se reparte entre unos sesenta oficios o profesiones de condiciones muy desiguales. Mal alojado, poco instruido, a menudo explotado y despreciado, el pueblo llano de las ciudades es el primero en padecer de lleno por las crisis, las hambrunas y las epidemias..

- Categoría infra-social, los pobres, en el sentido fuerte, son aquellos que no tienen ni domicilio fijo, ni profesión estable: obreros sin trabajo, campesinos expulsados de sus granjas, ancianos y minusválidos incapaces de ganarse la vida... Entre ellos hay también vagabundos y mendigos profesionales. Errantes en el campo o en las ciudades, constituyen una amenaza para la seguridad de los habitantes; entonces los encierran en hospitales generales, donde encuentran por lo menos techo y comida. El «encierro» de los pobres empezó en 1600. Son entre 200 y 400 en Poitiers, 200 en Fontenay-le-Comte, 600 en La Rochelle. Viven en condiciones de promiscuidad tal, que Saint-Simon pudo escribir que «los hospitales son la vergüenza y el suplicio de los pobres...»

- En todo el entramado y la diversidad de sus estratificaciones, el sistema social francés, en 1700, aparece sobre todo fundado sobre la desigualdad, y su estabilidad es sólo aparente.

3. El condicionamiento cultural

Para entender una época en profundidad, hay que considerarla bajo otro aspecto: el de la cultura. La cultura, que se define a veces como «la herencia social», es más precisamente la configuración colectiva de los comportamientos adquiridos y de sus consecuencias, cuyos elementos comparten los integrantes de la sociedad considerada.

a. *Las dos culturas* - Leer y entender a Montfort hoy día no es sencillo. Procede de una «herencia social» distinta de la nuestra. Por su vida, sus actitudes, su lenguaje, se inscribe en otros tipos de «configuración colectiva». Es preciso, pues, según Luis Pérouas, «transculturarlo», es decir intentar analizar los elementos culturales que impregnan profundamente todo el movimiento de su actuación y de su espiritualidad... La operación es tanto más difícil cuanto que la cultura de la época se sitúa a dos niveles por lo menos. Conocemos la cultura, llamada «sabia», del gran siglo clásico francés, apogeo de toda una civilización en casi todos los campos: intelectual, artístico, religioso, pero asequible sólo a las categorías cultas de la sociedad. Por largo tiempo se ha ignorado otro tipo de cultura: la del pueblo, analfabeto en su mayoría. El historiador francés Robert Mandrou ¹² ha sacado de la sombra una auténtica literatura popular: la *Biblioteca azul de Troyes*, corpus importante de breves folletos, difundidos por vendedores ambulantes y destinados a la lectura colectiva. Esta literatura, reflejo de una cultura oral tradicional que lleva consigo todos los géneros y estilos, se caracteriza por su aspecto práctico y maravilloso. Su palabra clave es «secreto» y su éxito se debe a que proporciona una evasión al pueblo. Montfort se encuentra en la encrucijada de estos dos tipos de cultura, cuyas representaciones y modelos determinan a la vez las mentalidades y los comportamientos.

b. *Las representaciones socioculturales* - Las representaciones socioculturales son múltiples en cuanto a su objeto y variadas en función de las categorías sociales:

- Las representaciones del tiempo». Para el pueblo llano, lo actual es la miseria del final del reino: el presente aparece muy sombrío, marcado por una fatalidad irreversible. Sin esperanza de cara al futuro, el pueblo se refugia en un pasado idealizado. El resultado es una triple representación: una actitud pasiva y resignada pero ávida de evasión hacia el sueño, la fiesta o el cielo que verá el establecimiento de una sociedad totalmente diferente, la creencia algo mítica en el retorno a una Iglesia primitiva pura y dinámica (creencia reforzada por la enseñanza del clero), la creencia en el orden eterno de las cosas establecido

por Dios, lo que hace que el presente es inmutable y que todo cambio se convierte en derogación o pecado. Se entiende entonces que el clero de la época denuncie y condene la visión de la burguesía, para la cual el tiempo presente ofrece la perspectiva de una promoción social, y la de los medios cultos y sabios donde se desarrolla una fe en el futuro de las nuevas ideas de progreso, libertad y felicidad.

- Las representaciones de la «sociedad» son evidentemente diferentes según las categorías sociales. Para el pueblo, la sociedad ilustra la relación dominante-dominado: resignado, vive con el deseo de la justicia y la esperanza de una revancha en la otra vida. La representación aristocrática y burguesa se fundamenta en la misma relación, pero invirtiendo la perspectiva: conscientes de su superioridad de casta o de fortuna, nobles y burgueses desprecian al pueblo que consideran atrasado, grosero y supersticioso. El clero, aferrado a los valores de la Edad Media, considera que en la sociedad grandes y pequeños son complementarios: según el designio de la Providencia, los nobles y los ricos son creados para ejercer la caridad con los pobres...

- Las representaciones de lo «sobrenatural» se deben entender aquí como las imágenes que el hombre se hace de Dios, de la religión y, más generalmente, de fenómenos para los cuales no tiene explicaciones naturales. Lo sobrenatural es sin duda el campo donde se dan las representaciones más numerosas y más contrastadas.

- Las representaciones teológicas y espirituales proceden directamente de dos corrientes que dividen a la Iglesia en esa época. Para los «Humanistas devotos», Dios es cercano, al alcance del esfuerzo humano. Sin negar la gracia, confían en el hombre, en la razón, en la libertad para descubrir y hacer el bien. De allí surge una religión que dedica una parte importante a la voluntad, a la organización y a las prácticas. Los jesuitas están cercanos a esta corriente. Al contrario, para los «agustinianos», Dios es lejano, «totalmente otro», trascendente al hombre que no puede alcanzarlo, comprenderlo y agraderle sino bajo la acción de la gracia. El resultado es una religión de adoración y de admiración, pero también de temor, que insiste en la debilidad e imperfección humanas y privilegia las disposiciones interiores a costa de la acción. Estos dos tipos de representaciones definen de forma muy diferente las relaciones del hombre con el misterio de Dios y, finalmente, la relación de los hombres entre sí.

- Las representaciones populares dependen de una especie de maniqueísmo simple. El pueblo explica mediante lo sobrenatural lo que escapa a su comprensión inmediata, atribuyéndolo a Dios o a Satanás. En lo sobrenatural, el pueblo busca una esperanza de justicia y de recompensa, y en lo «supra natural» (mito, leyenda, relato maravilloso), una evasión para su vida monótona.

- Las representaciones burguesas de lo sobrenatural, marcadas por una manera mucho más realista de concebir la vida en el orden económico, integran a la vez previsiones y realizaciones prudentes. Para el burgués, la pobreza no es un mal sino una culpa, la señal de un fracaso. Su representación de la acción de Dios parece ir en contra de la noción cristiana de Providencia. Lo que no excluye una fe profunda y activa, de la que da testimonio el número importante de vocaciones religiosas y sacerdotales de la burguesía.

III. MENTALIDADES Y COMPORTAMIENTOS RELIGIOSOS

Las mentalidades colectivas y los comportamientos religiosos fluyen naturalmente de las representaciones analizadas anteriormente. De alguna forma, constituyen la emergencia concreta de las mismas, y es importante ponerlas de relieve para captar lo mejor posible lo

que fue la misión de Montfort.

1. Las mentalidades colectivas socio-religiosas - Están definidas de manera muy distinta. Hay tantas variantes como «terruños» o categorías sociales alcanzadas por la misión.

a. Las mentalidades de orden geográfico - El espacio geográfico que recorrió Montfort en el oeste de Francia deja entrever diferencias fundamentales entre países o regiones. Estas diferencias se traducen también en el plano de las mentalidades socio-religiosas y el contraste ya señalado entre el bosque y la llanura se sitúa también a este nivel. Los hombres no son idénticos. Individualistas, desconfiados pero valientes, generosos, dóciles y creyentes hasta el misticismo, los habitantes del bosque no se parecen mucho a los de la llanura, que son acogedores y sociables, pero indolentes, poco «generosos», bastante independientes y mucho más materialistas y realistas. En el plano de la práctica religiosa y de la misión en particular, el clima y las consecuencias no son las mismas. El bosque está aferrado a los valores de la religión, mientras que la llanura se sitúa a menudo en los límites de la tibieza y de la indiferencia. Hay que matizar esta distinción, según las provincias y las regiones. Las gentes de las marismas parecen bastante indolentes en el plano religioso, las de las regiones costeras manifiestan un entusiasmo relativo a menudo sin profundidad. Los cristianos de las ciudades están a menudo divididos en clanes que no siempre tienen el mismo concepto de la práctica religiosa.

b. Las mentalidades de orden social - Cada orden o clase presenta sus particularidades:

- La nobleza, que vincula su imagen a la del rey de derecho divino, sigue en su conjunto apegada a la religión que, por otra parte, garantiza el orden social. Los pequeños nobles empobrecidos, celosos de sus derechos, soportan mal que el párroco o los burgueses se alcen a nivel del ellos, gracias a su influencia o a sus riquezas.

- Los burgueses, emprendedores y activos, son los pilares de las parroquias urbanas. Financian y dirigen las fábricas, las cofradías, las juntas asistenciales a favor de los pobres. Sus hijos se educan en los colegios religiosos de la ciudad regentados en la época por los jesuitas o los oratorianos. En La Rochelle, la acción simultánea de ambos órdenes

crea las divergencias espirituales ya señaladas entre humanistas devotos y agustinianos: se trata de dos mentalidades religiosas diferentes.

- Las desgracias de la época mantienen al pueblo en un estado de alienación aparentemente irreversible, que éste procura compensar mediante diversas formas de evasión: evasión colectiva mediante la fiesta, evasión más personal y profunda mediante la búsqueda espiritual. En la época, la fiesta o las fiestas son principalmente las de la Iglesia: fiestas patronales o peregrinaciones que asocian los ritos religiosos con las manifestaciones populares: bailes, espectáculos, borracheras... La misión, con sus sermones, cantos, procesiones y liturgia, le sirve también de evasión igual que la misa del domingo en la iglesia iluminada. También son fiestas las ferias, las bodas, las veladas, es decir todo lo que rompe la monotonía cotidiana. La búsqueda de medios sobrenaturales, considerados como remedios para toda clase de miserias, es otra forma de evasión mucho más equívoca en la que se entremezclan la creencia en la acción más o menos mágica de los conjuros con algunos aspectos de la práctica religiosa, que rozan con la superstición: reliquias, ritos, secretos. En 1700, el pueblo es incapaz de vivir una religión personal. Necesita apoyarse en el grupo, en reglamentos impuestos, en fórmulas de oración ya hechas, en prácticas tradicionales.

- Los pobres, sobre todo los mendigos y los vagabundos, profundamente conscientes de

su marginación, cuestionan la sociedad que los rechaza y oprime (C 18,4) y la Iglesia que los considera como pecadores y malos cristianos... Pero el que practiquen de forma irregular no significan que sean gentes sin religión.

- El clero. En 1700, la mentalidad clerical posee tres características. Es una mentalidad burguesa que se explica por el medio de origen de los sacerdotes y su estatuto económico muy superior al del pueblo en cuanto a rentas y condiciones de vida. Es una mentalidad de sublimación, fundada en la separación, el alejamiento, la superioridad de la condición, que se apoya en una imagen teológica muy elevada de Cristo Sacerdote. De esta imagen dimana la eminente dignidad del sacerdocio que no escapa, por lo demás, a cierto angelismo: menosprecio de las distracciones humanas, huida de las mujeres, desprecio de todo cuanto no es espiritual y, por consiguiente, del cuerpo; en resumen, visión dualista, algo cántara, cuyas consecuencias pueden llevar a la inhibición. Finalmente es una mentalidad cerrada, rígida y servil, porque los seminarios han llevado muy lejos las recomendaciones del Concilio de Trento que insistía en el vínculo de dependencia del sacerdote respecto de su obispo, en las ordenanzas y reglamentos que regentan la función sacerdotal hasta no atreverse a hacer nada sin permiso¹³. Estamos muy lejos del *Liberos* profético de la *Súplica Ardiente*. - Los sabios. A partir de 1640, sabios o historiadores especializados, jesuitas, bolandistas, benedictinos de Saint-Maur, inician una auténtica exhibición de textos religiosos, y su método inspira un movimiento de pensamiento crítico que distingue la historia, fundada en documentos auténticos, de las leyendas inventadas. Este proceder desestabiliza en parte ciertas formas de religión popular. Más grave, los progresos de las ciencias y de la medicina explican muchos casos inquietantes, atribuidos hasta entonces a la intervención diabólica. Después de 1670, desaparecen los procesos por causa de brujería. Los progresos científicos generan un espíritu que lo critica todo y lo pone todo en tela de juicio, haciendo retroceder lo maravilloso, es decir el miedo o la admiración. La mentalidad sabia golpea de lleno estructuras mentales religiosas heredadas de un pasado lejano y provoca el reproche de perjudicar directamente a la religión. Montfort mismo denunciará con vigor a los que llama espíritus fuertes, devotos críticos y sabios orgullosos (AC 17, VD 26).

2. Los comportamientos religiosos - En Francia, al final del siglo XVII, es impensable vivir sin religión. No existe nadie sin bautizar, y el número de los no creyentes es muy escaso. Los *libertinos* de que habla Montfort son gente que se libera de ciertos puntos de disciplina eclesiástica, pero en ninguna forma del dogma. El entorno es cristiano y el catolicismo es la única religión reconocida por el Estado. Algunas regiones siguen marcadas por las secuelas del protestantismo: es el caso de la diócesis de La Rochelle, donde a partir de la revocación del Edicto de Nantes (1686), los protestantes fueron perseguidos y convertidos a la fuerza; orgullosos de su resistencia, se mantienen a la defensiva.

a. *Vida cultural* - La población es totalmente católica, pero muy desigual en cuanto a fervor y práctica religiosa. Todo el mundo cumple con Pascua, salvo raras excepciones. Las ausencias en la misa del domingo son más numerosas, pero a menudo justificadas por varios motivos: lejanía, urgencias en la época de las cosechas, intemperies. La gente comulga raras veces, solamente dos o tres veces al año, con ocasión de las grandes fiestas; es la costumbre en la Iglesia de la época. En el curso del siglo XVII., la mayor parte de los lugares de culto han sido restaurados o acondicionados. Muchas iglesias son pobres, pero bien cuidadas, lo que manifiesta el apego de los feligreses. La vida cultural se manifiesta

también por el número y la importancia de las fundaciones: donativos en especie o en efectivo destinados a misas por los difuntos, por las fiestas y peregrinaciones, por las cofradías. En el curso del siglo XVII se han creado en las parroquias numerosas cofradías: cofradía del Santísimo, del Rosario, cofradías de Vírgenes o de Penitentes, cofradías caritativas. Para la cofradía de los Amigos de la Cruz, Montfort escribirá una *Carta Circular* que es a la vez una exhortación y un reglamento ¹⁴.

b. Vida moral - En su conjunto la vida moral es muy sana. Los informes de los curas dan testimonio de ello y al mismo tiempo iluminan algunos aspectos de la mentalidad eclesiástica con respecto al pecado. Lo que denuncian en primer lugar son las faltas públicas contra la moral sexual, más bien raras en realidad.: entre el 1 y el 2% de parejas irregulares, 1% de nacimientos fuera del matrimonio en una región poco fervorosa, como la diócesis de La Rochelle. Pero los párrocos son propensos a denunciar lo que consideran como ocasiones de pecado: las más frecuentes son la bebida y el baile, es decir la taberna del domingo, de las fiestas y de las ferias, los guateques entre jóvenes de ambos sexos con ocasión de las asambleas anuales, de las bodas o de las veladas. Estos escasos momentos de evasión podían ciertamente degenerar en abusos, pero no merecían siempre tales condenas. Son más indulgentes con las faltas menos visibles: no respeto del descanso del domingo, fraude, usura, falta de honradez en el comercio. Por fin las disputas, las divisiones, las peleas incesantes entre familias, entre aldeas, entre parroquias, entre categorías sociales y entre particulares (incluido el párroco), por cuestiones de herencia, de vecindad, de interés, de precedencia o de autoridad se consideran, al parecer, faltas menores. Sin embargo, estos pleitos continuos son el testimonio de una falta de unión, de perdón y de caridad. Uno de los objetivos de Montfort en sus misiones, será el restaurar estos valores.

c. Vida de fe - Desde el Concilio de Trento, los conocimientos del pueblo cristiano en materia de fe se han ensanchado y profundizado. La formación del clero en los seminarios, la publicación de catecismos, la predicación asidua del domingo, la catequesis a los niños, reforzada en las ciudades por la educación religiosa de los colegios y por las recientes fundaciones de escuelas gratuitas, han hecho retroceder tanto la ignorancia religiosa que ésta se ha vuelto excepcional. Los *Catecismos diocesanos*, como el de La Rochelle, publicado en 1676, testifican una adaptación pedagógica bastante notable para la época. Queda por saber cómo podían asimilar esta enseñanza los niños y sobre todo el conjunto de los feligreses que, siendo analfabetos, memorizaban nociones que no siempre entendían.

d. La vida clerical - El número de vocaciones ha disminuido, pero sigue siendo ampliamente suficiente para asegurar la atención parroquial. La reducción de los efectivos no significa una baja de vitalidad, pero provoca una mutación en profundidad del tipo de sacerdote, a un triple nivel. En el plano económico, en 1700 los sacerdotes disfrutaban de una renta fija, suficiente aunque desigual (entre 400 y 1.500 libras) que les proporciona seguridad si no holgura. En el plano intelectual, casi todos los sacerdotes han pasado por el seminario y algunos por la universidad. La mayoría dispone de una biblioteca de al menos treinta volúmenes, lo que para la época es la prueba de un buen nivel cultural. Finalmente en el plano sociológico, hacia 1700 se generaliza un tipo de sacerdote digno, netamente consciente de estar por encima del pueblo, dedicado en prioridad a lo espiritual y apreciando poco el desprendimiento y la pobreza evangélica. La tendencia es más a instalarse que a quedar disponible. Se da más importancia a la función que a la misión.

e. La vida religiosa ¹⁵ - A lo largo del siglo XVII, mientras las abadías y los conventos de tipo medieval, a menudo muy ricos, manifiestan sólo una vitalidad muy débil, las órdenes creadas en el siglo XVI, a la zaga de la Contrarreforma, dan pruebas de empuje

apostólico. Jesuitas, ursulinas, capuchinos se comprometen en la misión, la enseñanza, el alivio de las miserias de la época. Pero el tipo más novedoso y dinámico lo representan las congregaciones nacidas en el siglo XVII: oratorianos, lazaristas, hijas de la Caridad, hermanos de las escuelas cristianas, etc., cuyos religiosos provienen de todas las clases sociales y viven bajo un régimen mucho más moderno: ningún voto público, ningún hábito como tal, ninguna clausura, una vida enteramente orientada hacia el apostolado, una gran cercanía al pueblo. Las congregaciones, aunque presten auténticos servicios a las diócesis, no están en armonía con la pastoral diocesana. Su campo de acción, de tipo comunitario, se extiende cada vez más al área social. En este final del siglo XVII, desgarrado por las guerras y traumatizado por las crisis económicas, las comunidades religiosas son las primeras en tomar consciencia del derecho de los hombres, y en particular de los pobres, a la justicia, a la educación y a la felicidad. Se puede incluso decir que las congregaciones se fundaron sobre las carencias, las necesidades y los requerimientos trágicos de una sociedad falta de recursos y de medios frente a la miseria, la enfermedad y la ignorancia. Así es cómo Vicente de Paúl obligará a la alta sociedad a hacer una relectura social del Evangelio... Las congregaciones se dedican a los cuidados de los pobres en los hospitales y a domicilio, a la acogida de los huérfanos y de los niños abandonados, a la creación de escuelas gratuitas para la educación del pueblo pobre. Una gran corriente anima estas obras y sostiene estas nuevas orientaciones: el pueblo cristiano, los obispos, las cofradías, los notables de las ciudades, la administración de las provincias perciben la importancia de estas fundaciones educativas o caritativas y se asocian a ellas mediante donaciones, subsidios o contratos. La educación de la conciencia colectiva a la solidaridad y al compartir se desarrolla, y se da una revalorización a la vez evangélica y social del pobre. Montfort suscribirá todas estas iniciativas y tomará parte en ellas de forma radical.

IV. INFLUENCIA DEL AMBIENTE SOBRE MONTFORT (VIDA Y ESCRITOS): UN HOMBRE DE SU SIGLO, CUYA SANTIDAD TRASCIENDE SU EPOCA

Luis María de Montfort no escapa de ninguna forma a su época, aunque parezca a veces situarse a contrapelo o a adelantarse en el tiempo, tanto en su vida como en sus escritos. Aunque se desvincula de ella, pertenece a la burguesía de su tiempo por su origen familiar, al clero de su tiempo por su vocación y su formación, al pueblo llano y a los pobres de su tiempo por su misión y por una elección deliberada.

1. La triple pertenencia - a. *La pertenencia a la burguesía* - Conocemos las ambiciones de Juan-Bautista Grignon, su padre, y su lucha bastante áspera y poco satisfactoria por lograr una promoción social. Conocemos sobre todo la distancia que establece Montfort con su familia en nombre del Evangelio: «En la nueva familia a la que ahora pertenezco, estoy desposado con la Sabiduría y con la cruz. Ellas constituyen todos mis tesoros temporales y eternos, terrenos y celestes.» (C 20) Pero más allá de esta ruptura, antes como después, Montfort debe a su condición burguesa una infancia carente de privaciones, unos estudios en el colegio de los jesuitas de Rennes, e incluso relaciones y protecciones hasta entre la nobleza que permiten su ingreso en el seminario de San Sulpicio de París. De la burguesía heredó cierto número de actitudes y cualidades: el espíritu de iniciativa, la independencia y la autoridad que pondrá al servicio de la misión y de la dirección espiritual. En sus escritos ha utilizado incluso cierto lenguaje de banquero, aplicado a la gestión de un tesoro espiritual, haciendo de María la dispensadora y tesorera de los dones

de Dios (VD 178). Dicho esto, Montfort ha vivido su burguesía por antinomia, desposando la pobreza y viviendo a la Providencia.

b. La pertenencia al clero - En el seminario de San Sulpicio de París, Montfort recibió la mejor formación teológica y espiritual de su época. La Biblia, los Padres de la Iglesia, los místicos de su tiempo y los aportes ricos y profundos de la Escuela francesa, alimentaron su espíritu, su pensamiento y su corazón hasta tal punto que sus escritos parecen un resurgimiento personal y original de los mismos. Esta cultura religiosa intensa, muy interiorizada, alterna con largos momentos de meditación y de oración, y va acompañada de mortificaciones y de tiempos de aprendizaje sobre el terreno: cuidado de los pobres, catecismo... La formación en San Sulpicio sigue siendo sobre todo un condicionamiento; el seminario constituye un molde estrecho, protegido por reglamentos rígidos destinados a hacer del sacerdote un hombre digno y santo, separado del mundo, un notable clerical más cercano a la burguesía que al pueblo llano, un buen servidor de la Iglesia, pero también un funcionario espiritual honrado, instalado más que dinámico. Sabemos con qué energía rechaza Montfort ese perfil de sacerdote conforme al modelo eclesiástico general, tan pronto como sale ya ordenado, del seminario y hasta el final de su vida y cómo se libera de él muy pronto, optando por los pobres y por el pueblo llano. Pero lo cierto es que quedó marcado por su formación, como lo atestigua el tono de sus primeras cartas al señor Leschassier, superior del San Sulpicio (C 5,6, C 10), en las que se sitúa todavía en la dependencia de estos modelos. Después de un corto caminar, habrá elección y ruptura... Lo que Montfort rechaza son las apariencias, el estilo, nunca lo fundamental¹⁶. Sacerdote de Jesucristo, quiere serlo como Jesucristo y al estilo de los Apóstoles: pobre, desapegado, libre, disponible (SA 710), atento a las necesidades y urgencias del pueblo cristiano, y sobre todo de las personas que se encuentran en la miseria o la ignorancia, de los que el mundo abandona. Al actuar de esta forma, Montfort molesta, provoca y trastorna la bonita imagen social del clero de la época, se pone al margen y se granjea el calificativo de loco; padece denuncias y exclusiones de algunas diócesis, sin protestar o rebelarse jamás, sometiendo constantemente a los obispos y al Papa, quien lo confirma en su modo de actuar dándole el título de misionero apostólico. Fundamentalmente, Montfort es un hombre de Iglesia, que obedece filialmente a la jerarquía, profundamente apegado a su misión de sacerdote, pero también profundamente desapegado de todo lo que paraliza y ata al Clero de su tiempo.

c. La pertenencia al pueblo - Para Montfort, la pertenencia al pueblo llano y a los pobres es fruto de una libre elección. Fue en el puente de Cesson, a la salida de Rennes, en el camino que lo conducía a París, cuando Montfort revistió por primera vez y para siempre la librea del pobre. Este gesto fue para él la mejor identificación a Cristo sufriente. Nada de dolorismo mórbido, sino más bien la revalorización de una condición despreciada, la restauración de la dignidad del hombre desprovisto de todo... Es también una forma de agradecimiento, como lo atestigua el mismo Montfort (C 6). Pero el alcance del gesto es mucho más profundo, porque Montfort trabaja por transformar a estos desechos humanos en hombres cabales, a estas personas solitarias y hostiles en personas solidarias y responsables, a estos pobres minusválidos en la primera Sabiduría. Es un bello ejemplo de confianza en el hombre de fe profunda en su futuro, en su recuperación siempre posible en Jesucristo... Con respecto al pueblo llano de las barriadas, como los habitantes de Montbernage, tan queridos por él, o al pueblo pobre del campo que quiere catequizar y evangelizar, Montfort desarrolla las mismas actitudes de acercamiento e identificación. A este horizonte cerrado, a ras del suelo, en lo más bajo de la escala social, trae las

perspectivas de una fe vivida personal y comunitariamente y la esperanza de la salvación... Viniendo de una cultura distinta, a la vez burguesa y clerical, entra de lleno en la cultura, en la mentalidad y en las prácticas de la religiosidad popular, no para destruirlas, sino para purificarlas y trascenderlas. Como verdadero misionero, se adapta y toma lo que encuentra sobre el terreno para ponerlo al servicio de la evangelización. Del lenguaje popular, toma las palabras que hacen soñar y permiten evadirse: maravilla, tesoro, secreto; de las canciones, las melodías; de los espectáculos de los saltimbanquis, lo espectacular de las misiones: las imágenes, los pendones, las procesiones, las plantaciones de cruces. Admirable pedagoga que habla al corazón del pueblo, que él no ha inventado, hay que subrayarlo, pero que se apropia, renueva y reanima personalmente, con un aliento, una energía admirable y profética... Verdadero misionero, suscita la participación de la gente en la realización de grandes empresas para Dios como el calvario de Pontchâteau, da continuidad a los frutos de la misión mediante compromisos personales o colectivos; renovación de las promesas bautismales, reglamentos de oración o de cofradías, prácticas de devoción; contrato de alianza o consagración a María. Verdadero misionero, viviendo a la Providencia, Montfort asume las condiciones de vida que implica: las de los apóstoles y las del pueblo abocado al hambre y a la miseria, la condición de los pobres... Todo esto demuestra una auténtica aculturación a las mentalidades y prácticas de la religiosidad popular.

2. De una misión en el espacio y el tiempo y de una historia a una misión de todos los tiempos en la Iglesia - Montfort no ha vivido esta triple pertenencia sin contradicciones ni oposiciones. Ha buscado y trazado su camino en el espacio y el tiempo de una época que no tenía las mismas representaciones del hombre, de la sociedad, de la cultura, e incluso de la salvación en Jesucristo, que las que podemos tener hoy. Podemos reprochar a sus escritos su visión idealizada del pasado, o su visión más profética e incluso algo apocalíptica del futuro. Pero, una vez más, ¿no se trata de un reflejo del pensamiento de la época o de un resurgimiento indirecto de la mentalidad popular en busca de evasión? Podemos juzgar demasiado radical y tajante, y hasta maniquea, su representación de lo espiritual en dos campos enfrentados: el del mal y el de Dios. Pero ¿no era ése el lenguaje espiritual de una época marcada por las luchas religiosas y políticas y, para el pueblo, una forma muy sencilla para comprender los compromisos bautismales...? Sería vano prolongar un proceso que no tiene por qué plantearse, como sería vano encerrar a Montfort en categorías sociales, a no ser para situarlo y comprenderlo mejor. Porque, a pesar de sus opciones, hay que decir que sus escritos y su misión se dirigen a todos, sin excepción, que su actuación interesa a todas las clases de la sociedad. Desde la nobleza hasta el pueblo llano, desde los burgueses ricos hasta los pobres de los hospitales, todos están invitados a la conversión y a la salvación. La mejor prueba nos la proporciona la misión de La Rochelle, en el invierno de 1711: en razón de su duración y amplitud, moviliza a toda la población de la ciudad en su diversidad social, económica y política, incluidos el obispo, el gobernador militar y la guarnición.

Tributario de una historia, de una familia, de una sociedad y de una Iglesia, depositario de una cultura y de una formación, Montfort pertenece pues a su tiempo por todas sus fibras, por lo que puede parecerse lejano, desconcertante e incomprensible. Pero su mensaje anclado en Evangelio tomado a la letra, su identificación con el pobre visto como imagen de Cristo sufriente, su sentido del compromiso bautismal, su intuición del papel de María en la economía de la salvación, la creatividad de su pedagogía misionera, pertenecen

a todos los tiempos y pueden hacerlo sorprendentemente moderno, si sabemos traducirlo y transculturarlo. En Jesucristo, el mensaje de Montfort atraviesa y trasciende el tiempo y la historia.

P. Penisson

Notas - ¹ L. Pérouas, *Ce que croyait Grignon de Montfort*, Mame, Tours, 1973, 206-207. - ² L. Pérouas, *Séminaire Intermontfortain d'Avrillé*, julio-agosto de 1971, cursos policopiados. - ³ P. Goubert, *Mazarin*, Ed. Fayard, París, 1990. - ⁴ L. Pérouas, *Ce que croyait...*, mapa, p 8. - ⁵ Daniel-Rops, *L'Église des temps classiques - Le grand siècle des âmes*, Fayard, París, 1958, 214-219. - ⁶ Besnard I, 189 y 239. - ⁷ Daniel-Rops, *oc*, 265-268. - ⁸ L. Pérouas, *Grignon de Montfort, un aventurier de l'Évangile*, Ed. Ouvrières, París, 1990, 11-12. ⁹ Blain, 28. - ¹⁰ Grandet, 151. - ¹¹ J. Michaud, *1492-1789: La Renaissance et les Temps Modernes*, Classique Hachette, París, 1974, 220-244. - ¹² R. Mandrou, *De la culture populaire en France aux XVII^{ème} et XVIII^{ème} siècles. La Bibliothèque Bleue de Troyes*, Ed. Stock, París, 1964. - ¹³ Blain, 83. - ¹⁴ Grandet, 401-402. - ¹⁵ Daniel-Rops, *oc.*, 107-115. - ¹⁶ Blain, 187-190.

[| VOLVER AL INDICE |](#)

AMISTAD

Sumario - I. *Las amistades de Montfort*: 1. El entorno de los preferidos; 2. El entorno familiar; 3. El entorno estudiantil; 4. El entorno apostólico; 5. El entorno femenino; 6. El entorno personal. II. *El pensamiento de Montfort sobre la amistad*: 1. La amistad con los hombres; 2. La amistad de Dios, valor supremo. III. *La amistad hoy*: 1. Valor de la amistad; 2. Pedagogía práctica para una amistad fructuosa.

* * *

I. LAS AMISTADES DE MONTFORT

Montfort, que tuvo tantas dificultades para encontrar discípulos, no se preocupó por hallar amigos. Su único afán fue hacer, de los hombres y mujeres que pudo encontrar, amigos de Jesucristo, la *Sabiduría Eterna*, tratando de utilizar para ello los medios más eficaces, y en especial la devoción a María.

Para saber más sobre la amistad en Montfort, tratemos de examinar en su vida lo que podríamos llamar los entornos de la amistad. Hay cierto número de hombres y mujeres que intimaron mucho con Montfort o con quienes intimó él.

1. El entorno de los preferidos - Se trata de los pequeños, de los olvidados, de los rechazados, de los pobres (los marginados, diríamos hoy), de los pecadores.

Veamos dos ejemplos: «Al momento –escribe Luis Pérouas–, aquellos 400 hombres y mujeres encerrados en el hospital general (de Poitiers) se reconocen en ese sacerdote semejante a ellos». ¹ Aunque todos esos pobres comprenden que ese sacerdote está cerca de ellos, ¿se puede hablar de amistad?

El caso de los habitantes de Montbernage es diferente. Aquellas gentes del pueblo, que se han beneficiado con la misión del P. de Montfort, son considerados por él como verdaderos amigos: «Ruego a mis queridos amigos de Montbernage, poseedores de la imagen de mi buena Madre y de mi corazón, que conserven y aumenten el fervor de sus plegarias [...] Amigos míos, rueguen también por mí [...]» (CM 3,6). Pronto se siente Montfort a gusto en las «faldas de la ciudad» de Poitiers, porque se encuentra entre los pobres. Aquí ciertamente se puede hablar de amistad.

Pero si queremos ser exactos, y si nos metemos en la piel de Montfort, es evidente que en toda esa gente hay que ver más que amigos. Para Luis Grignon son verdaderos hermanos y hermanas en Jesucristo, a quienes debe ayudar a alcanzar la santidad y la salvación.

2. El entorno familiar - Luis María muestra especial cariño a su hermana Guyonne-Jeanne, por saber que es más *dócil*, por ver en su comportamiento una posibilidad para

hacerla avanzar por las sendas del Espíritu. Le hace pequeños regalos y adula su sensibilidad y vanidad femeninas, prometiéndole incluso lo que no es tan evidente: «serás muy hermosa, y todos te amarán, si amas a Dios». ² El cariño a Guyonne-Jeanne se prolongará a lo largo de la vida de Montfort: poseemos siete cartas, que dirigió a su hermana entre 1703 y 1713 y lo testifican. Luis María corre en ayuda de Guyonne-Jeanne, cuando ella se encuentra en situación precaria (C 12) y le abre su corazón en medio de las dificultades (C 27).

3. El entorno estudiantil - Montfort, que «casi no se trataba con los demás estudiantes» ³, ha tenido amigos entre sus camaradas, en quienes influía por su piedad y actitudes. Basta recordar la colecta que organiza para vestir a un estudiante pobre. J.-B. Blain nos cuenta que cierto día se sustrae a las miradas de sus amigos para «irse a abrazar en secreto [...] a un pobre mendigo» ⁴, pero el sentido del término *amigos* queda aquí muy general. Sabemos ciertamente que en el curso de los ocho años que permaneció en el colegio de Rennes, se encontró con jóvenes a quienes llamó la atención, y es claro que, al menos dos de ellos, permanecieron en relaciones amistosas con él: Poullart des Places y Blain. Se trata de amistades duraderas. Montfort colabora con Poullart, y del Seminario del Espíritu Santo, fundado por él, saldrán más tarde algunos misioneros para la Compañía de María.

A J.-B. Blain podría llamársele el mayor amigo de Montfort. Es uno de aquellos a quienes Luis María ha llegado hasta a confiar en él plenamente, como lo expresa el mismo interesado: «El señor Grignon que se manifestaba fácilmente sobre todo a mí, me hizo entonces esta confidencia [...]». ⁵ A él le reveló cómo estaba presente María en su vida. El podrá criticar sus «actitudes excepcionales y extraordinarias», y con él intercambiará Montfort en 1714, sobre dos clases de vida: «las personas de comunidad» y «los varones apostólicos».

4. El entorno apostólico - Sentimos la tentación de decir: la zona los dolores. ¡Cuántos rechazos y despidos antes de ganarse algunos amigos en el seno del clero. En el hospital de Poitiers, el P. Dubois lo secunda momentáneamente. Podemos pensar que en él se da cierta simpatía por el hombre de Dios.

Cuando en 1702, el obispo de Poitiers divide la ciudad en seis sectores, encomendando cada uno de los Vicarios Generales, Montfort encuentra gran simpatía en uno de ellos, el P. de Rivarol, y podemos pensar que si permaneció nueve meses en el sector de este último, no carece de motivos: los dos debían poseer algunos átomos dispuestos a comprenderse.

El P. de Bastières, fiel colaborador en las misiones, es otro de los amigos de Montfort (le permanecerá fiel hasta el 28 de abril de 1716). Aprovecha también él de sus confidencias, pero quizás en menor grado que J.-B. Blain. L. Pérouas habla de «una amistad casi igualmente grande». A él le cuenta Luis María «la fuga fallida de los tiempos de su adolescencia». ⁶

Podrían evocarse muchas otras personas: el P. Juan Barrin, Vicario General de Nantes, amigo y apoyo de Montfort ante el obispo de esa ciudad; colaboradores, como el capuchino Vicente, Gabriel Olivier, el obispo de La Rochelle, Mons. de Champflour...

¿Puede hablarse de amistad con sus discípulos propiamente dichos? Los Hermanos, a quienes consultaba y a quienes pedía recibirlos, ocupaban ciertamente un sitio privilegiado en su corazón, ¿pero se entregaba él a ellos otro tanto?

¿Puede hablarse de amistad con hombres de mundo, como el señor de Orville, uno de los *personajes* de la ciudad de Rennes?

5. El entorno femenino - Cierta número de mujeres cruzan por la vida de Montfort. Coloquemos a parte a María Luisa Trichet, a quien Montfort escuchará en el momento de redactar la Regla de la Sabiduría y a quien escribirá numerosas cartas que, desafortunadamente para nosotros, quemó obedeciendo las órdenes de su confesor.

Están las «protectoras» o «bienhechoras»: la señorita de Montigny, la señora de Montespán... Existen las contestatarias: la señora de Oriou, quien a fuerza de querer echar chistes amistosamente con un santo cuyas «conversaciones eran muy alegres, muy edificantes y divertidas»⁷, acabó por caer derrotada, víctima de su propio invento antes de ir a tomar parte en los ejercicios de la misión; la señorita Pagé que va a la iglesia para burlarse del misionero, desde el sitio escogido por ella, pero a quien el santo predicador no tarda en colocar en su sitio de penitente y amiga de Dios (CT 143).

Están, en Nantes, las señoritas Dauvaise, las dos «burguesitas» que serán sus colaboradoras en el hospicio de incurables (C 33). Probablemente para ellas escribe Montfort el Secreto de María⁸. Montfort amó ciertamente a todas aquellas mujeres, pero con el amor más puro de que era capaz.

6. El entorno personal - Hay que reconocer que Montfort ama y quiere, en este mundo, la cruz. ¡Es su gran amiga! Realmente no puede vivir sin esta compañera: «¡Qué cruz no tener cruz!» Es la amiga de todos los momentos, cuyas cualidades no deja de encomiar ante quienes quieren escucharlo, pidiéndoles sentirse felices de padecer algo por el divino Maestro, de cargar con la «cruz gozosamente» (AC 34).

Pero las amistades definitivas de Luis María se hallan en el otro mundo, que le está siempre presente.

La amistad de «auxilio», imprescindible: María. Si Montfort ama a María, se debe a que ella es necesaria para llegar a Dios. Pero no se trata de detenerse en ella. Es sólo el camino que debe recorrerse, cuidando mucho de no apartarse de él un solo instante: «por María, en María, con María, para María». Es el *secreto* para vivir desde ahora en amistad con la «Sabiduría eterna».

¡La Sabiduría! Es la amiga suprema de Montfort. Cautivado por «esta dulce conquistadora» (ASE 5), él la predica. Hará cuanto pueda para conducir a hombres y mujeres a consagrarse a esta *Sabiduría* eterna y encarnada en María.

II. EL PENSAMIENTO DE MONTFORT SOBRE LA AMISTAD

Aunque Montfort no escribió un tratado sobre la amistad, trata el gustoso el tema una y otra vez⁹. Transmite así una enseñanza profundamente arraigada en su experiencia y al mismo tiempo capaz de ayudar a los cristianos a vivir la amistad con Dios y con los hombres. Podemos agrupar los textos de Montfort sobre la amistad en la doble perspectiva: humana y divina.

1. La amistad con los hombres - Como acabamos de mostrarlo, Luis María experimenta claramente la amistad en su vida de relación. En las Cartas expresa la estima que tiene a la amistad, sobre todo, se trata de recibir una ayuda para el camino espiritual o en la necesidad. Estima mucho la amistad de su director Leschassier que, por su parte, tiene dificultad para dirigirlo a causa de sus *singularidades*. Montfort promete no abandonar jamás su «amistad en Jesús y su santísima Madre» (C 6). Cuando experimenta la necesidad de la ayuda divina en forma particular, se encomienda a las oraciones de María Luisa de Jesús, pidiéndole «hacer tomar parte en sus oraciones a algunas almas generosas, amigas

suyas» (C 15). Le renueva la misma recomendación, cuando le pide «hacer una novena de comuniones [...] con algunos de nuestros verdaderos amigos y amigas» (C 16).

Montfort conoce la dolorosa experiencia del abandono de los amigos, en primer lugar de su director espiritual. En 1703, desde París, le expresa a María Luisa la soledad que siente ante la indiferencia de sus antiguos amigos: «...No tengo más amigo que a Dios solo. Los que tenía en otro tiempo me han abandonado» (C 15). Se trata aquí de abandono físico, por alejamiento de él, pero también de abandono en el terreno psíquico y espiritual. Y Montfort sufre de modo especial al sentirse objeto de «falsas interpretaciones de parte de [...] nuestros mejores amigos» (C 13). En esta misma carta ubica esta prueba en el número de las cruces que más hieren. Está convencido de que el abandono y la traición de parte de los amigos entran en la pedagogía divina de la Sabiduría, que experimentan «quienes son amigos suyos [...] en el crisol de la tribulación como el oro en el horno» (ASE 100; ver AC 18).

Por ello, Montfort sabe distinguir *una triple amistad*:

- La falsa amistad, que es la de los «amigos de Venus» (CT 12,48), de los «amigos de la mentira» (CT 29,3) o de los «amigos del mundo» (VD 54). Es la amistad falsa o por lo menos diplomática de los «amigos interesados» (RS 205), que Montfort llama «amistad de cumplimiento» (CT 14,26). El santo se distancia de esta clase de amistad que responde a uno de los mandamientos del mundo: «Procura ganar amigos» (ASE 78). Esta amistad es una ilusión. Montfort no tiene confianza en el hombre solo, porque conoce su inconstancia: «Jamás esperanza humana / en amigos ni parientes» (CT 28,35).

- Existe la amistad natural, que, manteniéndose a nivel humano, presenta peligros en relación con la pobreza evangélica. Montfort les da a las Hijas de la Sabiduría este consejo: «Desconfía de las amistades naturales de tus padres y amigos.» (M 4). En razón de la caridad que obliga a comunicarse con todo el mundo, las Hermanas no darán lugar a ninguna «amistad particular, conversando a menudo con unas y excluyendo a otras» (RS 197). En razón de la libertad apostólica que quiere para los misioneros de la Compañía de María, Montfort pide a Jesucristo que sean personas «sin amigos según el mundo» (SA 7).

- Se da finalmente la amistad santa, ubicada en el contexto de la santidad. Montfort desea que «la santa amistad florezca en la casa» (RS 311) de las Hijas de la Sabiduría. Da mucha importancia a los consejos o advertencias de los amigos, ante todo del director espiritual: «Para su vida interior / sigan a un amigo docto y sabio» (CT 10,27). Así, prescribe a la superiora de sus comunidades escoger «entre las Hermanas, una amiga verdadera que le adviertas caritativamente sus defectos» (RS 319), recomienda a cuantos quieren prepararse a bien morir «escoger buenos amigos» (DPM 7), que les ayuden a morir cristianamente. Para Montfort, la mejor amistad entre los hombres es la de los pobres, que son para él «amigos verdaderos» (CT 18,8). Se halla en perfecta armonía con ellos: «Los pobres harapientos y pequeños / son mis amigos más íntimos» (CT 108,3). En cambio de los amigos que ha dejado para seguir a Jesús en la pobreza apostólica, recibe la amistad de muchos pobres: «Por un amigo, cien: / y el céntuplo en todo» (CT 20,20).

2. La amistad de Dios, valor supremo - Probablemente la experiencia positiva de la amistad humana que conduce a Montfort a interpretar la historia de la salvación en el mismo sentido. Para el santo, Dios (Jesús) es el «amigo verdadero» (CT 55,24), Dios es «el mejor de los amigos» (CT 7,11). «Dios solo» es su «amigo» (CT 39,145). Pero Dios se muestra amigo en la persona de Hijo, Sabiduría eterna.

En efecto, esta divina Sabiduría se caracteriza por una amistad inefable para el hombre.

Ya antes de su encarnación ha «testificado a los hombres, de mil .formas, la amistad que les profesa» (ASE 47). Toda la historia del AT aparece a los ojos de Montfort como una demostración de la amistad de parte de la Sabiduría eterna, que se manifiesta sobre todo como potencia amorosa y liberadora (ASE 48-50).

En la encarnación aparece en todo su brillo la amistad de la Sabiduría hacia el hombre. Según Montfort la razón más profunda y definitiva que explica la encarnación es ese amor de amistad que incluye la «reparación» del hombre (ASE 42). La Sabiduría quiere formar amigos de Dios, es decir, divinizar a los hombres: «quiere encarnarse para testificar al hombre su amistad, quiere descender a la tierra para hacerlo subir al cielo» (ASE 168). El motivo de la encarnación es, pues, el amor de amistad en toda su profundidad cristológica: «La Sabiduría se encarnó con la única finalidad de atraer a su amor e imitación los corazones humanos» (ASE 117). En su amor por nosotros, Jesús, «este gran amante de nuestras almas sufrió en todo» (ASE 157) y llega a morir «en los brazos de su idolatrada amiga», la cruz (ASE 171). Jesús revela el misterio de la cruz «a sus mayores amigos» (ASE 175; ver también 1764).

El resultado de esta iniciativa divina es que Jesús se convierte en nuestro «gran amigo» (VD 138), «nuestro dulce amigo» (SAR 68), nuestro «amigo fiel» (CT 7,8). Esta amistad representa para Montfort el valor más grande de la vida, como lo expresa la frase de Enrique Suso: «Preferiré tu amistad a todo y te haré reinar como soberana absoluta sobre todos mis afectos» (ASE 101).

La amistad a Cristo Sabiduría es inseparable de la de la cruz. Ser «amigo(s) de Jesucristo» (ASE 180) equivale a ser «amigos de la cruz» (AC 2.4.15; C 33; ASE 172). Es la ley de quienes quieren seguir a Jesucristo por la senda de su amor. La Sabiduría misma manifiesta en ello su amistad con los hombres, porque «no da cruces, sino a sus amigos en proporción de sus fuerzas» (ASE 103).

Por último Montfort considera a María como «amiga nuestra» (SAR 14,53) y la invoca a María como «amiga mía» (CT 90,16). Reconoce con este título que María cumple un oficio mediador ante Dios «para granjearse su amistad y gracia» (SM 37). Quien encuentra a María encuentra todos los bienes, «toda la gracia y amistad ante Dios» (SM 21). Montfort nos ofrece así una enseñanza rica, desde el punto de vista antropológico y teológico, sobre esta gran realidad que es la amistad.

III. LA AMISTAD HOY

1. Valor de la amistad - El mundo grecorromano exaltó la amistad (*philia*), distinguiéndola del amor sexual (*eros*). Para Aristóteles la amistad supone cierta igualdad y comunión de sentimientos, más aún de vida. Cicerón, que escribió *Lelius, seu de amicitia*, insiste en la conformidad de voluntades: *Idem velle, idem nolle*. Estos autores del clasicismo no ofrecen solución a dos problemas: la duración de la amistad, que sigue siendo frágil porque se funda en la virtud que es débil, y la relación que tiene con la mujer, cuya igualdad con el hombre no se reconoce.

La Biblia exalta la amistad entre Jonatán y David, unidos por los mismos sentimientos frente a la vida y la muerte (ver 1 Sam 18,1-4; 19,1-7; 20; 2 Sam 1.4.5.17; 21,7.13-14). Los libros sapienciales ofrecen muchos textos sobre la amistad, los más conocidos de los cuales resaltan el valor y rareza de la amistad: «El amigo fiel es refugio seguro; quien lo encuentra, encuentra un tesoro; un amigo fiel no tiene precio [...] un amigo fiel es un talismán» (Si 6,14-16). Pero Jesús da su plena dimensión a la amistad, por su actitud frente

a hombres y mujeres. Llama amigos a sus discípulos (Jn 15,15), porque los había acogido en su intimidad y les había revelado sus secretos. Entre sus apóstoles hay tres privilegiados, Pedro, Santiago y Juan, en cuya presencia realiza milagros, se transfigura y padece su agonía en el jardín de los Olivos (ver Lc 9,28; Mc 5,37; 14,33). Jesús privilegia sobre todo al autor del cuarto Evangelio, el «discípulo a quien Jesús amaba»: es el amigo querido, admitido a descansar en el pecho del Maestro (Jn 13,23.25), es el amigo que persevera hasta la cruz, donde recibe en regalo a la Madre del Maestro (Jn 19,25-27), es el amigo que corre a la tumba (Jn 20,3-4) y el que reconoce a Jesús resucitado al borde del lago de Tiberíades (Jn 21,7).

Jesús resuelve los problemas de la antigüedad pagana, mostrando la fidelidad en la amistad que persevera hasta el sacrificio de la propia vida: «Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por los amigos» (Jn 15,13). Jesús manifiesta, además, su amor de amistad a las mujeres, sobre todo a las hermanas de Lázaro, Marta y María, a cuya casa se retira de tiempo en tiempo (Lc 10,38; Jn 11,5). Y ¿qué decir de su amistad por María Magdalena, a quien llama por su nombre y a quien se revela en primer lugar después de la resurrección (Jn 20,16)?

En Cristo la amistad se hace perfecta. Únicamente el hombre arraigado en Cristo participa en ese amor que no tuvo comienzo; únicamente el hombre arraigado en Cristo puede vivir en plenitud y total libertad la realidad humana de la amistad con hombres y mujeres. La tradición cristiana, por su parte, describe así la amistad: «Yo y tú, y entre nosotros, Cristo». Aelred de Rieval, abate medieval, que escribió esta frase, continúa y define la amistad como amor «sobrenatural que encuentra su punto de partida en Cristo, progresa según su voluntad y culmina en él».¹⁰

En esta óptica se explican las amistades profundas entre un santo y una santa, de las cuales nos ofrece múltiples ejemplos la hagiografía: Francisco de Asís y Clara, Francisco de Sales y Juana de Chantal, Luis María de Montfort y María Luisa de Jesús... Sin ignorar el riesgo real de evolucionar hacia un amor erótico y conyugal, hay que admitir, sin embargo, que es posible vivir una amistad cristiana heterosexual, apoyo poderoso en la vida y en la realización del reino de Dios en el mundo. Trátese de una relación entre personas del mismo sexo o no, existe una amistad que, siendo espiritual y todo, no es menos auténtica y profunda.

Sólo que hay que velar para que se den las condiciones de una amistad así, sobre todo si es heterosexual: estar en la verdad y renunciar a todo lo que no es o no entra en una relación auténtica, mantenerse en la sinceridad y excluir todo disfraz, haber llegado a una madurez espiritual capaz de discernir desde el primer momento la voluntad de Dios, de aceptar la cruz y el sufrimiento, como factores providenciales de purificación¹¹. Así *enmarcada* la amistad se convierte en lugar de encuentro con Dios: «Nada es tan poderoso entre las cosas humanas para mantener siempre fija la mirada como la amistad de los amigos de Dios».¹² Montfort es un auténtico maestro en amistad. Nos brinda ejemplos de amistades fieles, respecto de hombres y de mujeres; nos invita a discernir entre amistad mala, natural y santa; nos encamina sobre todo, gracias a María, por la senda de la amistad de la Sabiduría eterna, a la que considera como valor supremo.

2. Pedagogía práctica para una amistad fructuosa - Aun hoy, la amistad es cosa rara, pero lo es menos que en otros tiempos. Si no habría que dejar de creer en la gracia de la Redención, y olvidar el Evangelio. Porque, finalmente, no puede ser en vano que actúe en el mundo el Espíritu de Dios y que obre de manera enteramente especial desde la venida del

Mesías («Les enviaré el Paráclito»), ni puede ser en vano que haya brillado y siga brillando la santidad. Pero la amistad sigue siendo rara y lo seguirá siendo por largo tiempo, porque «el pecado actúa en el mundo».¹³

Hoy la amistad, como en otros tiempos, como siempre, carece de valor: no tiene precio.

Para florecer la amistad necesita un contexto, crecer y dar fruto.

«Ganar amigos», con o sin los bienes de este mundo, ¿significa crearse amistades? A menudo, no es otra cosa que defender los propios intereses, organizar el provenir. ¿Qué vínculos existen entre quienes siguen a un líder, prontos a llegar hasta la muerte por él? ¿Es cierto que viven en las condiciones de la amistad?

¿A cuántos hemos visto adular, alabar, revestir o poco menos con todas las cualidades, excusar, y hasta liberar de todos sus defectos, a sus amigos, porque supieron decir, en el momento oportuno, la palabra precisa para hacer vibrar la cuerda sensible de un interlocutor incauto, incapaz de discernir la astucia que busca *favores*... Y, más tarde, hemos visto a las mismas personas demoler, colmar de defectos y despojar de su *bien* a quienes los habían colmado, porque equivocándose de tecla, habían activado en otro momento la nota que hiere en lugar de adular. ¿Se habían dado las condiciones de una verdadera amistad?

¡Buena comprensión! ¡Cuántos amigos de esta clase no hemos visto separarse, a veces por más o menos tiempo, pero también para convertirse en enemigos furibundos, por una sola palabra! ¡Ah! Esa palabra a la que con toda presteza se dio un significado que ciertamente no tiene, esa palabra hiere un oído mal preparado para acogerla!

¡Cuántas precauciones hay que tomar cuando se habla de conocimientos comunes o personas de la misma familia, a quienes se ha visto juntas recientemente! «No, ya no somos amigos.» «¡Ese!, ¡ni volverlo a ver!» «¡Aquél! ¡Que ni se atreva a pedirme un servicio!»

Sabemos lo que puede acontecer con esos encuentros, basados en una simpatía barata o en una cara bonita.

¿Cuándo se da hoy amistad? Corramos el riesgo de la perogrullada. No es posible ser amigos sin amarse. Y ¿cuándo hay amor? El test por excelencia de la amistad es el comportamiento en la divergencia. Cuando uno es capaz de cambiar a fondo en torno a un problema, de llegar hasta el desacuerdo más completo, de oír que le dicen a uno las cosas más desagradables, a causa de ese problema, y hasta de llegar a los argumentos intimidatorios, malsonantes, amenazadores..., y luego, una vez terminada o apaciguada la discusión, de sentarse a la misma mesa y sobre todo unirse en la misma oración; incluso, si no se tiene (temporalmente) la fuerza de darse un abrazo o darse un signo de paz, pero sí la de permanecer totalmente dispuestos a prestarse algún servicio a la primera ocasión, se vive *en amistad*.

La amistad, en el hombre de condición corriente, necesita pruebas como ésta para hacer ver su autenticidad y dar frutos. Un historiador de nuestros días ha escrito de los monjes de antes de la revolución esta frase (¿terrible?): «Se amaban en Dios, es decir, realmente no se amaban» (Pierre de la Gorce). ¿Quería –querría– sugerir con ello que en los comentarios no se reúnen (necesariamente) las condiciones de una fructuosa amistad?

¿Las condiciones de una fructuosa amistad? ¡No! ¿La condición de una fructuosa amistad? ¡El amor! «Esto es lo que os mando, que os améis unos a otros» (Jn 15,17).

C. Le Bot

Notas - ¹ L. Pérouas, *Ce que croyait Grignon de Montfort*, Mame, París, 1973, p. 59. - ² Grandet, 1-2. - ³ Blain, 2. - ⁴ Blain, 13. - ⁵ Blain, 105. - ⁶ Grandet, 349. - ⁷ Besnard, II, 140. - ⁸ *Les Chroniques de Soeur Florence*, Centre International Montfortain, Roma, 1967, 100-101. - ⁹ Montfort utiliza las palabras amigo/amistad 224 veces. - ¹⁰ *De spirituali amicitia*, PL 195, 662 - ¹¹ Ver E.M. Gentili, «Amicizia e amore», en *Dizionario enciclopédico di teologia morale*, Edizioni paulinas, Roma, 1973, 28-43. - ¹² Simone Weil, *Attente de Dieu*, París, 1950, 81. - ¹³ Hermanos de San Gabriel, *Regla de vida, Constituciones y Estatutos generales*, Roma, 1986, 2,9.

[| VOLVER AL INDICE |](#)

EL AMOR DE LA SABIDURIA ETERNA (ASE)

Sumario - Volvemos a descubrir una obra capital. I. *Coordenadas de la obra*: 1. El Manuscrito; 2. Título; 3. Fecha de composición; 4. Destinatarios. II. *Fuentes*: 1. Escritores espirituales; 2. Montfort y la Sabiduría bíblica: a. La corriente sapiencial, b. El libro de la Sabiduría; 3. Montfort y la Escritura. III. *Perfil de la obra*: 1. Perfil literario: estructura y división; 2. Perfil teológico. IV. *ASE y sus intérpretes*: 1. El silencio de los biógrafos; 2 La edición «type» (1929) y la renovación de los estudios monfortianos; 3. Interpretaciones recientes. V. *Actualidad de la obra*: 1. Cristocentrismo; 2. Teología de la creación; 3. Teología de la Redención.

* * *

Volvemos a descubrir una obra capital

Entre todas las obras del P. Montfort, ASE puede ciertamente reivindicar el ser una de las menos conocidas del público en general. Los Cánticos han conocido el favor popular. Ya no se cuenta el número de ediciones del Tratado, del *Secreto de María*, del *Secreto Admirable del Rosario* y de la *Carta a los Amigos de la Cruz*. En cuanto a ASE, hubo que esperar hasta 1929 para que se estableciera una edición *modelo*, y las traducciones a otras lenguas se hicieron esperar largo tiempo y siguen siendo netamente menos numerosas que las de la *Verdadera Devoción*.

No obstante, buenos conocedores de la espiritualidad monfortiana no se cansan de subrayar el importantísimo valor doctrinal, así como el valor fundamental de ASE para la comprensión de conjunto de la obra monfortiana. No sólo ven en ella un tratado magistral y una obra importantísima con iguales motivos que la *Verdadera Devoción*. Esta última, por otra parte, no es otra cosa que el magnífico comentario al capítulo 17 de la primera y su indispensable complemento. El P. Huré, responsable de la *edición modelo* de 1929, escribía con mucha razón: «*El Amor de la Sabiduría Eterna* es un libro capital. El y sólo él nos ofrece en su conjunto la espiritualidad monfortiana...»¹ J.- M. Dayet presentará un juicio similar: «Luis María Grignon de Montfort aparece, pues... como indiscutido contemplativo y amante de la Sabiduría eterna. Este punto de vista es capital para la plena comprensión de su espiritualidad»². M. Quéméneur subrayará, por su parte, la dimensión misionera de la obra: «Si es cierto que la última obra de un escritor expresa una etapa más elaborada de su pensamiento, lo es también que su primer escrito, aunque imperfecto en su composición, es a menudo el que revela mejor su fuerza interior y la orientación que ésta asume (...) Ese secreto (la contemplación de la Sabiduría en busca de la humanidad) fue para Montfort la revelación de la dinámica misionera de Dios y, por consiguiente, de todo dinamismo misionero»³.

Si el favor popular se ha definido en pro de la *Verdadera Devoción*, ¿será que Montfort mismo dedicó menor empeño a vulgarizar sus puntos de vista sobre la Sabiduría? O ¿que

esta obra suya responde menos a la sensibilidad popular cristiana? Sea lo que fuere, ASE merece hoy ser objeto de una amplia difusión, especialmente en una época particularmente inquieta y deseosa de encontrar una sabiduría que dé sentido a la vida y al desarrollo de la historia, una época en la que los creyentes han reanudado, felizmente para ellos, su encuentro con una teología y una espiritualidad que se alimentan en primer lugar de la Biblia.

I - COORDENADAS DE LA OBRA

1. El Manuscrito - El manuscrito, se encuentra actualmente en los Archivos generales de la Compañía de María en Roma. Se halla en notable buen estado de conservación. Muy legible, procede, según el parecer de los editores de las *Oeuvres Complètes*, de la mano misma de Montfort⁴. Estudios más recientes y profundos sobre la caligrafía del manuscrito, adelantados independientemente por H. Frenen⁵ y R. Paceri⁶ llegan, no obstante, a una conclusión opuesta, y descubren en él la intervención de cuatro copistas diferentes, entre ellos los PP. Mulot, Vatel y Besnard.

2. Título - El título se presenta en forma muy clara al comienzo del manuscrito. Queda en pie la cuestión del sentido que debe darse al genitivo de la Sabiduría Eterna. ¿Habrá que reconocerle sentido subjetivo u objetivo? En otras palabras: ¿quiere Montfort entregarnos su percepción del amor que la Sabiduría eterna manifiesta a la humanidad?, o ¿se preocupa más bien por excitar a sus lectores a amar a la Sabiduría eterna? La amplitud con que desarrolla aspectos de la primera parte de la obra nos inclinan a optar por la interpretación objetiva; aunque tampoco se puede excluir el segundo aspecto. La ambigüedad del título podría, por lo demás, ser deliberada y constituir una de las riquezas de la obra.

3. Fecha de composición - La opinión general sostiene que ASE es una obra de juventud, que se remonta a los primeros años del ministerio sacerdotal del P. de Montfort, sea a su estada en París (1703-1704) con la comunidad de Poullart Des Places y de los *estudiantes pobres* que ésta acoge y a cuya formación teológica y espiritual provee. En el libro V de su vida de Luis María Grignon de Montfort, relata, en efecto, Besnard: «Sé, por medio de aquel que fue superior de la casa después del P. Des Places y que había sido alumno suyo, que cierto día el P. Grignon les había predicado sobre la Sabiduría, y les había hecho una bellísima paráfrasis del libro bíblico que lleva ese título.»⁷ El tema principal de esa predicación de Montfort y la referencia explícita al libro de la Sabiduría, hacen pensar naturalmente en el contexto de ASE. El testimonio de Picot de la Clorivière respecto del mismo suceso no es menos significativo: «Aquella charla fue como una paráfrasis de esos magníficos elogios, que Salomón tributa a la Sabiduría. Pero, al describir esa Sabiduría, puso mucha atención para hacer notar que no hablaba solamente de esa Sabiduría, que le fue dada a Salomón, y mucho menos aún de la de los prudentes del siglo, sino de la Sabiduría del Evangelio, de esa Sabiduría que Jesucristo nos ha enseñado con sus ejemplos y sus palabras...»⁸

[Opinión de P. Eijckeler en Algunos puntos de Historia Monfortiana (*Vol I, p 21*). Cuando estudiamos de cerca este libro escrito por el P. de Montfort sobre el gran misterio que dominó su vida [*el de la Sabiduría*], constatamos ante todo, que tuvo el tiempo y la posibilidad de dedicarse totalmente a dicha obra. Ningún otro de sus manuscritos ha sido escrito con tanto cuidado, casi sin tachones ni correcciones. La composición de la obra avanza con tan perfecta regularidad; está dividida en capítulos que hacen resaltar la trama.

Hay incluso un índice, pero éste no es de mano de Montfort. El libro se halla enriquecido con citas de diferentes autores, pero abunda sobre todo en textos bíblicos, que por la precisión y exactitud prueban que el autor tuvo la oportunidad de consultar detenidamente sus fuentes. Y de ello es posible concluir que tenía los libros en las manos. Es evidente que en una comunidad como la de los ermitaños o los sacerdotes del Calvario [*del Monte Valeriano*], disponía de las obras que Montfort necesitaba, obras clásicas para todo eclesiástico de ese tiempo. No me queda la menor duda de que el santo escribió *El Amor de la Sabiduría Eterna* en el Monte Valeriano: cuya soledad debía serle grata y propicia para las largas meditaciones y búsqueda de las fuentes (Nota y traducción: Pío Suárez B.)]

Entre los partidarios de una datación tardía señalemos a Dayet, que ubica la predicación de Montfort en París al final de su vida, es decir, en 1713; y Frehen, a quien el estudio comparado de los manuscritos de los CT 46.100 y 102 y de obras tales como ASE y SAR, lleva a proponer para la redacción o transcripción de este conjunto *los dos últimos años de la vida del P. de Montfort*⁹.

El problema de una datación alta o baja se reduce, pues, a la pregunta siguiente: ¿ha servido ASE de base a esas charlas o al contrario? Nada nos permite precisarlo; aunque estaría muy en el estilo de Montfort presentarnos por escrito lo que ya había enseñado y comunicado en sus misiones. Pero ello no implica una redacción posterior en mucho a los acontecimientos de 1703-1704. Así pues: las razones que militan en favor de una datación hacia 1703-1704 son:

1º. La aparición del vocabulario y del tema de la Sabiduría en las cartas de esa época (C 14-17.20);

2º. El testimonio de Besnard sobre las charlas de Montfort a los seminaristas de Poullart Des Places, que pone de manifiesto un contenido muy cercano al que encontramos en ASE;

3º. El carácter más escolar y teórico de la obra, en contraste con el carácter popular de Verdadera Devoción, donde Montfort se consagra como un perfecto vulgarizador, enriquecido por una larga práctica misionera y pastoral, no invalida ni excluye que Montfort haya hecho transcribir su obra en los dos últimos años de su vida.

4. Destinatarios - ¿A quién hay que ver detrás del *estimado lector* (ASE 5) al que Montfort se dirige?

1º - Ahora mismo acabamos de ver que un primer público contemplado en la perspectiva del autor pudo ser el mismo que fue objeto de la predicación de Montfort en París sobre la Sabiduría, a saber, jóvenes seminaristas en período de formación. Esto explicaría el carácter más teórico y escolar de la obra.

2º - Se podría igualmente considerar que los inmediatos destinatarios de ASE son las comunidades religiosas que fundó, y a quienes Montfort ofrecería en cierta forma un libro de vida. La correspondencia intercambiada con María Luisa, al igual que los primeros gestos de fundación de las Hijas de la Sabiduría, hablan claramente de la importancia del tema de la adquisición de la Sabiduría en el itinerario espiritual de Montfort y de las mujeres que se han asociado a él en su obra apostólica. Pero se buscarían en vano indicaciones de Montfort mismo y de las primeras Hijas de la Sabiduría, para certificar el hecho de que ASE ha sido escrito y recibido como una obra esencialmente destinada a la comunidad de las Hijas de la Sabiduría.

3º - El mismo juicio se aplica a la posición de A. Balmforth que cree poder detectar «algunos indicios interesantes y positivos que sugieren que escribía particularmente, si no exclusivamente, para la futura Compañía de María»¹⁰. Tiene razón hasta cierto punto «en

recordar la dimensión misionera de ASE y sus numerosas afinidades con el ideal que Montfort propone a sus futuros misioneros. Pero no podemos menos de estar de acuerdo con la apreciación general expresada por Balmforth cuando dice: Montfort ha querido que esta obra sirviera de inspiración y guía a quienes iba a reunir a su alrededor para que compartieran su vida y actividad misioneras»¹¹. Pero no se puede ir mucho más lejos. Nada hay en el texto de Montfort, ni siquiera las citas latinas, que permita limitar los destinatarios de la obra a sus inmediatos seguidores.

Y menos aún se puede mantener la distinción entre *sacerdotes misioneros y laicos comunes y corrientes*, impensable no sólo hoy, sino ya en el proyecto de evangelización popular tan grato a Montfort.

4º- Montfort se dirige claramente a un público mucho más amplio que designa como *almas perfectas y predestinadas* (ASE 14); expresión que no hay que entender en sentido de élite y con restricciones (a diferencia, quizás, de SM 1), sino en el sentido paulino de aquellos y aquellas que han optado por Jesucristo y su evangelio (1 Co 2,6), es decir, todos los cristianos. Es, en efecto, el sentido que se hace patente a la luz de las bienaventuranzas, que vienen a esmaltar el texto (ASE 10.51.153) y que no dejan de recordar la condición de todos aquellos y aquellas que escuchan la palabra: «¡Dichosos, más bien, los que escuchan la palabra de Dios y la cumplen!» (Lc 11,28). En el mismo sentido, puede advertirse hasta qué punto gusta Montfort de subrayar el carácter universal del auditorio que busca la Sabiduría: «¿quién no la amará y buscará con todas sus fuerzas? Tanto más cuanto que se trata de un tesoro infinito, propio del hombre, para el cual fue creado el hombre, y que la Sabiduría misma tiene infinitos deseos de darse al hombre» (ASE 63; ver también 30).

II - FUENTES

Al contrario de lo hecho en el Tratado donde afirma «haber leído casi todos los libros que tratan de la devoción a la santísima Virgen» (VD 118) y nos presenta un elenco de los autores que han dado su voz de aliento a esa devoción (VD 159-163), Montfort se muestra en cierta forma más ecléctico en ASE. Aunque las alusiones sean breves, se puede contar una quincena de autores citados o de santos y santas cuyo testimonio invoca Montfort: Gregorio, Agustín, Juan Crisóstomo, Ruperto, Bernardo, Tomás de Aquino, Enrique Suso, María Magdalena de Pazzis, Teresa, Juan de la Cruz, etc. La amplitud de su documentación no tiene por qué extrañarnos. Extraña sí el que no haga la menor mención de sus maestros de la escuela francesa, que a pesar de todo, le han brindado material importante.

1. Los escritores espirituales - Entre los escritores espirituales que han ejercido influencia sobre Montfort en la composición de ASE, hay que mencionar tres nombres: Enrique Suso, Juan Bautista Saint-Jure y Amable Bonnefons. De estos tres nombres Montfort sólo cita explícitamente al primero (ASE 101-102.132). No obstante, la dependencia respecto de los otros dos es cierta, como lo atestiguan las diferentes correspondencias de terminología y de temas¹². Dicho esto, no es menos claro, que en cada caso se dan diferencias significativas.

De la obra del beato Enrique Suso, religioso dominico, Montfort habrá podido tomar la inspiración de fondo y parte del título de ASE, puesto que la traducción francesa del *Horologium Sapientiae* del beato Suso había dado por título *Livre de la Sagesse éternelle*. A esta obra aparecida por primera vez en versión francesa en 1392, y que se había hecho rápidamente muy popular entre los espirituales, sólo la aventajaba en popularidad la

Imitación de Cristo. Pero las semejanzas entre el texto de Montfort y el de Suso son, en definitiva, bastante débiles, mientras que las diferencias se manifiestan mucho más notables.

La primera gran diferencia tiene que ver con el carácter bíblico de la obra de Montfort. Suso para una obra manifiestamente de la misma extensión que la de Montfort, no cita en todo y por todo sino tres versículos de la Sabiduría bíblica, a saber, Sab 8,2 (c 1) y Si 24,19-20 (c 7), y parece que para él, el libro de la Sabiduría es de hecho el del Siracida (c 7). Al respecto, Montfort se distancia netamente de su predecesor, como veremos más adelante. Una segunda gran diferencia se refiere al puesto concedido al misterio de la cruz. En Montfort la cruz es importante en extremo (parte de los cc 9-10 y el conjunto de los cc 13-14), y coloca la cruz en un punto de mira más amplio y global, incluyendo creación, historia de la salvación y encarnación. En Suso, toda la atención va dirigida al misterio de la Pasión, sin que se diga nada de la creación ni de las otras etapas de la historia salvífica.

Tres obras más merecen señalarse. Ante todo, la obra monumental del jesuita Juan Bautista Saint-Jure (1588-1657), intitulada *De la connaissance et de l'amour du Fils de Dieu Notre-Seigneur Jésus-Christ*, y cuya primera edición se remonta a 1634. La influencia de este escrito ha podido ser particularmente importante, sea que Montfort recoja en ella, sea que de ella resuma pasajes enteros (por ejemplo, ASE 8-12.66-67.69.154-166). Notemos también aquí dos diferencias significativas. *La primera* concierne a las fuentes bíblicas. Toda la obra de Saint-Jure es profundamente bíblica, y las citas abundan. Pero aquí también, Montfort hace de la corriente sapiencial un uso claramente más sistemático. Aunque Saint-Jure haga de la Biblia un comentario elaborado, se limita a dos pasajes muy notables, que contienen muchos motivos para movernos al amor de Nuestro Señor Jesucristo. Esos dos pasajes son Pr 8 y Sab 6-8. Es ya bastante, pero mucho menos de la utilización que hará Montfort de la corriente sapiencial. *La segunda* diferencia es de orden cristológico. Ambas obras pertenecen a la escuela francesa de espiritualidad, y sus autores hablan exactamente de la misma persona, Jesucristo. Pero entre todos los títulos que Saint-Jure le da a Jesús en vano buscaríamos el de Sabiduría. Montfort se halla, al respecto, más cerca de Suso.

Debemos añadir otro libro de Saint-Jure, conocido por Montfort, porque toma de él algunos pasajes en el *Cuaderno de Notas 308*. Se trata de *L'homme spirituel où la vie spirituelle est traitée en ses principes* (Marbre-Cramoisy, París 1685), de donde Montfort extrae la noción de Sabiduría (pp 392-393), la aplicación de los libros sapienciales al don de Sabiduría en la línea de Salazar (p 392), y los tres primeros medios para adquirir la Sabiduría (pp 403- 407) ¹³.

Señalemos también la influencia más definida del *Petit livre de vie qui apprend à bien vivre et à bien prier*; primera edición, 1650), del jesuita Amable Bonnefons (1618-1653) sobre el capítulo 12 de ASE. En efecto, los 49 primeros *oráculos de la Sabiduría encarnada* recogen la lista completa de las «reglas generales para vivir bien, extractadas de las sagradas palabras de nuestro Señor Jesucristo», citadas por Bonnefons. Montfort asume en bloque esa lista, para añadir trece oráculos más, el último de los cuales (Mt 11,25-26) tiene un fortísimo sabor sapiencial, y todos se mantienen en la línea del radicalismo evangélico vivido por Montfort.

2. Montfort y la Sabiduría bíblica - Pero la inspiración fundamental de Montfort proviene ante todo de la Biblia. Claro que su elección y su interpretación de las fuentes bíblicas deben mucho y son altamente tributarias a la exégesis corriente en su época, en

particular a la traducción y comentario de *Le Maître de Sacy*. Pero Montfort no puede quedar reducido a sus fuentes: es preciso reconocer con M. Gilbert, que nadie antes de él, entre los escritores espirituales, parece haber concedido tanta importancia al libro bíblico de la Sabiduría (ver más adelante).

El carácter bíblico del tratadito de Montfort no ha escapado, como diremos luego, a una primera generación de intérpretes de ASE (Huré, Dayet, Bombardier). Pero el estudio más riguroso y exhaustivo de esta dimensión sigue siendo el de M. Gilbert, s.j., especialista en el libro de la Sabiduría y demás escritos bíblicos sapienciales. En un estudio muy denso ¹⁴, ha demostrado claramente la originalidad de Montfort y la exactitud de su *exégesis espiritual*, y la publicación de este escrito suyo en una revista teológica de altísimo calibre internacional habrá permitido hacer conocer a ASE de un público que no siempre había sido alcanzado por los escritos monfortianos recientes. Años más tarde, quien firma este artículo ¹⁵ retomaba por cuenta propia la cuestión del estudio de las fuentes bíblicas de ASE. No se trata evidentemente de recoger aquí los pormenores de esos dos estudios. Recordemos brevemente los datos principales.

a. La corriente sapiencial - ASE reviste un carácter excepcional, no sólo entre los escritos de Montfort, sino también en el conjunto de la literatura espiritual cristiana, por la utilización sistemática de la corriente sapiencial. Claro que en sus demás obras campean también las citas bíblicas. Pero en ninguna como en ésta, se ha esforzado Montfort en forma tan sistemática por ahondar lo más posible en la corriente bíblica, incluido el punto de llegada y sus resonancias en el Nuevo Testamento. Es impresionante. Ello supone abiertamente un notable dominio de la Biblia como conjunto y un esfuerzo deliberado de síntesis. Lo más impactante no es tanto el detalle de interpretación de uno u otro versículo aislado, sino el hecho de que se utilice una amplia red de textos: una parte muy grande del libro de la Sabiduría, capítulos importantes de los Proverbios y del Eclesiástico, el prólogo de Juan (palpitante de referencias a la Sabiduría), la carta de Santiago (único escrito auténticamente sapiencial en el NT), y los pasajes evangélicos referentes a la Sabiduría de Jesús.

b. El libro de la Sabiduría - No obstante, como era de esperar, el libro de la Sabiduría es el que recibe tratamiento de rey en la reflexión de Montfort. Cita, vuelve a citar, y, a veces, a comentar no menos de 140 versículos (de los 435 del libro de la Sabiduría, o sea, cerca de la tercera parte de éste). Notemos, además, que Montfort ha sabido explotar la parte central del libro bíblico de la Sabiduría, los cc 7-9: 65 versos de los citados por Montfort provienen en efecto, de esta parte. En definitiva, Montfort se ha apropiado realmente el libro de la Sabiduría, y ha hecho de él la trama de fondo de su propia obra, hasta el punto que ésta se presenta como una verdadera *paráfrasis* (Besnard, Picot de la Clorivière) del libro bíblico. En forma tal que podemos preguntarnos, con M. Gilbert ¹⁶, si acaso existe en la tradición espiritual cristiana, otra obra que le deba tanto al libro bíblico de la Sabiduría.

3. Montfort y la Escritura - Más allá de la interpretación individual de los versículos, el número de citas bíblicas y su importancia en la estructura de ASE invitan a considerar en forma más global la utilización que Montfort hace aquí de la Escritura.

a. Montfort hace gala de un respeto grande hacia el texto. Efectivamente, frente a largos pasajes, nos remite al texto mismo, cuidándose de decirnos que no les añadirá nada (ASE 5.20.52). En cierta forma, remite al lector al texto bíblico, para que saque sus propias conclusiones.

b. Pero, al mismo tiempo, Montfort no puede dejar de hacer sus propios comentarios.

En los mismos tres números de ASE que acabamos de citar y en los que les siguen inmediatamente, advertimos la forma en que Montfort, muy lejos de tratar la Escritura como algo estático, como unidad intocable en sí, siente la necesidad de pasar a la actualización del texto. Así, respecto de Si 24, añade: «Permíteme ahora las siguientes reflexiones» (ASE 5); o también a propósito de Sab 8, introduce el texto sagrado indicando que reproduce los versículos, acompañándolos de cortas reflexiones (ASE 52). Es claro para él que la Escritura exige interpretación y actualización. Hallamos, pues, en él una manera de leer la Biblia totalmente opuesta al fundamentalismo y a una utilización mágica de ella.

c. *Montfort apela aquí a una amplia red de citas escriturísticas* y utiliza en abundancia una serie copiosa de textos. Su visión de la Escritura es global y hace entablar diálogo al Antiguo con el Nuevo Testamento. Lo que tiene la ventaja de presentar las cosas en perspectiva y dar mayor profundidad a su itinerario espiritual.

d. Sin embargo, Montfort no deja de aparecer tributario de la exégesis de su tiempo. Su lectura alegórica de Si 24 (ASE 20-30) lo atestigua, lo mismo que su aceptación de una cronología universal derivada de la Biblia (los «cuatro mil años... desde la creación del mundo» (ASE 104), y del calendario de la encarnación (ASE 109-116), incluyendo los años, los meses, los días y hasta las horas de la vida de Jesús. No podemos pretender que la exégesis de Montfort y la exégesis actual de los escritos sapienciales concuerden en todos sus pormenores. Pero el acuerdo de base es tan profundo que donde la exégesis de Montfort se revela superada o insuficiente, no hay que temer completarla con los subsidios de la exégesis actual.

III - PERFIL DE LA OBRA

1. Perfil literario: estructura y división - La estructura de ASE no es, en apariencia, demasiado difícil de establecer, dado que Montfort anuncia en dos oportunidades el plan que quiere seguir. Se refiere ante todo al proyecto de Salomón y se apoya en él, que había hecho «una descripción fiel y exacta de la Sabiduría, y a quien quiere relevar aquí explicando sencillamente lo que es la Sabiduría **antes** de la Encarnación, **en** la Encarnación y **después** de la Encarnación, y los medios de alcanzarla y conservarla» (ASE 7; ver también 12). Las dos grandes divisiones de su obra son pues: un largo desarrollo sobre lo que es la Sabiduría (cc 1-14) y una reflexión más sucinta sobre los medios para adquirirla (cc 15-17). Se advierte al momento la desproporción entre las dos partes¹⁷. Montfort se detiene largamente en describirnos lo que es la Sabiduría, mientras que la última parte es más bien de estilo parenético y traduce la preocupación pastoral de Montfort. Aquí no se trata de teoría sino del caminar espiritual que debe florecer en la adquisición y el ejercicio de la Sabiduría.

Del libro bíblico de la *Sabiduría*, Montfort no sólo extrae citas textuales, sino que adopta la –sobre todo en la primera parte de la obra– la estructura literaria anunciada en Sab 6,24 [22]: en efecto, como Salomón, pone todo su empeño en mostrar la excelencia de la Sabiduría, por la contemplación de *su origen*, de su *naturaleza* y sus *obras a través de la historia* (ver ASE cc 2-5).

Otro detalle de estructura, y que no es ciertamente accidental: ASE comienza y culmina en una oración. Semejante conclusión juega aquí un papel equivalente al de la oración de Salomón, ubicada en el punto culminante de la sección central del libro bíblico de la Sabiduría (Sab 9). La primera oración, que no aparece sin recordar las intenciones de

Salomón sobre los límites de su condición mortal (Sab 7-8), es la de Montfort en el momento de escribir su libro, la cual traduce el respeto que siente ante el misterio que trata de abordar. La segunda que es la oración de la consagración (ASE 223-227), va abiertamente dirigida a los lectores, y muestra claramente a qué compromiso quiere llevarlos Montfort.

Así pues, en los números 1-2 aparece la oración: Todo el libro se coloca entre dos oraciones: la dedicación de la obra a la Sabiduría y la consagración total a ella. En tratándose de Sabiduría, la cosa es con oración.

2. Perfil teológico - El despliegue de la reflexión de Montfort se revela, sin embargo, más complejo que las divisiones que él mismo había anunciado. Ciertamente, la división en dos grandes partes permanece indiscutible: del c 1 al 14 nos describe lo que es la Sabiduría; del c 15 al 17 presenta los medios para adquirirla. Además, esta última parte se divide muy netamente en cuatro medios, identificados claramente por Montfort.

Nos queda la primera parte, que es con mucho la más compleja. En primer lugar habría que definir qué entiende Montfort con la expresión «después de la encarnación»: será ¿después del nacimiento en Belén?, como lo dejaría entender el plan propuesto por las *Oeuvres Complètes*, o ¿después de la Ascensión?, como lo deja entender Montfort mismo (ASE 14: «la encontraremos gloriosa y triunfante en el cielo?»). Además, el juego de las citas bíblicas, en razón de la longitud de los pasajes citados, conlleva su propia lógica, y en numerosos casos parece ejercer la prioridad sobre el plan anunciado por Montfort. Conviene, pues, mantener cierta flexibilidad ante cualquier tentativa de síntesis de ASE.

Los siete primeros números de ASE, se sostienen por sí mismos y hacen el oficio de preludio o prólogo. Preludio formado por tres elementos: una oración dirigida a la Sabiduría, y en la que Montfort, a estilo de los profetas del AT y del NT, expresa su convicción de una inspiración que lo impulsa a hablar, al mismo tiempo, de la conciencia de las propias limitaciones (ASE 1-2); una cita del capítulo 6 de Sabiduría, que es una exhortación a buscar la Sabiduría con todas las fuerzas (ASE 3-4); y, finalmente, palabras dirigidas al lector (ASE 4-7) para invitarlo a unirse a la contemplación del autor y a su búsqueda de la Sabiduría.

El capítulo primero se separa, también él, de los que le siguen. Tiene su exordio esmaltado de preguntas y la intención de llamar la atención y el interés del lector: «¿Se puede amar lo que no se conoce? [...] ¿Por qué se ama tan poco a la Sabiduría eterna y encarnada? [...] ¿De qué nos servirán todas las ciencias necesarias a la salvación, si ignoramos la de Jesucristo...?» (ASE 8-12). Todo culmina en la enunciación de una de las convicciones capitales de Montfort: «Conocer a Jesucristo, la Sabiduría encarnada, es saber lo suficiente. Saberlo todo, pero no conocerlo a él, es no saber nada» (ASE 11).

Advirtamos en este primer capítulo la importancia del vocabulario del conocimiento, con términos tales como conocer, conocimiento, ciencia, saber, etc. Procedimiento que equivale a romper lanzas contra una devoción basada en una lectura fundamentalista y sentimental, o pietista de la Escritura. Para amar, dice Montfort, es importante conocer bien, y antes de actualizar la Palabra de Dios, es importante comprenderla bien, y tener una visión de conjunto de la historia de la salvación.

Esta visión es precisamente la que los trece capítulos siguientes nos van a ofrecer, en dos bloques mayores: los capítulos 2 a 7 están centrados esencialmente en el AT, mientras que los capítulos 9 a 14 están dedicados al misterio de la Encarnación.

Los capítulos 2 a 5 recogen aunque en orden diferente los tres ejes del elogio, que

Salomón hace de la Sabiduría en Sab 6-9: belleza y grandeza de la Sabiduría en su *origen*, en su *naturaleza* y en sus *obras*. En el capítulo 2, sin embargo, Montfort presenta primero el enraíce cristológico de su reflexión, haciendo directamente la aplicación a Cristo de los textos del AT, consagrados al misterio de la Sabiduría. Y del origen en Dios, pasa Montfort al otro polo de la Sabiduría: su acción en las almas (ASE 20), con su comentario actualizante de Si 24.

Los capítulos 3 y 4 se completan maravillosamente, en cuanto que nos presentan una síntesis de los dos grandes ejes teológicos del AT, a saber: creación y salvación. De una parte el capítulo 3 nos ubica en pleno corazón de la teología de los sabios, que es una teología de la creación, que ve la hermosura del mundo como fruto de la Sabiduría de Dios. El primer lugar de la revelación de la Sabiduría, su obra grandiosa, es claramente el de la creación: «si el poder y dulzura de la Sabiduría eterna han brillado tanto en la creación, la belleza y el orden del universo, han fulgurado mucho más en la creación del hombre...» (ASE 35).

Esta visión absolutamente luminosa queda seriamente ensombrecida por la aparición del pecado (ASE 39-40). El contraste es vivo y patético. Salvo que, lejos de ser ésta la última palabra, el autor prosigue su reflexión con una síntesis notable de la historia de la salvación, que ve, al igual que el autor de Sabiduría (Sab 10), impregnada de la presencia y de las intervenciones de la Sabiduría. Se trata evidentemente de un camino abreviado, para el autor bíblico y para Montfort. Como su predecesor, Montfort concede la mayor importancia a los acontecimientos que rodearon el Exodo. El segundo párrafo de ASE 41 presenta en la Sabiduría una reacción análoga a la del Señor ante la situación desesperada de los israelitas en Egipto (Ex 2,24-25; Dt 26,6-8). Montfort en su conclusión (ASE 50) vuelve explícitamente sobre los acontecimientos del Exodo. La idea de Montfort no es, pues, la de ser exhaustivo, cuanto la de acudir al corazón mismo del Antiguo Testamento y presentar la Sabiduría actuando en el acontecimiento de salvación por excelencia.

Tras hablar del origen y de la obra de la Sabiduría, Montfort vuelve al elogio propiamente dicho de la Sabiduría, cuya belleza, valor y tesoros (ASE 63) va a hacernos descubrir ahora, comentando a Sab 7-8. El elogio prosigue en el capítulo 6, en el que Montfort describe los «apremiantes anhelos de la Sabiduría de hacerse conocer de la humanidad y establecer con ésta un vínculo de amistad».

Numerosas son las muestras de amistad que da la Sabiduría, pero Montfort resalta sobre todo el hecho de que un libro inspirado esté consagrado a la Sabiduría y los acentos apasionados del discurso de la Sabiduría personificada en Pr 8. Ahora se completa el elogio y la conclusión se impone: «Deseemos y busquemos, pues, solamente a la divina Sabiduría» (ASE 73).

Pero como hombre realista y conecedor de su época, Montfort sabe bien que se debe hacer una opción: «es preciso que seas precavido y no te equivoques al escoger, pues existen varias clases de Sabiduría» (ASE 73).

La conclusión tendrá que quedarse para más tarde, una vez que se haya tomado conciencia de la ilusión (la impostura y malignidad) de las falsas Sabidurías que propone el mundo. En muchos aspectos, el capítulo 7 parece desentonar de él en relación con el resto de ASE e incluso con el lenguaje sapiencial. Salvo que Montfort sigue inscrito en la misma vena sapiencial. En efecto, por una parte, retoma aquí la severísima crítica de la carta de Santiago en relación con la sabiduría terrestre. Y por otra, no hay que olvidar que la Sabiduría bíblica no es demasiado suave respecto de todo lo que es contrario a la Sabiduría de Dios, y que considera sencillamente como locura, vanidad y destrucción. La Sabiduría

bíblica no carece, tampoco ella, de acentos proféticos.

Después de denunciar la ilusión de las falsas Sabidurías, puede volver Montfort a su propósito: «Quedémonos, pues, con Jesucristo, la Sabiduría eterna y encarnada, fuera de la cual, todo es extravío, mentira y muerte» (ASE 89), y completar su elogio por la descripción de los efectos maravillosos de la Sabiduría en las almas (capítulo 8).

Los capítulos 9-14 forman, sin lugar a dudas, la clave del arco de ASE, que es el misterio de la Encarnación. Montfort comienza por los hechos (capítulo 9) y nos ofrece un resumen de la vida de Jesucristo, Verbo de Dios y Sabiduría encarnada, desde la Anunciación a María hasta la Ascensión en el monte de los Olivos (ASE 109-116). Oportunidad para él de subrayar el oficio singular de María en quien la Sabiduría divina «se construyó una morada, una habitación digna de ella» (ASE 105). Del epítome biográfico, pasa Montfort a la interpretación teológica con sus consideraciones, sobre la dulzura de la Sabiduría encarnada (cc 10-11). Se apoya principalmente en el título cristológico de Cordero de Dios y en el significado del nombre de Jesús (119-120). Pero adelanta también una lectura actualizada de los evangelios, para subrayar la humildad de Jesús y su amor a los pobres y a los pecadores, a quienes traía la buena noticia de la salvación mediante su mirada, sus palabras y acciones.

El capítulo 12 se presenta como «el resumen de las grandes e importantes verdades que la Sabiduría eterna vino a enseñarnos» (ASE 153), y consta exclusivamente de citas del Evangelio (más una cita de los Hechos de los Apóstoles: 20,35): Jesús aparece en ellas como maestro de Sabiduría y el Evangelio como Sabiduría de vida.

Al final de esta primera parte (cc 13-14), Montfort nos conduce a admirar el mayor secreto del rey, el misterio más sublime de la Sabiduría eterna, la Cruz (ASE 167). Ve en ella la manifestación suprema, no sólo de la Sabiduría de Dios, considerada como locura por los hombres, sino también de su amor a la humanidad: «La razón más poderosa que puede impulsarnos a amar a Jesús, la Sabiduría encarnada, es, a mi juicio, la consideración de los dolores que quiso padecer para mostrarnos su amor» (ASE 154).

Aparece entonces la segunda parte, mucho más breve (cc 15-17), consagrada a los medios para alcanzar la divina Sabiduría. Hay que ser, ante todo, como Salomón y Daniel, hombres de deseos, para obtener ese gran tesoro que es la Sabiduría (ASE 183). Se detiene luego Montfort sobre el segundo medio, ofreciéndonos de verdad un tratadito de oración (ASE 184-193), que culmina en la hermosa oración de Salomón para implorar la Sabiduría (Sab 9). Nadie se extrañará de que Montfort consagre todo un capítulo al tercer medio, que es una mortificación universal y continua, valerosa y discreta (ASE 196): así, comprende Montfort las exigencias del misterio pascual sobre las cuales volverá más tarde y con mayor amplitud en su Carta a los Amigos de la Cruz; Montfort nos revela luego «el medio y secreto más maravilloso para adquirir y conservar la divina Sabiduría: una tierna y verdadera devoción a la santísima Virgen» (ASE 203). En este capítulo final de ASE, recuerda la excepcional cercanía de María a Jesucristo, Sabiduría encarnada, dado que se ha convertido en Madre, Señora y Trono de la divina Sabiduría (ASE 203). Se ha convertido, es decir, por gracia y en virtud de una respuesta libre. También aquí, traza ya Montfort las grandes líneas de una obra futura, el *Tratado de la Verdadera Devoción a la santísima Virgen*, dado que nos dice «en pocas palabras» en «qué consiste la Verdadera Devoción a la santísima Virgen» (ASE 215).

Recordemos, por último, que ASE culmina en la plegaria. El ejercicio propuesto por Montfort no era pues de orden académico, sino existencial. Ni siquiera toma la precaución de advertir a sus lectores, sino sólo al final: «Quien sea sabio, que lo entienda; quien sea

inteligente, que lo comprenda» (Os 14,10; ASE 227). ASE es en cierta forma, como los libros proféticos de Oseas y Jonás, un libro abierto, que exige la respuesta y el compromiso del lector.

IV - ASE Y SUS INTERPRETES

1. El silencio de los biógrafos - Si el *Tratado de la Verdadera Devoción* estuvo encerrado en «las tinieblas de un cofre, de acuerdo a la predicción de su autor» (VD 114), podríamos decir que ASE no ha corrido mejor suerte, durante los dos primeros siglos que siguieron a su composición. El manuscrito sólo fue publicado por primera vez en 1856, y hasta comienzos del siglo XX, los biógrafos y comentaristas de la Espiritualidad Monfortiana se mantienen muy discretos a propósito de ASE. En los primeros biógrafos no se encuentra ninguna referencia directa a la composición de ASE. E incluso después de la renovación, suscitada por la edición modelo de 1929, escritores como De Luca, Le Crom, Papàsogli y Laurentin, le conceden a lo sumo un corto párrafo. Más desconcertante aún es el silencio de A. Lhoumeau, que, en su notable tratado sobre *La Vie spirituelle à l'école du Bienheureux Louis-Marie Grignon de Montfort*, se atiene estrictamente al Tratado, aunque su intención era exponer los fundamentos dogmáticos de esta devoción (= la perfecta devoción a la santísima Virgen) (prefacio de 1901), y ¡aunque la práctica más elevada de esta devoción se exprese en una fórmula de consagración que pertenece en propiedad a ASE!

2. La edición «modelo» (1929) y la renovación de los estudios monfortianos - Fue preciso, pues, esperar hasta 1929 para que ASE hiciera una verdadera entrada en el escenario de la espiritualidad monfortiana. Al P. Huré le cupo el mérito de reconocer la importancia capital de ASE y su amplia introducción a la edición «modelo» da a las cosas una nueva perspectiva. El P. Huré ubica a Montfort principalmente dentro de la corriente paulina y agustina. Intérpretes ulteriores tendrán que proseguir la búsqueda y subrayar hasta qué punto es Montfort deudor de la corriente sapiencial bíblica.

Los años siguientes a la publicación de la edición «modelo» y los que rodearon la canonización del P. de Montfort vieron cómo se confirmaba la intuición del P. Huré. Desde entonces será imposible hablar de Espiritualidad Monfortiana, sin contar esta obra cumbre que es ASE.

J. Bombardier, monfortiano canadiense, comienza su introducción a la espiritualidad monfortiana (4 volúmenes) por un fascículo dedicado en su totalidad a la discusión del tema de la Sabiduría y ofreciendo una introducción bastante completa en lo referente a la composición de ASE, lo mismo que a una presentación en síntesis casi completa de los diferentes capítulos de la obra de Montfort. En su discusión sobre las fuentes que alimentaron a Montfort en su redacción de ASE, se encuentra una nomenclatura interesante lo mismo que una apreciación muy matizada. Al ubicarse su intervención antes del despertar y maduración de la renovación bíblica, es fácilmente comprensible la extrañeza de J. Bombardier frente a la utilización cristológica que hace Montfort de la Sabiduría del Antiguo Testamento. Notemos también que vincula muy estrechamente la Sabiduría monfortiana a la agustina, hasta el punto de ver no sólo semejanzas, sino identidad de puntos de vista y de contenidos.

Cerca de un año después, el P. Dayet publicaba lo que se manifiesta como una de las mejores introducciones de ASE ¹⁸. Su opúsculo de 84 páginas ofrece ante todo un juicio

con muchos matices sobre las fuentes de la obra (bíblicas y extrabíblicas) y sobre la significación del término Sabiduría. La primera parte de su comentario es una excelente síntesis de ASE. La segunda, en cambio, se propone sobre todo mostrar lo que la experiencia espiritual global de Montfort recibió de su contemplación del misterio de la Sabiduría eterna. El mismo P. Dayet¹⁹ no omite insertar un largo comentario (pp 267-360) de ASE en su presentación del 6º día de la 3ª semana de los ejercicios propuestos por Montfort, para su preparación a la consagración y cuya finalidad es precisamente inculcar un conocimiento mejor de Jesucristo.

En su célebre *Poème de la parfaite consécration à Marie*, el P. Poupon, al contrario de lo que sugiere el título, no deja de subrayar la orientación básicamente cristológica de esa consagración. Y como su comentario sigue el desarrollo de la oración de consagración, concede sitio de honor al tema de la Sabiduría, sobre todo en el primer capítulo de la primera parte, titulado *Mystère de lumière*²⁰.

3. Interpretaciones recientes - Desde fines de los años 60, L. Pérouas se ha dedicado a una relectura sistemática de la vida y escritos de Montfort y, por el hecho, ha marcado profundamente la renovación de los estudios monfortianos. Su primera obra, *Grignion de Montfort, les pauvres et les missions*, 1966, que da la señal de arranque de una nueva forma de abordar los textos de Montfort, no tiene, como se supone, el propósito de tocar toda la obra de Montfort. Es así como ASE queda totalmente silenciado.

Pero Pérouas tendrá otras oportunidades para volver sobre ella. Al escribir *Ce que croyait Grignion de Montfort* (1973), reconoce la originalidad de la teología que se expresa en ASE (tanto por lo que se refiere a lo que era habitual en San Sulpicio, como en relación con otros escritos de Montfort), pero rechaza ver en ASE la síntesis de la espiritualidad monfortiana: «Sería erróneo ver hoy en esta obra la síntesis de la espiritualidad monfortiana. Sin duda, este escrito reagrupa temas que seguirán siendo gratos a Montfort, pero es una síntesis hecha en un momento concreto de su propia evolución»²¹. «Ve pues en ASE un escrito puntual, compuesto en pleno período de crisis y que aparece en Montfort, a la vez, como una transformación de su siquismo, como un avance de su fe y como un descubrimiento intelectual»²². Se encontrará la misma posición en el artículo *Louis-Marie Grignion de Montfort*, que firmó él mismo en el *Diccionario de Espiritualidad Ascética y Mística*²³ y en el recentísimo *Grignion de Montfort, l'aventurier de l'évangile*²⁴.

El interés de la posición de Pérouas está en que concede gran importancia al contexto vital (el *Sitz im Leben* de los exégetas) que dio nacimiento a ASE, y el subrayar hasta qué punto se diferencia esta obra de los demás escritos de Montfort. Tiene también líneas muy sugestivas sobre el lenguaje del amor esponsal²⁵, aunque no hay que sicologizar demasiado la relectura de un texto ni presionar en las consideraciones sobre el descubrimiento del partenaire femenino, consideraciones que reflejan bien una problemática de nuestro tiempo, pero que no se impone necesariamente a la lectura de los textos de Montfort.

El exégeta y comentarista afamado del libro de la Sabiduría, M. Gilbert, se dedicó, por su parte, a un estudio minucioso de la exégesis espiritual de Montfort, que le ha llevado a relieves el carácter único de ASE entre los escritos espirituales, a causa principalmente de la comprensión profunda que Montfort ha alcanzado del libro de la Sabiduría: «Es sorprendente en verdad constatar el impacto del libro de la Sabiduría sobre el tratado de Montfort. No sé si existen otros escritos espirituales de la importancia de éste que hayan fundado su doctrina, como lo hizo Montfort, en ese librito griego del Antiguo Testamento... El caso de Montfort exégeta espiritual del libro de la Sabiduría es excepcional...»²⁶

Por último, subrayemos que el interés por ASE no puede menos de acentuarse, con la publicación de las *Obras Completas* en varias lenguas (español, 1954; nueva edición en 1984; francés, 1966; reimpresión, 1982; italiano, 1977; nueva edición, 1990; inglés, 1988; reimpresión, 1991), y cuyas introducciones todas subrayan la importancia fundamental de ASE para la comprensión y la actualización de la espiritualidad monfortiana hoy.

V - ACTUALIDAD DE LA OBRA

ASE, lejos de ser una obra marginal, abre perspectivas fundamentales que, además, cuadran perfectamente con preocupaciones y orientaciones contemporáneas de la teología y de la espiritualidad cristianas.

1. Cristocentrismo - ASE posee, en primer lugar, el mérito de ser una obra eminentemente cristocéntrica. Lo que hace que estemos frente a una espiritualidad y una teología que llegan al corazón del misterio cristiano, y que nos conducen a la cuestión esencial de los evangelios: «Vosotros, ¿quién decís que soy yo?» (Mc 8,29). Además, en una época en que los estudios bíblicos hacen resaltar la diversidad y la riqueza de las cristologías neotestamentarias, ASE puede contribuir a hacer descubrir un elemento de dicha diversidad y de lo que pudiera llamarse una cristología alternativa, por lo demás auténticamente neotestamentaria, puesto que se halla bien testificada en el prólogo de Juan y en Colosenses 1,15-20. La visión de un Cristo-Sabiduría completa admirablemente la reflexión sobre el misterio de Cristo atestiguada por los títulos tradicionales de Mesías, Señor e Hijo de Dios. ASE permite, adentrarse mejor en una inteligencia más profunda del misterio de Cristo.

2. Teología de la creación - ASE tiene también mucho que ofrecer, dado su enraice en la corriente bíblica sapiencial, cuya teología es primero y ante todo, una teología de la creación. Aunque no hay que oponer teología de la salvación a teología de la creación, es un hecho que esta última se halla afirmada con más nitidez en los escritos bíblicos de Sabiduría. Lo mismo puede decirse de ASE. Aquí, mejor que en cualquier otra parte, nos entrega Montfort su teología de la creación y nos presenta, en conformidad con la corriente bíblica sapiencial, una visión básicamente optimista de la creación. El amplio movimiento creado en torno a la Constitución conciliar *La Iglesia en el mundo actual*, confirma la importancia y actualidad de una teología de la creación y de las realidades terrestres y la búsqueda de la Sabiduría propuesta por ASE podría fácilmente inscribirse en este movimiento.

3. Teología de la Redención - Por último, las importantes revisiones que experimenta actualmente la teología de la redención ²⁷ invitan, también ellas, a una relectura en profundidad de las páginas que Montfort ha concedido a este tema en ASE. Es conocida la importancia que confiere a la cruz, y las páginas que nos entrega al respecto son cumbres altísimas. ASE nos propone una visión en la que la teología de la redención no tiene nada de dolorista, sino que se inscribe en el amor de Dios al mundo. El capítulo 13, en efecto, dice con claridad que no es el sufrimiento el que ha salvado al mundo, sino el amor que Jesucristo nos ha manifestado en sus sufrimientos. Montfort nos invita a contemplar «los inexplicables dolores que la Sabiduría encarnada ha querido padecer para testimoniarnos su amor» (ASE 154). Los números 154-166 vuelven a menudo sobre el tema del amor. Por lo demás, este capítulo 13 ganaría mucho, si lo releemos y reinterpretamos a la luz de lo que

nuestros contemporáneos llaman el sufrimiento de Dios ²⁸. Una relectura así la acaba de ensayar, y en forma muy feliz y prometedora, J. Morinay, en su obra *María y la debilidad de Dios* ²⁹.

Ciertamente, ASE no lo dice todo de Montfort. Y esta obra, no menos que la corriente sapiencial que florece en el NT, tampoco alcanza a agotar todas las dimensiones de una espiritualidad cristiana. En otros escritos de Montfort, lo mismo que en la Biblia, hay que buscar la dimensión profética de interpelación y compromiso con los pobres. Esta dimensión, aunque no ausente de los escritos sapienciales, no tiene en ellos el mismo relieve que en los profetas bíblicos y en los evangelios. En este sentido, hay que alegrarnos de que escritos como la *Súplica Ardiente*, la *Carta a los Amigos de la Cruz*, y ciertos *Cánticos* hayan completado el mensaje de ASE. Pero ASE sigue siendo un testigo privilegiado de la teología de Montfort y de su experiencia espiritual. Es, además, un guía de primera importancia para los cristianos y cristianas «que buscan la verdadera Sabiduría, la Sabiduría eterna, increada y encarnada» (ASE 14), Jesucristo.

J.-P. Prévost

Notas - ¹ H. Huré, *Prefacio de la edición modelo de L'Amour de la Sagesse éternelle*, Librairie mariale, Pontchâteau, 1929, 1-2. - ² J.-M. Dayet, *La Sagesse chez le Bienheureux Louis-Marie de Montfort*, Bureau des Prêtres de Marie, Saint-Laurent-sur-Sèvre, 1944, 77. - ³ M. Quéméneur, «Entreprendre de grandes choses», en *CM*, n. 52 (1966), 87. - ⁴ *OC*, 88; ver también H.-M. Guindon, «L'Amour de la Sagesse Éternelle» en *DMonf*, n. 16 (1958), 65-68. - ⁵ H. Frehen, *Études sur les Cantiques du Père de Montfort*. (Conjunto de artículos reunidos por el autor). - ⁶ Ver D. M. Huot, «I manoscritti delle opere di S. Luigi-Maria da Montfort», en *QM*, n. 4 (1986), 16-127. - ⁷ Besnard I, 280. - ⁸ Picot de Clorivière, *La vie de M. Louis-Marie Grignon de Montfort*, Delalain, París 1785, 321-322. - ⁹ H. Frehen, *Études...*, 68-70. ¹⁰ A. Balmforth, «Pour qui le livre de "L'Amour de la Sagesse Éternelle" a-t-il été écrit?», en *DMon*, n. 41 (1967), 1. - ¹¹ *Ib.* - ¹² Ver los paralelos establecidos por A. Guéry, «Études comparatives: I- prière à la sagesse éternelle (P. de St-Jure-Montfort); II- consécration de soi-même à Jésus-christ, la sagesse incarnée, par les mains de Marie (P. Népveu-Montfort)», en *DMon*, 32 (1963), 17-27, y A.F. Balmforth, «"Oracles" de la Sagesse Incarnée: Montfort-Bonnefons», en *DMon*, 36 (1964), 129-135. - ¹³ St. De Fiores, 221, note 1. - ¹⁴ M. Gilbert, «L'exégèse spirituelle de Montfort», en *NRT* 104 (1982), 678-691. - ¹⁵ J.-P. Prévost, *Montfort et le courant de sagesse biblique*, Roma, 1986 (*Dossier Montfortain*, 2e partie), 1-19. - ¹⁶ M. Gilbert, *L'exégèse...*, 684. - ¹⁷ La misma advertencia, en perspectiva mística, en P. Humblet, *Le processus de transformation dans «L'Amour de la Sagesse éternelle» de Grignon de Montfort*, Institut Titus Brandsma-Filles de la Sagesse, Nimègue-Berg en Dal, 1991, 6-9 (mimeografiado) - ¹⁸ J.-M. Dayet, *La sagesse chez le Bienheureux Louis-Marie de Montfort*. Saint-Laurent-sur-Sèvre, Bureaux des Prêtres de Marie (1944). - ¹⁹ *Id.*, *Les exercices préparatoires à la consécration de Saint Louis-Marie de Montfort*, Tourcoing, Les Traditions françaises, 1957. - ²⁰ M.-Th Poupon, *Le poème de la parfaite consécration à Marie suivant saint Louis-Marie Grignon de Montfort et les spirituels de son temps. Sources et doctrine*, Librairie du Sacré-Coeur, Lyon, 1947. - ²¹ L. Pérouas, *Ce que croyait Grignon de Montfort et comment il a vécu sa foi*, Tours, Mame, 1973, 67. - ²² *Ib.* - ²³ *DSAM* 9 (1976), 1075. - ²⁴ *Éd. Ouvrières*, París, 1990, 70-74; 87-88. - ²⁵ *Ce que croyait...*, 66-67. - ²⁶ M. Gilbert, *L'exégèse...*, 684. - ²⁷ Ver

al respecto B. Rey, *Nous prêchons un Messie crucifié*, Cerf, París, 1989; F. Varone, *Ce Dieu censé aimer la souffrance*, Cerf, París, 1984. - ²⁸ Según la terminología popularizada por F. Varillon, *L'humilité de Dieu*, Centurion, París, 1974; *La souffrance de Dieu*, Centurion, París, 1975, pero fuertemente deudora de la obra de M. Zundel, en la que Varillon se inspiró abundantemente (ver R.M. De Pison, «Le Dieu qui est "victime". Le problème du mal dans la pensée de M. Zundel», en *Science et Esprit*, 52 [1991] 55-68). - ²⁹ J. Morinay, J., *Marie et la faiblesse de Dieu. Essai de présentation du message spirituel de saint Louis-Marie de Montfort*, Nouvelle Cité, París, 1988

[| VOLVER AL INDICE |](#)

AMOR

Sumario - I. *Introducción*. II. *Los momentos del amor*: 1. El amor que ha venido; 2. el amor que viene: a. Los estados y los misterios prolongados en el hoy, b. Identificarse con el Amor que llega, c. María, la mujer que acoge perfectamente al Amor, d. La cruz donde el Amor nos aguarda..., e. El pobre, sacramento del Amor. 3. El Amor que vendrá. III. *Conclusión*.

* * *

I. INTRODUCCION

«Toma y lee: es siempre el amor que habla». Esta frase de san Agustín a propósito de la Biblia podría aplicarse a la obra de Montfort. No en el sentido de que haya escrito un tratado específico sobre el amor (con excepción de ASE), sino en el de que esta realidad es la fuente de toda su vida y la inspiración de su actuar. Su solicitud por los pobres, su dedicación a la predicación popular, y hasta el acto de escribir, son en Montfort, otros tantos actos de amor. Ya tome la palabra ya la pluma, siempre lo hace para que «cuantos lo oigan se sientan inflamados por un anhelo renovado de amarte y poseerte [a ti Sabiduría] en el tiempo y la eternidad» (ASE 2).

Quien dice amor, dice relación entre personas. De hecho, el amor designa una calidad de relación, que tiene como elementos la reciprocidad, la profundidad, la fidelidad, la totalidad y el gozo. Según Montfort, se trata de la relación con Dios que engloba, explica y alimenta todas las demás. Todo tiene en Dios su fuente y a él debe volver. Dios tiene la iniciativa en todo. Dios ha amado primero. Nos sigue amando y nos amará en el futuro. En el corazón de la experiencia espiritual de Montfort se da ese hallazgo del amor que llega una vez más y la preocupación por acogerlo, se da esa experiencia del amor que vendrá para colmarlo todo.

Desde esta triple iluminación vamos a explorar el tema del amor en Montfort para descubrir junto con él cómo ha venido, viene y vendrá el amor, y cómo junto con él debemos acogerlo.

II. LOS MOMENTOS DEL AMOR

1. El amor que ha venido - El anhelo del amor es estar en compañía. En la calle del Pot-de-Fer, Montfort vive la experiencia de la inmediatez de Dios. Bajo los rasgos de la Sabiduría, a la vez eterna –por ser una con Dios– y encarnada –por estar enamorada del hombre– experimenta Montfort al Dios absolutamente cercano. La distancia se derrumba. Comulga con la presencia que invade. «No busquemos en Montfort un tratado de teología especulativa sobre el Verbo Encarnado. Nos ofrece más y mejor, a saber, una contemplación maravillada y amorosa del misterio de Jesús»¹. En una especie de larga meditación trata Montfort de comunicarnos su experiencia. Meditación en la que se encuentran, se funden y aclaran mutuamente el Evangelio y los escritos sapienciales del Antiguo Testamento. Lo que se desprende del primer libro de Montfort, *El Amor de la*

Sabiduría Eterna, es una visión de las relaciones entre Dios y el hombre en las que el amor ocupa el sitio central, a la vez como iniciativa de Dios y respuesta del hombre a ella. Una sencilla lectura del libro confirmará, así lo creemos, que el tema del amor, no sólo está presente, sino que es el alma de la obra, su inspiración y fundamento.

En cuatro capítulos (2-5), describe Montfort a la Sabiduría eterna y preexistente. Ella es la madre del universo. Salomón «la llama no sólo artífice del universo, sino madre del mismo. Porque el artífice no ama ni cuida su obra, como lo hace la madre con su hijo» (ASE 31). Al crear al hombre, «encendió en su corazón el amor puro de Dios» (ASE 37). Pero, mira, que, a causa del pecado, el corazón del hombre «se vuelve de hielo para con Dios» (ASE 39). «¡Proceder asombroso! ¡Amor incomprensible llevado hasta el extremo! La amable y soberana Princesa se ofrece ella misma en holocausto al Padre» (ASE 45) para salvar al hombre. Durante el tiempo que precede a la encarnación, «testificó de mil maneras a los hombres la amistad que les tenía» (ASE 47).

Montfort dedica, a continuación, todo un capítulo a explicarnos lo que impulsa a la Sabiduría eterna a obrar de esta manera con el hombre. «Existe un vínculo de amistad tan estrecho entre la Sabiduría eterna y el hombre, que resulta incomprensible. La Sabiduría es para el hombre, y el hombre es para la Sabiduría [...] Lo ama como a un hermano, un amigo, [...] de modo que se le hace infinita violencia rehusándole o robándole el corazón de un hombre» (ASE 64).

Montfort concluye que esta lógica del amor sólo puede conducir a la encarnación: «Así se realizó este gran portento del cielo y de la tierra. Este prodigioso exceso del amor de Dios: El Verbo se hizo carne» (ASE 108), «para acercarse más a los hombres y testificarles su amor aún más sensiblemente» (ASE 70). Y luego les pide el corazón, diciendo: «Vengan a mí, ¡acérquense a mí todos! Soy yo, no tengan miedo! [...] Soy semejante a ustedes y los amo» (ASE 70). Todo en los gestos y palabras de la Sabiduría eterna y encarnada, Jesucristo, testimonia su adhesión al ser humano. Hasta llegar a la Eucaristía, «invento amoroso» de la Sabiduría, que le permite, a la vez, morir por nosotros y seguir viviendo con nosotros (ASE 71).

Montfort avanza describiendo a esa Sabiduría encarnada en sus actitudes, gestos, palabras y muerte. Desde el comienzo, resume así lo que ha descubierto: «El amor nos la da y el amor la forma [...] De suerte que es toda amor, o mejor, el amor mismo del Padre y del Espíritu Santo» (ASE 118). Su nombre mismo resume ya su razón de ser: «Jesús, Salvador [...] aquel cuya característica es amar y salvar al hombre» (ASE 120).

Desde el ángulo de la dulzura percibe Montfort en Jesucristo el amor en acción. Dulzura en su nombre (ASE 120), en su rostro (ASE 121), en sus palabras (ASE 122), en su conducta (ASE 124-130). Esta contemplación de Cristo culmina en un capítulo sobre la pasión. También entonces, el amor es la base y el culmen. «La razón más poderosa que puede impulsarnos a amar a Jesús, la Sabiduría encarnada, es, a mi juicio, la consideración de los dolores que quiso padecer para mostrarnos su amor» (ASE 154). A causa de este sufrimiento vivido por amor, «la cruz, llevada debidamente, se convierte en fuente, alimento y testimonio de amor» (ASE 176).

Por último, Montfort nos ofrece los medios para alcanzar la Sabiduría, es decir, de entrar y crecer en una relación de amor con Cristo, porque él, en fin de cuentas, «sólo busca nuestros corazones» (ASE 209).

A través de esta breve mirada de conjunto, podemos ver que en el corazón de la experiencia espiritual de Montfort, se halla el encuentro del Amor eterno -el Hijo de Dios- que ha venido a unirse con nosotros, en nuestra carne mortal. En esta aventura de la

encarnación, todo se halla motivado y gobernado por el amor de Dios al ser humano. Ahora bien, en la línea del pensamiento beruliano, Montfort sabe también que el mismo amor manifestado en Jesucristo es siempre muy real y activo y que el amor que en él ha venido sigue llegando hasta nosotros, encarnándose en nuestro tiempo y en nuestra fragilidad ².

2. El amor que viene - *a. Los estados y misterios prolongados en el hoy* - En el pensamiento de la escuela francesa, toda la vida de Cristo, sus gestos, actitudes, palabras, alegrías y sufrimientos son como epifanías y sacramentos de la eterna ternura de Dios para con el ser humano. Su vida revela y ofrece al mundo lo que desde la eternidad ocupa y ocupará el corazón de Dios. La experiencia espiritual de Montfort queda definida por esta certeza. Para él, el esfuerzo espiritual que debe realizar el ser humano consiste ante todo en acoger ese amor, que viene para reproducirse en su vida. «Contemplar, comulgar, cooperar», ésa es la base de su vida cristiana.

b. Identificarse con el Amor que viene - Montfort buscará, pues, la forma de *adherir* a Cristo y reproducir en su vida las actitudes del Señor, tal como se nos presentan en el Evangelio. Querrá vivir «a la Providencia», porque, como Jesús, puede decir: «Tengo un Padre en el cielo que nunca me falla» (C 2). Para él vivir así es comulgar en la confianza total de Cristo en su Padre.

Querrá también hacer suya la dulzura de Jesús, expresión que implica a la vez, ternura, compasión, misericordia. Este predicador que sabía presentar sin ambages las exigencias del Evangelio, sentía que era más importante presentar la misericordia del Señor. Su colaborador y amigo, Pedro de Bastières lo testifica con estas palabras: «Tenía horror tan grande a una moral demasiado severa, que creía que los confesores rigoristas hacían cien veces más daño que los laxos. "Preferiría, confesaba, sufrir en el purgatorio por haber tenido una dulzura demasiado grande con mis penitentes que por haberlos tratado con desesperante severidad"» ³.

Incluso el rosario se convierte para él en camino de identificación con el Amor, que viene constantemente a nosotros. En efecto, para Montfort, el rosario es ante todo contemplación de Cristo con el fin de adherirse a «sus misterios». Contemplar para llegar a ser, ése es el sentido total de esta oración puesta al servicio de la adhesión de Jesucristo (ver SAR 66).

c. María, la mujer que acoge perfectamente al Amor - Muy pronto descubre Montfort que el ser humano que más le ha permitido a Jesús hacerse presente en él, en todas las dimensiones de su ser y de su tiempo, es María, la que fue «dichosa por haber creído» (Lc 1,45) a quien Dios, en su amor, se había acercado totalmente (Lc 1,28). A ella se vuelve, pues Montfort para aprender el arte de acoger en su carne al Absoluto. «Con la expresión "Jesús que vive en María", describe Montfort la encarnación como realidad que realiza en María lo que debe realizar también en nosotros» ⁴. En María, en su humanidad creyente y amorosa, Cristo se ha hecho presente más que en ninguna otra. De suerte que, perdiéndose en esta humanidad, perfectamente abierta a Dios, Montfort llegará a ser él mismo, pura acogida al Amor que viene. Su confianza en María es tal, que no duda en constituirla dueña de todo lo que él es. Su ascesis va a consistir en hacerse maleable a su acción, como bronce líquido y dócil: «No se echa en el molde sino lo que está fundido y líquido; es decir, que es necesario destruir y fundir en ti al viejo Adán» (VD 221). Hay, por último, que evacuar de sí mismo la rigidez del temor. Únicamente la confianza total da paso al abandono total: lo que él llama *santa esclavitud*. Y únicamente el abandono total permite la nueva creación del corazón, para que pueda acoger al Absoluto que viene a nosotros. Qué es la esclavitud

espiritual de la que habla Montfort, si no la voluntad de apartar todo obstáculo al amor de Dios hacia nosotros y brindar suficiente confianza para poder decir finalmente: «Señor, ámame como tú quieras». Únicamente quien cree totalmente en el amor, puede abandonarse así a él. Es lo que hizo María. Y es lo que descubrió Montfort en ella y lo que quiere reproducir en sí por «la práctica perfecta de la verdadera devoción a María». Porque quiere amar a Dios como ella, la escoge Montfort por su «madre y señora» (ASE 225).

d. La cruz donde el Amor nos aguarda... - Casi en cada página de sus escritos y de su vida, se descubre la cruz en Montfort. ¡Es importante comprender que para él, antes que el amor a la cruz, está la cruz del Amor! Porque ésta es la gran señal del amor que Dios nos tiene. Este hombre a menudo humillado públicamente, familiarizado con el fracaso, se reconocía a sí mismo en el Cristo desnudo del Gólgota. Para él, la cruz es un lugar de proximidad a Cristo, que se aproxima a los que sufren y a Montfort que se acerca a él sufriendo. Sin buscar el sufrimiento por el sufrimiento, enseña Montfort, hay que hacer de éste un instrumento de amor, un lugar de acogida y un lugar donde ofrecerlo.

En efecto, todo amor verdadero exige descentrarse de sí mismo. Pero, como lo hace notar Varillon, incluso amando nos miramos a nosotros mismos que amamos y volvemos a hacernos prisioneros de nosotros mismos. Pero en el sufrimiento, no queda lugar para el orgullo ni para el placer. Allí puedes llegar a ser amor puro. Montfort veía claramente en torno suyo -e indudablemente en él mismo- esa sutil tentación que llama «amor propio». Y sabía, por experiencia, que únicamente la cruz, es decir el fracaso, el despojarse de sí mismo, la humillación, pueden liberar y vaciar realmente el corazón para acoger en él el Amor.

e. El pobre, sacramento del Amor - Los miserables, los marginados, los que carecen de poder y de palabra y a quienes llamamos los pobres, son para Montfort un lugar para vivir el amor, encontrando y sirviendo en ellos al Señor. Es ésta una constante de su vida, desde sus años de colegio cuando visitaba los hospitales, hasta su muerte. Lo propio del amor, es estar con el otro, acercarse a él. Montfort se hizo física, cultural y espiritualmente cercano a los pobres.

Ante todo, físicamente. Montfort no ha engañado en cuestión de pobreza: la vivió en su propio cuerpo, en sus vestidos, en la alimentación y estilo de vida. «Luis María amaba. Y porque amaba, su corazón asumía para con los pobres todas las delicadezas. La mayor de éstas, fue compartir la vida de los pobres, ya se tratara de los enfermos o de los miserables refugiados en hospicios o de los campesinos de la Baja Bretaña, a quienes Blain trata sin miramientos de «menos que hombres»⁵. No es extraño que los beneficiarios del hospital general de Poitiers hayan pedido a gritos el regreso del «Padre de Montfort, el que ama tanto a los pobres». Comparte él su miseria, su alimentación y hasta el desprecio de que son objeto, porque «Montfort escogió a los pobres en una época en que eran especialmente maltratados»⁶.

Montfort está también cerca a los pobres por su lenguaje y forma de misionar. Muchos de sus gestos originales pueden atribuirse al hecho de que se dio cuenta de la ruptura entre la cultura «clerical» y la de la gente y a su deseo de expresar su mensaje en lenguaje y de manera que llegara a los sencillos. Está atento a la necesidad que ellos tienen de ver y palpar. El fin que se propone al erigir el calvario de Pontchâteau, ¿no era acaso permitir que la gente sencilla tuviera a su alcance los santos lugares? (ver CT 164). En una época en la que la Iglesia se distanciaba de las prácticas populares, en las que se corría el riesgo de que se mezclara la magia, Montfort las utiliza corrigiéndolas, para construir con ellas una herramienta de evangelización⁷.

Por último, Montfort se acerca al pueblo espiritualmente. No teme exigirle una fe profunda y cálida. «Confía en las posibilidades cristianas de la gente sencilla». ⁸ Quiso amar y servir a su Señor, amando y sirviendo a los más humildes. Al final de su vida, estará atento a otro tipo de pobreza, menos evidente pero no menos real: la pobreza espiritual de los pobres del Aunis. Renunciará a conversiones espectaculares, a multitudes impresionantes para realizar un trabajo de evangelización más ingrato. Todo esto nace de la certeza que tiene Montfort de que el pobre no difiere del Amor que llega a él, implorando su ternura. A *mamá Andrea*, su antigua nodriza, tan confundida por no haberlo reconocido ni dado posada, dice: «Olvídate del P. Grignon, que no merece nada; piensa en Jesucristo, él lo es todo y él está en los pobres». ⁹

3. El amor que vendrá - No es Montfort el único escritor de su tiempo que haya reflexionado y escrito sobre el final de los tiempos. Sin embargo, al contrario de otros, contempla ese último período de la historia como una última venida del amor. Es para él la prolongación normal de las otras venidas de amor de un Dios que no cambia de conducta: «La forma en que procedieron las tres divinas personas de la Santísima Trinidad en la encarnación y primera venida de Jesucristo, la prosiguen todos los días, [...] en la santa Iglesia, y la mantendrán hasta el fin de los tiempos en la segunda venida de Jesucristo» (VD 22).

Para expresar bien estas convicciones concernientes a los últimos tiempos, llega hasta corregir lo demasiado negativo de algunas de sus fuentes, para armonizarlas con su propia visión más positiva ¹⁰. Por ejemplo, donde la vidente María de los Valles –a quien cita como una de sus fuentes (VD 47)– habla de una «venida del fuego y del juicio», Montfort corrige por «una venida del amor puro» (SA 16 y 17) ¹¹.

¿Qué serán, por otra parte, los santos y los apóstoles de los últimos tiempos que entrevé, sino «fuego encendido... que prenderán por todas partes el fuego del amor divino», porque ellos mismos «llevarán el oro del amor en su corazón»? (VD 56). Por esto, «sólo dejarán en pos de sí [...] el oro de la caridad, que es el cumplimiento de toda la ley» (VD 58) ¹². Para Montfort, el amor es porvenir del hombre.

III. CONCLUSION

La gran intuición y experiencia de Montfort, es sentirse y saberse amado por el Amor preexistente. Encuentra en la Sabiduría, esa fuerza, esa energía, ese amor anterior a todo. Montfort sólo tiene para ofrecer a ese amor anterior a todo, que lo rodea, lo guía y ha llegado hasta sacrificarse por él, su pobreza de criatura. De María, por quien el Amor ha venido al mundo, aprende el arte de la acogida a ese mismo Amor que llega hasta su hoy. Se apresura a servir a ese Amor, en el último de los pobres, y entrevé su última venida al final de los tiempos. Porque para él, el amor es el gran jefe de orquesta de la aventura cósmica y humana, y, en cierta forma, la «ley» de Dios mismo (CT 5,5). Como «en el amor no cabe el temor» (1 Jn 4,18), Montfort puede, pues, cantar: «Divino Jesús, [...] te amo, / no por temor al castigo, / ni por la paga que ofreces, / sino por ti solamente» (CT 5,45-46).

G. Madore

- ² «Los hechos de su vida (de Jesús), sólo una vez se realizaron; han pasado en cuanto a su ejecución, pero están presentes en cuanto a su eficacia, y ésta no pasará jamás, ni pasará tampoco el amor con que fueron realizados» (A. Molien, *Les grandeurs de Marie d'après les écrivains de l'École française*, DDB, París, 1934, 42. - ³ Th. Rey-Mermet, *Luis María Grignion de Montfort*, BAC Popular 92, Madrid, 1988, 131. - ⁴ A. Bossard, *oc.*, 10. - ⁵ J. Géraud, «Louis-Marie Grignion de Montfort. Point de vue du psychiatre», en *Saint Louis Marie Grignion de Montfort vu par l'historien, le psychiatre et le théologien*, Roma, 1973, 55. - ⁶ R. Mandrou, *Grignion de Montfort et son temps. Perspectives historiques*, ibídem, 18-19. - ⁷ R. Mandrou, *oc.*, 18-19. - ⁸ Th. Rey-Mermet, *oc.*, 144 - ⁹ T. Rey-Mermet, *oc.*, 94. - ¹⁰ Ver al respecto, St. De Fiores, «Saint-Esprit et Marie dans les derniers temps selon Grignion de Montfort», en *EtMar* 43 (1986), 133-171. - ¹¹ St. De Fiores, *oc.*, 150. Montfort se refiere también a esa última venida del amor en VD 241 y quizás en el CT 42,15, - ¹² La misma idea reaparece en la SA 8.21.24.

[| VOLVER AL INDICE |](#)

ANGELES – DEMONIOS

Sumario - I. *Angeles y Demonios en la vida de Montfort*: 1. Su devoción a los ángeles; 2. Razones de esta devoción; 3. Montfort y los demonios: a. Lucha personal, b. Montfort ayuda a los hombres a luchar contra los demonios, c. Ante los casos de posesión, d. La demonología en Francia en el siglo XVII. II. *Doctrina de Montfort*: 1. Los ángeles: a. ¿Quiénes son?, b. Los ángeles y María, c. Los ángeles al servicio de los hombres; 2. Los demonios: a. Origen, b. El mundo y el demonio; c. El demonio y los hombres, d. El demonio y María. III. *Angeles y Demonios hoy*: 1. Nuevas interpretaciones; 2. La fe de la Iglesia; 3. Celebración de los ángeles; lucha contra los demonios.

* * *

I. ANGELES Y DEMONIOS EN LA VIDA DE MONTFORT

1. Su devoción a los ángeles - Si la devoción a los ángeles no es la primera característica de la espiritualidad de Montfort, no es menos cierto que, desde el comienzo de su vida, manifiesta una verdadera veneración a los ángeles: «El fervoroso seminarista proponía a sus cohermanos tener para con los respectivos ángeles de la guarda las manifestaciones de respeto, de ternura y reconocimiento que merecen, e introducía la práctica de darles interiormente el saludo que parecía brindarse exteriormente a la persona»¹. Terminaba a veces sus cartas con un saludo dirigido al ángel de la guarda del correspondiente: «Saludo a tu ángel de la guarda» (C 7.12.20.33). Le sucede incluso saludar «a todos los ángeles de la ciudad de Nantes» (C 33)². Montfort demuestra cierta preferencia por san Miguel, príncipe de la corte celestial (VD 8), lleno de celo por la gloria de Dios (SA 28), triunfador en «el terrible combate que se libró en el cielo entre la verdad de san Miguel y la mentira de Lucifer» (RM 61; CT 139,63). Montfort visitará como peregrino el Monte San Miguel «para implorar al santo arcángel que le alcanzara la gracia de ganar almas para Dios, confirmar a las que estaban en gracia y combatir al demonio y al pecado»³. «El P. de Montfort en el curso de sus misiones, fundó en muchas parroquias una cofradía de caballeros bajo el título de *Soldados de San Miguel*, a los cuales prescribía más o menos los mismos reglamentos que a los Penitentes Blancos»⁴. Hallamos confirmación de esto en la carta 21: «...Enviaré a Maturín para que recite públicamente el rosario, entone cánticos y lleve, de parte mía, sesenta crucecitas de san Miguel a nuestros soldados.» Montfort hará levantar estatuas de su arcángel preferido, por ejemplo en el calvario de Sallertaine: «Debajo se había construido una capilla abovedada con un hermoso altar sobre el cual debía colocarse una gran estatua de san Miguel.»⁵ «Pero es sorprendente que no tengamos ni un solo cántico sobre san Miguel, de quien el bienaventurado era tan devoto y cuya devoción propagaba. Lo que Montfort debió escribir en honor de este santo arcángel se perdió seguramente.»⁶ Entre las notas, tomadas para componer sus sermones, Montfort insertó, en la tercera parte, un Oficio especial para los ángeles, pero éste no ha sido elaborado en su totalidad por su propia mano (S 549).

2. Razones de esta devoción - Si Montfort se aferró de modo especial a la devoción a los ángeles, se debe a que veía en ella un medio para combatir a los demonios y a que se ubicaba en la línea de la formación recibida. Montfort, que había sido educado en el colegio

de los jesuitas, en Rennes, ha sido ciertamente influenciado por ellos. En efecto, la Compañía de Jesús, se dedicó enérgicamente a propagar la devoción a los ángeles. Montfort, impregnado por la espiritualidad del Oratorio, cuando era seminarista en San Sulpicio, difundirá la devoción a los ángeles tras las huellas del cardenal de Berulle y el P. Olier ⁷, especialmente devoto de ellos. Por lo demás, en el curso de los siglos XVII y XVIII, se multiplican los manuales de piedad y los tratados sobre los ángeles ⁸. Maestros y predicadores veían en esta devoción un medio excelente de formación y perfección para la gente: se invitaba a los fieles a imitar la pureza de los ángeles, a acudir al ángel de la guarda en las dificultades y a dejarse guiar por ellos. Montfort se inscribe, pues, en la tradición de la Iglesia y en la corriente espiritual de su tiempo.

3. Montfort y los demonios - Los demonios constituirán fuerte y frecuente preocupación para Montfort por ser un obstáculo al verdadero amor de Dios: «Un hombre tan pacífico no había nacido, al parecer, para tener enemigos. Los tuvo, sin embargo, toda su vida, porque durante ella, le hizo la guerra al mundo y al demonio.» ⁹

a. *Montfort lucha personalmente contra los demonios* - Más de una vez tuvo que padecer los ataques del demonio en su propio cuerpo. Grandet ofrece muchos ejemplos de esos violentos combates ¹⁰; pero, Montfort mantiene siempre la confianza, y, poco antes de morir dirá: «En vano me atacas; estoy entre Jesús y María... Se acabó; ya no pecaré más.» ¹¹

b. *Montfort ayuda a los hombres a pelear contra los demonios* - El mundo y el demonio son, según Montfort, causa del pecado. Por ello, sus numerosas misiones apuntarán en primer lugar a ayudar a la gente a convertirse, es decir, a huir del mundo y del demonio, y alejar de sí sus obras tentadoras: «Acuérdate de que el demonio te espera a la puerta para robarte esta semilla divina (la Palabra de Dios) temeroso de que la utilices para la salvación» (S 176, n 286). No sólo quiere destruir el reino del pecado en los corazones, sino también aniquilar cuanto puede ser ocasión de caída: «Se dedicó también a destruir las obras externas del demonio tales como los libros opuestos a la religión y a las buenas costumbres.» ¹²

c. *Montfort ante los casos de posesión* - Montfort se empeña mucho más en sacar al demonio de las almas que de los cuerpos. Ante los casos de posesión que le presentan, intenta ante todo la conversión de la persona: «Montfort tenía más premura de echar fuera de las almas a los demonios que de emplear los medios de que dispone la Iglesia para sacarlos de los cuerpos. Si las oraciones prescritas resultan ineficaces, ve en los casos de posesión una trampa del diablo para hacerle perder el tiempo que debía utilizar en destruir el imperio del pecado.» ¹³

d. *La demonología en Francia en el siglo XVII* - Puede uno extrañarse del lugar importante que Montfort concede a la lucha contra el demonio, especialmente en sus Cánticos, cuando hoy estaríamos más inclinados a hacer actos positivos de amor a Dios y a los hombres.

Hay que decir que la civilización cristiana en el siglo XVI vivió una grave crisis religiosa y moral frente al imperio falaz del diablo que se va edificando. «Durante un siglo y más, Satanás va a adueñarse de las inteligencias, a acosar las voluntades y a obnubilar los espíritus; se atraerá una turba de fieles para mantenerlos bajo su yugo [...] Tendrá su culto con sus iniciados, sus ministros y pontífices; en resumen, el edificio de su religión se alzará incluso en medio de la cristiandad. Ni herejía, ni superstición; más bien, inversión dogmática.» ¹⁴

Las obras de demonología se multiplican: el siglo XVII verá aun difundirse muchos libros relativos a los demonios, además de las obras específicas sobre posesión demoníaca, los monstruos, los vampiros, los genios... Las represiones laicas y eclesiásticas serán numerosas; se vive la época de la caza de brujas. Por otra parte, el despertar de la curiosidad científica que busca probar empíricamente la existencia de los espíritus, el escepticismo creciente y el nacimiento de la *filosofía de las Luces* van a reducir a nada la existencia de los espíritus.

Montfort se ubica en la confluencia de estas dos corrientes: la primera, que llega a su fin; la otra, que comienza a extenderse. Su demonología se ve influenciada por ambas corrientes: ve hasta en la desaparición de la creencia en los espíritus, una maligna jugada de Satanás.

II. DOCTRINA DE MONTFORT

Montfort se sitúa en la tradición cristiana. El mundo de los espíritus sometido a Dios (ángeles, demonios, diablo o Satanás) es muy real para él. No habla del origen de estos seres celestes. Para él, los hay buenos y malos: éstos últimos son los vencidos en un combate dado en el cielo, donde san Miguel alcanzó la victoria sobre Lucifer.

1. Los ángeles - a. *¿Quiénes son?* - Montfort admite la clasificación de los ángeles, establecida por el Pseudodionisio en nueve coros (VD 8). Nombra, en efecto, a los querubines y serafines (CT 57,2), a los ángeles (ASE 109) y los arcángeles (CT 139,63); precisa incluso «los ángeles del último orden» (ASE 155). Los ángeles rodean el trono de Dios y constituyen su corte (esquema del CT 127). Son los servidores de Dios (CT 40,3-5; ASE 98,110.112) y cantan sus alabanzas (CT 44,5; 65,2; 98,25). Los ángeles están por encima de los hombres: «Contemplemos por encima de nosotros a los ángeles» (AC 58). Los ángeles son espíritus sutiles (CT 121,2). Encontramos en frases como éstas lo que en la Biblia y la tradición eclesial se dice de la naturaleza y oficio de los ángeles. Montfort invita a los cristianos a orar muy especialmente al ángel de la guarda (CT 110). «Su exposición sobre la naturaleza y el oficio de nuestro ángel de la guarda es rica como un breve tratado y de notable concisión. Cada verso es como el estuche de un pensamiento dogmático o una orientación moral. Quiere guiar nuestras almas hacia una devoción más íntima a ese príncipe del paraíso siempre a nuestro lado.»¹⁵

b. *Los ángeles y María* - Si Montfort sigue la tradición en lo concerniente a los ángeles, parece ofrecer un nuevo registro en la relación que establece entre los ángeles y María. Utiliza a los ángeles como punto de comparación para resaltar la grandeza de María. Los ángeles se interrogan respecto de María: «Quae est ista?» (VD 3); Dios ama a María más que a los ángeles (VD 5); los ángeles se llenaron de admiración ante María (ASE 107) y la alaban (VD 8), aunque siga siendo incomprensible para ellos (SM 19). María tiene autoridad sobre los ángeles (VD 8) y es más poderosa que ellos (VD 27). Los ángeles se complacen en obedecerla (VD 204); están a su servicio como «batallones de millones de ángeles» (VD 253). El avemaría bien dicha alegra a los ángeles (VD 253). Como en la tradición judía, el ejército de los ángeles subraya la trascendencia de Dios¹⁶, así Montfort quiere tributar gloria a María poniendo a sus pies los ejércitos celestiales.

c. *Los ángeles al servicio de los hombres* - Si los ángeles pueden ser para el hombre los modelos más seguros que imitar, no le servirán de ayuda alguna, una vez cometido el pecado (ASE 40). El ángel desempeña el oficio de mensajero, de intermediario entre Dios y

el hombre (ASE 109.112). Montfort recoge aquí los textos bíblicos, por ejemplo en las anunciaciones a María y a José. Los ángeles advierten a los hombres de los peligros que corren, si no aceptan llevar su cruz en pos de Cristo (AC 58). Los ángeles acompañan a los hombres «para defenderlos en la vida, de todo accidente molesto» (CT 12,18; 121,4); huyen cuando el hombre cae en el pecado, pero vuelven prontamente al menor gesto de arrepentimiento (CT 13,43); y cantan cuando el pecador se arrepiente (CT 98,25). El hombre debe orar a su ángel de la guarda para que lo acompañe y sostenga a cada instante (CT 110), para que lo ayude, lo reprenda, lo advierta y lo defienda contra el demonio que trata siempre de seducirlo (CT 121,3-4). Como respuesta a los servicios prestados, el hombre debe respetar la presencia de su ángel de la guarda (CT 139,64).

Es interesante constatar que, sobre todo en sus Cánticos, describe Montfort el oficio de los ángeles respecto de los hombres. Esta forma de expresión popular ejercía ciertamente más impacto en los pequeños y los pobres. En sus otros escritos, presenta a los ángeles sobre todo para exaltar la gloria de Dios y de María.

2. Los demonios - Es siempre difícil distinguir en los escritos de Montfort lo que concierne al mundo y al demonio, porque para él ambos están íntimamente unidos.

a. *Origen* - Como para los ángeles, Montfort se ubica en la tradición de la Biblia y de la Iglesia. Los demonios no son otra cosa que ángeles rebeldes que se revolucionaron contra Dios: «Satanás cayó por orgullo» (CT 29,68). Acude al símbolo bíblico de la serpiente para designar a Satanás (CT 107,14-15) y subraya «la malicia de la antigua serpiente» (VD 52). Retoma también la imagen, que trae la Biblia, de las fieras de toda especie: «Preveo claramente que muchas bestias rugientes llegan furiosas a destrozarse con sus diabólicos dientes este humilde escrito...» (VD 114). Satanás es el maestro de la astucia y la malicia (CT 107,2) y ha esclavizado al hombre (VD 237). El mismo se ha convertido en esclavo de Dios (VD 70). Inspirándose en san Pablo (Col 2,14), Montfort dirá que el demonio registra los pecados de los hombres en el libro de la muerte (AC 23).

b. *El mundo y el demonio* - Lo peculiar de Montfort, frente a la tradición de la Iglesia, es el haber seguido a fondo a la Escuela francesa, en cuanto a su concepción del mundo (Mundo). Se da en él casi una total confusión entre mundo y demonio. Para él, el dominio del demonio es tal que llega a decir que el mundo es «la sinagoga de Satanás» (CT 29,6), «la infame Babilonia» (CT 107,12), «la gran asamblea de los perversos... donde los demonios como soberanos quedan entronizados» (CT 29,7); Satanás es el príncipe y rey de este mundo (CT 29,10). El mundo es Satán travestido (CT 29,8), es el mentiroso por excelencia (CT 2,36; 32,6-8). Por esto, Montfort verá también en todo lo que contribuye a dar cierto rostro a su época la obra del demonio: literatura, ciencia, filosofía, poder, riquezas, diversiones..., todo es obra satánica, si en todo ello no se da una referencia explícita a Dios. Satanás se sirve del mundo como de un instrumento «para autorizar en todo lugar / los crímenes más horrendos» (CT 29,17).

c. *El demonio y los hombres* - Humillado el demonio al ver que los hombres están llamados a ocupar su puesto en el cielo (CT 127,74; ASE 43), va a alejarlos de la perfección, sirviéndose de todos los medios posibles y con la ayuda de sus secuaces. Arrastra a los hombres a todos los desórdenes: impiedad, orgullo, mentira, embriaguez, libertinaje, bestialidad, voluntad propia... para convertirlos en réprobos, opuestos a Dios en todo (SA 27).

d. *El demonio y María* - María es la antítesis de Lucifer: «Lo que Lucifer perdió por orgullo, lo ganó María por humildad» (VD 53). Los diablos están sometidos a María (VD

52), aunque Satanás «pondrá asechanzas a su talón» (ver Gn 3,15). Pero ha resultado vencido por María. A este propósito, Montfort estampará en su *Cuaderno de Notas* estas líneas: «La soberbia del demonio queda aún más humillada al verse bajo los pies de la santísima Virgen, la persona más humilde que ha existido, que al ser destruido por el brazo del Omnipotente» (CN 70; ver VD 52). El diablo engaña, pues, también a los hombres llevándolos a una falsa devoción a la Virgen (VD 90). Pero «el Avemaría bien dicha [...] es el enemigo del diablo, a quien hace huir, y el martillo que lo aplasta» (VD 253). Por ello, además de la devoción a los ángeles, el recurso a María y a su misericordia es de gran ayuda a los hombres para resistir los ataques del demonio y alcanzar el perdón de los pecados.

III. ANGELES Y DEMONIOS HOY

1. Nuevas interpretaciones - Ante el crecimiento del racionalismo, el proceso de eclipse progresivo de la figura angélica no se ha frenado. En la conciencia común de la era industrial, el ángel es, a lo mejor, símbolo típico de la belleza o voz moralizadora. Al volverse inútil, queda abandonado a la fantasía del poeta, del novelista, incluso del cineasta a los que inspira todavía, a veces, la nostalgia de un paraíso perdido. Pero se dan reparaciones, sobre todo a nivel popular.

La toma de posición de los teólogos al respecto es variada en extremo ¹⁷. Para Bultmann, el mundo de los espíritus y de los demonios ha quedado *liquidado* por la ciencia y la técnica modernas; pertenecen a una cosmología bíblica superada, y no al mensaje perenne de la Escritura ¹⁸. Otros teólogos proponen una argumentación teológica diferente.

Para Haag, por ejemplo, el Antiguo Testamento no se interesa por los ángeles ni los demonios en cuanto tales: gravitan totalmente en torno al Dios único. Los espíritus intermediarios que menciona son apenas un resto sin importancia de creencias extrabíblicas ¹⁹. Paul Tillich ve a ángeles y demonios como «símbolos poéticos de las ideas o de los dominios del ser». Tales símbolos remiten a las fuerzas que construyen o destruyen la personalidad, la sociedad o la historia ²⁰.

2. La fe de la Iglesia - Ante la actual puesta en duda o el marginamiento respecto de ángeles y demonios, la Iglesia católica y la Iglesia ortodoxa siguen afirmando su fe milenaria, basada en la Escritura, en cuanto mira a su existencia y oficio en la vida de los hombres. En 1972, Pablo VI habló de esa «realidad terrible, misteriosa y tremenda» del Mal, advirtiendo que se «sale del marco de la enseñanza bíblica y eclesial quien rechaza reconocer su existencia» ²¹.

En 1975, la sagrada Congregación para la doctrina de la fe publica y recomienda un documento, preparado por un experto, sobre el tema: «Fe cristiana y demonología» ²². Este documento invoca ante todo el testimonio del Nuevo Testamento, en particular el de Jesús, que toma posición ante las discusiones entre fariseos y saduceos, afirmando con los primeros la existencia de los ángeles, de los demonios, la resurrección y el mundo futuro. Afirma igualmente que «sin poner jamás a Satanás como centro de su Evangelio, Jesús no habló, sin embargo, de él sino en momentos cruciales y en declaraciones importantes». El documento concluye que «Satanás, a quien Jesús había hecho frente en sus exorcismos y encontrado en el desierto y en la pasión, no puede ser un simple producto de la facultad humana de fabulación y proyección, ni el vestigio aberrante de un lenguaje cultural primitivo». En cuanto a la tradición, ésta converge hacia el Concilio Lateranense IV (1215),

que hace profesión de que Dios «creó de la nada todo el conjunto de una y otra criatura, espiritual y corporal, a saber, la de los ángeles y la del mundo...» Esta enseñanza conserva valor dogmático.

Actualmente, la teología estudia el tema de los ángeles y de los demonios, evitando recaer en las especulaciones inútiles de otros tiempos, o en una posición fundamentalista que no atiende a la problemática actual. Al contrario de Bultmann, muchos teólogos distinguen las representaciones culturales de la Biblia del contenido revelado concerniente a la existencia y oficio positivo o negativo de los seres angélicos o demoníacos. Subrayan el significado de esos seres espirituales en la historia de la salvación y en la vida del cristiano.

Es así como ángeles y demonios no aparecen jamás en la Escritura como seres autónomos y absolutos (no existen por sí mismos), sino como personas íntimamente vinculadas a la manifestación de Dios en el tiempo y en el espacio. Los ángeles son los mensajeros de la voluntad salvífica de Dios, los iconos de su gloria, los adoradores del Cordero en la liturgia de la Iglesia celeste, y los «espíritus en funciones, enviados al servicio de los que han de heredar la salvación» (Heb 1,14). Los demonios, por el contrario, son los adversarios del cumplimiento del designio de la salvación, y, por lo mismo, los enemigos del hombre; muestran que la existencia cristiana es un combate espiritual, que provoca a la decisión por Cristo, a quien pertenece la victoria final sobre los poderes del mal.

Desde el punto de vista antropológico, los ángeles y los demonios representan una ampliación maravillosa de los horizontes humanos. En particular: «La fe en los ángeles dilata nuestro conocimiento mucho más allá de las fronteras del mundo visible. El cosmos en que estamos es, de hecho, una realidad en extremo pequeña en relación con el universo espiritual, creado igualmente por Dios, en el interior del cual se ubica este universo humano, con toda su materialidad, temporalidad y espacialidad. Lejos de constituir un obstáculo en nuestra marcha hacia Dios, la teología de los ángeles amplía inmensamente las fronteras de nuestra visión del mundo, abriéndonos a su dimensión y grandeza más sublimes y disponiéndonos a la adoración del único Creador de todas las cosas.»²³

3. Celebración de los ángeles, lucha contra el demonio - La liturgia católica actual ha conservado la fiesta de los santos Miguel, Gabriel y Rafael, el 29 de septiembre, y la de los ángeles de la guarda, el 2 de octubre. Con los ángeles, todos los prefacios cantan el *Sanctus*. A nivel de cánticos, fuera de los que se inspiran en los Salmos, hallamos todavía a los ángeles que acogen a los difuntos en el *In Paradisum*: «Al Paraíso te conduzcan los ángeles.» Se hallan todavía presentes en algunos cánticos por ser muy populares como en el villancico *Los ángeles en nuestros campos*, o cánticos que se dirigen a la santísima Virgen... La celebración de los ángeles nos pone en comunión con ellos, que son los adoradores y constituyen un «lugar teofánico, manifestación viviente de Dios» (P. Evdokimov): nos guían a la verdadera oración en el Espíritu, a la liturgia celeste y al servicio de Dios en el mundo. Montfort sigue la misma línea cuando considera a los ángeles como sus modelos y compañeros en el camino de la vida.

Incluso, si la perfección cristiana consiste en vivir en Cristo y en el Espíritu para gloria del Padre, no puede descuidar la lucha contra Satanás como la ha prometido todo cristiano en el bautismo. Montfort, por su parte, insiste en la perfecta renovación de los votos bautismales, que exigen la renuncia a Satanás y a sus expresiones. Hoy, este aspecto ha alcanzado gran actualidad, puesto que hallamos la obra de Satanás en los *círculos diabólicos* (J. Moltmann) del mundo: la injusticia, la pobreza, la violencia, la cultura de la

muerte ... Vivir la consagración bautismal, tal como la transmite Montfort, es luchar junto con María contra el enemigo de Cristo y contra el reinado del pecado hasta el establecimiento del reinado del Espíritu del Padre y del Hijo (SA 13.16.30).

A. Delesalle

Notas - ¹ Blain, 53-54. - ² De Bérulle, Opusc. 186 : *Pour se conduire chrétiennement dans les voyages et dans les affaires*, Oeuvres, éd. Migne, 1856, 1263. - ³ Grandet, 105. - ⁴ Besnard, I, 106. - ⁵ Besnard, I, 252. - ⁶ F. Fradet, *Les Oeuvres du Bx de Montfort. Ses cantiques avec études critiques et notes*, Beauchesne, París, 1929, 185 y nota 1. - ⁷ Icard H. J., *Doctrine de M. Olier*, París, 1891, 373-375. - ⁸ P. de Barry, *Dévotion aux anges*, Lyon, 1641; J. Crasset, *Traité des saints anges*, 1961; P. Coret, *Le journal des anges*, 2 vol. Liège, 1718; P. Segneri, *Sermons sur les anges gardiens*, Oper. ed. de Venise, 1721, etc. - ⁹ Besnard I, 78 - ¹⁰ Grandet, 86-88. - ¹¹ Grandet, 260 - 12 Besnard, I, 81. - ¹³ Grandet, 23. - ¹⁴ Collectif, *Satan, Études Carmélitaines*, DDB, 1979, 294. - ¹⁵ F. Fradet, *Les Oeuvres...*, 185 - ¹⁶ Ph. Faure, *Les anges*, Cerf/Fides, La Flèche, 1988, 24-25. - ¹⁷ J. Potel, «Les français et le diable», en *Panorama, hors série*, n 12 (1990). - ¹⁸ R. Bultmann, *NT et mythologie. Foi et compréhension*, Seuil, París, 1969-1970. - ¹⁹ H. Haag, «Liquidation du diable», en *DDB*, 1971. - ²⁰ P. Tillich, *Le démoniaque, un apport à l'interprétation de l'histoire*, Religion et culture, Laval-París, 1989. - ²¹ Pablo VI, Audiencia general del 15.11.1972. Ver la catequesis de Juan Pablo II sobre los ángeles en las seis audiencias del 10 de julio al 21 de agosto de 1986. - ²² Congregación para la doctrina de la fe, «Fe cristiana y demonología» (*ORE* 4.7.1975). - ²³ C. Rochetta, «Il problema degli angeli e dei demoni nella riflessione teologica odierna», en B. Marconcini-A. Amato-C. Rocchetta-M. Fiori, *Angeli e demoni. Il dramma della storia tra il bene e il male*, Edizioni Dehoniane, Bolonia, 1991, 30.

[| VOLVER AL INDICE |](#)

